

level.19 Abrazar Este Mundo Es Dolor

Escrito por:

AO JYUMONJI

Ilustrado por:

EIRI SHIRAI

Traducido por:

Ferindrad

Grimgar of Fantasy and Ash

Nivel. 19

Abrazar Este Mundo Es Dolor

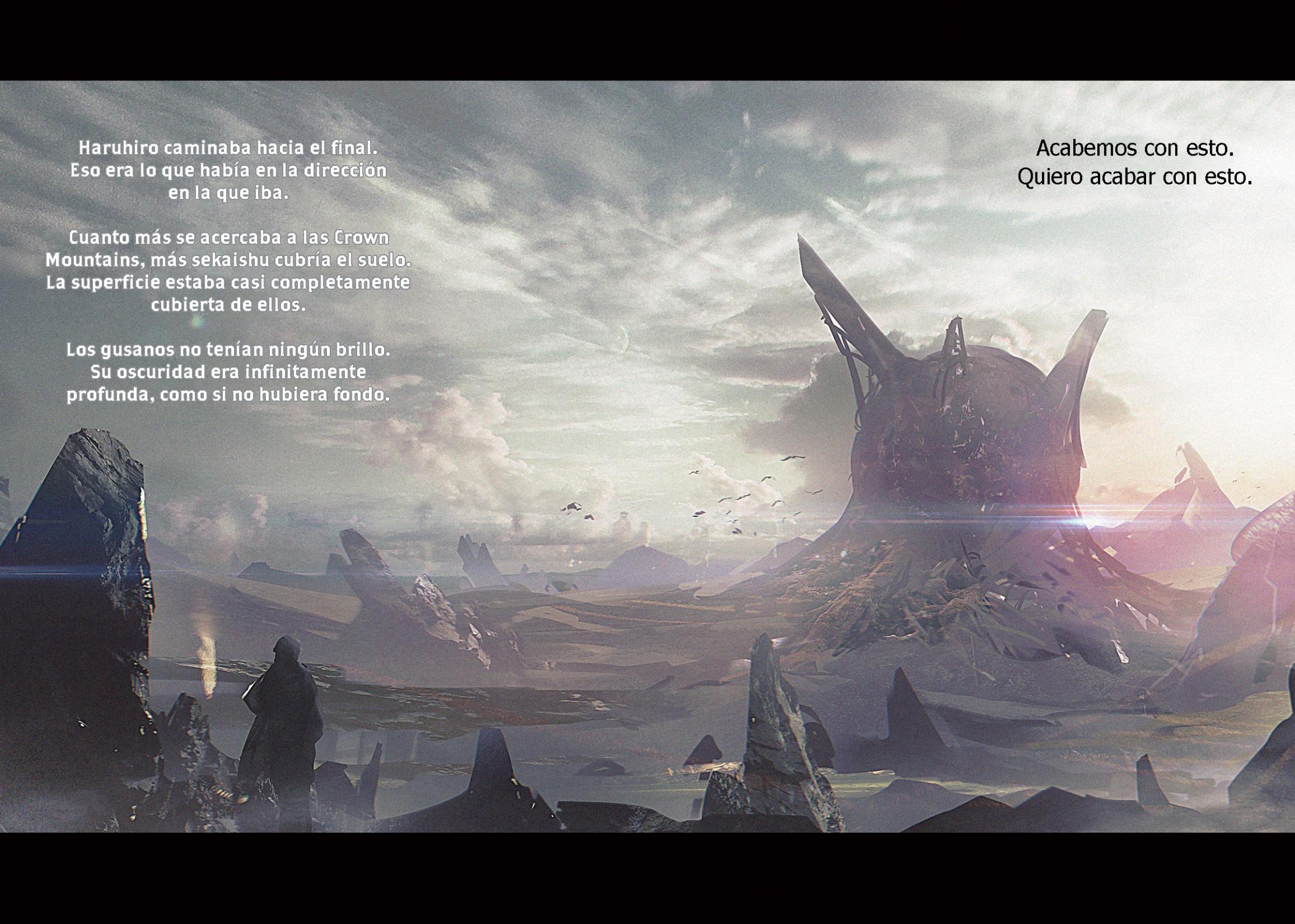
Ao Jyumonji

Ilustrado por
Eiri Shirai

Traducido por
Ferindrad

**Grimgar de
Fantasía y Cenizas**

Nivel Diecinueve



Haruhiro caminaba hacia el final.
Eso era lo que había en la dirección
en la que iba.

Cuanto más se acercaba a las Crown Mountains, más sekaishu cubría el suelo.
La superficie estaba casi completamente cubierta de ellos.

Los gusanos no tenían ningún brillo.
Su oscuridad era infinitamente profunda, como si no hubiera fondo.

Acabemos con esto.
Quiero acabar con esto.



“¿Estás
bien?”

“Sí...”

Renji palmeaba a menudo a Chibi en la cabeza. Comprensible, dado lo acariciable que era, pero él se excedía. Honestamente, era difícil de ver.

0104A660. En Soledad Aplastante

¿Cómo se llegó a esto?

Haruhiro miró las *cosas* negras que se precipitaban.

¿Por qué terminó de esta manera?

No estaba asustado. No, por alguna razón, no estaba asustado en absoluto.

Negro.

¿Por qué eran negros?

El sekaishu.

Negro.

Masas negras.

Negro.

Ondas negras.

Oscuro.

Negro.

¿Qué era el sekaishu?

Haruhiro no lo sabía. ¿Cómo pudo haberlo hecho?

Negro. Oscuro. Sekaishu. Infinitamente negro. Negro. ¿Era eso un color? No estaba seguro. Tal vez fue la *falta* de color. No eran

brillantes. Solo negro. El sekaishu no reflejaba luz. Por eso eran negros. Por qué se *veían* negros.

“¡¿Por qué estás sonriendo como un idiota?!”

Alguien lo agarró del brazo. Su brazo derecho. Cerca del codo. Dolió.

Ay, en serio, eso duele.

Haruhiro no lo dijo en voz alta. Simplemente lo pensó. *Duele. En verdad duele.* Sí, por supuesto que dolía. ¿Cómo podría no ser así? Después de todo, mira su muñeca. No solo su muñeca derecha, sino también la izquierda.

Ese tipo. El de Forgan. El tuerto Takasagi. Había apuñalado las muñecas de Haruhiro con su katana. Sí, ciertamente.

Eso es lo que había pasado. Él había sido derrotado. Sus muñecas, apuñaladas por ese tipo. Ambas. Simplemente desagradable. Qué cosa más cruel de hacer.

Lo habían derribado con una katana. Empalado. Ese hombre, había usado su katana para hacerlo. Estas no eran heridas superficiales. Eran bastante serias. Después de todo, le habían perforado las muñecas, ambas muñecas, izquierda y derecha. Debido a sus heridas, sus manos estaban algo flojas.

Las heridas.

En serio, duelen.

Y cuando alguien es duro conmigo de esta manera, me duele aún más.

“¡Nos vamos de aquí!”

Así que, por favor, no tires así de mí. Duele.

Duele más de lo que puedo soportar.

Tal vez Haruhiro debería haber dicho algo. Asegurarse de que el otro tipo lo supiera. ¿Por qué no habló? Dicho eso, el otro tipo era Ranta. Simplemente terminaría ignorando a Haruhiro.

Pero aun así... ¿Sonriendo como un idiota?

Mientras Ranta arrastraba a Haruhiro, eso era lo que más molestaba al ladrón. Sonriendo como un idiota. ¿Él? ¿En verdad lo hacía? Eso no podía ser correcto. No había manera de que él hiciera eso. No podía sonreír en esta situación.

“¡Guhyahgh! ¡Oh je ajee!”

Sin embargo, Kuzaku se estaba riendo.

“¡Nee jee hyah! ¡Gohyuk! ¡Rehyuk! ¡Ayuk! ¡Hyuk! ¡Hyuk!”

Se reía como un imbécil.

Aun así, no era como si Kuzaku se estuviera riendo porque pensara que algo era divertido.

No era divertido, no.

No era eso.

Se había vuelto loco.

Y Setora caminaba en círculos como una muñeca rota.

Todo había enloquecido.

“¡Mantén la cordura, idiota!” Ranta gritó justo en su cara.

Inmediatamente después de eso, Haruhiro sintió un poderoso impacto y tropezó. Aparentemente, alguien lo había golpeado. En la mejilla izquierda. Con el puño cerrado.

Haruhiro estaba tambaleándose. Sin embargo, se mantuvo de pie de alguna manera.

Él no lo entendió. Nada de esto tenía sentido para Haruhiro. ¿Por qué se estaba estabilizando para no caerse? ¿Había alguna razón por la que no debería permitirse colapsar? Todo parecía tan tonto. Se dio por vencido y trató de caer al suelo, pero Ranta volvió a tirar de su brazo.

“¡Amigo, vamos!”

Te dije que no me jalaras así. ¿No me escuchaste cuando dije que dolía?

Oh, supongo que no.

Cierto.

Era cierto, Haruhiro no había dicho nada.

No pudo decir nada.

No quería hablar.

No tenía sentido.

¿De qué le serviría decirlo?

De nada. Nada de lo que pudiera decir cambiaría nada. *No* podía cambiar nada. Eso estaba más allá de las capacidades de Haruhiro .

He tenido suficiente.

Así era como realmente se sentía Haruhiro.

Está bien. Me rindo, solo déjame y vete. ¿Tengo que explicártelo?

¿Por qué no puedes simplemente entender?

Haruhiro no quería tener que decirlo. Quería que Ranta entendiera sin que se lo dijeran. Se conocían desde hacía no poco tiempo, así que no parecía demasiado esperar eso de él.

¿Por qué?

Hey.

¿Por qué no lo entiendes?

Normalmente, deberías poder hacerlo.

Averigua eso por tu cuenta, ¿de acuerdo?

Correcto. Sí, es cierto. Nunca fuiste normal, Ranta. Para bien o para mal. Así que tal vez no lo entiendas. Quiero decir, eres Ranta, ¿realmente puedo culparte? Pero, en serio, solo por esta vez, date cuenta, ¿quieres?

De verdad estoy en mi límite.

No, no solo en eso, hace mucho que lo superé.

Quiero decir, vamos.

Esto es una locura, ¿de acuerdo?

Está todo desordenado.

Es jodido, ¿verdad?

¿Verdad?

Es una locura.

Absolutamente loco.

Todo esto es un sindiós.

Haruhiro la buscó y *la* encontró en poco tiempo. Por supuesto. No era que ella se había ido. Ella estaba justo aquí. Girando la cabeza lentamente, inspeccionando el área. Su barbilla ligeramente levantada y sus ojos bajos.

No importa cómo lo mire, es ella.

Merry.

Oh.

Es Merry

Esa es Merry.

En apariencia.

Pero no es ella.

Si ella fuera Merry, podría jurar que nunca vería las cosas de esa manera. Esos no eran los ojos de Merry . Pero, ¿podría jurarlo? ¿A qué? ¿Ante quién demonios valía la pena jurar? Él no lo sabía. Haruhiro ya no sabía nada de nada.

De todos modos, ella era diferente. La forma en que actuó no se parecía en nada a Merry.

A pesar de ser Merry.

¿A pesar de que ella era Merry?

Lo era y, sin embargo, no lo era.

Ella no lo era.

No importaba cómo lo pensara, ella era diferente. Ella realmente no era Merry.

Haruhiro no quería reconocer ese hecho. No podía aceptarlo, y no podía soportarlo. Pero Haruhiro ya lo sabía. Lo sabía, así que no podía actuar como si no lo supiera.

Él estaba allí.

Dentro de Merry.

El Rey Sin-Vida.

Fue por mí, Haruhiro no pudo evitar pensar.

“¡Aghhhh!”

Fui yo quien lo hizo.

Es mi culpa.

Todo es mi culpa.

Yo causé todo esto.

“No—”

No fue por mí, quería pensar.

No lo fue.

Quiero decir, ¿qué más podría haber hecho? No había otra opción, ¿verdad?

No la había habido. O, al menos, no debería haberla habido. Cualquiera, no sólo Haruhiro, habría hecho lo mismo. Así que no era su culpa. Haruhiro pensaba esto para sí mismo, con fuerza, como si rezara para que fuera cierto. Quería negar de alguna manera la realidad que tenía delante. Demostrar que “no fue por mí.” Que no lo era. De ninguna manera. No tenía que creer que todo fue su error, o que todo fue por él.

¿Ciento?

No es así, ¿verdad?

Todo el mundo estaría de acuerdo, ¿no?

Por supuesto, eso era justo lo que Haruhiro quería pensar. Él sabía eso. Lo sabía tan profundamente que dolía. Probablemente lo sabía mejor que nadie.

No fue su culpa, pero lo fue.

Él había tomado la decisión. *Haruhiro* había tomado la decisión.

Haruhiro no pudo haber dejado morir a *Merry* en ese entonces. Y éste fue el resultado. Esa decisión *lo* había puesto dentro de *Merry*. Fue *Haruhiro* quien lo puso dentro de ella.

Nunca había pensado que resultaría así. No siendo Dios, *Haruhiro* no podría haberlo predicho.

Pero Jessie le *había* advertido.

“Ella puede volver a la vida, como yo, que ya morí una vez.”

“Pero hay un precio que pagar.”

“Esto no es normal.”

“Es de sentido común que las personas no pueden volver a la vida, y eso es un hecho.”

Era una contradicción. La gente no podía volver a la vida. Y sin embargo, *Merry* lo hizo. Fue extraño.

Pero no era como si Jessie hubiera estado mintiendo para engañar a *Haruhiro*. Y de ninguna manera había obligado al ladrón a hacerlo.

Al final, todo fue por *Haruhiro*. *Haruhiro* había tomado la decisión.

“Hay varias personas allí.”

“Son varias personas. Estoy segura de que todos fueron individuos en algún momento.”

Eso fue lo que dijo *Merry*.

Básicamente, antes de Jessie, hubo otros como él.

Esos hombres y mujeres lo habían llevado, al Rey Sin-Vida, dentro de ellos.

Se podría decir que era una especie de parásito.

Se dice que el Rey Sin-Vida murió hace más de un siglo. Una historia extraña, esa. ¿Podría morir? ¿A pesar de ser un rey que no tenía vida? Si podía morir como otras criaturas vivientes, entonces no era imperecedero. Si era inmortal, entonces no debería haber muerto.

Bueno, no lo había hecho.

El Rey Sin-Vida nunca había muerto en absoluto.

¿Cómo habían logrado volver del borde de la muerte aquellos como Jessie o Merry, que habían perdido la vida? ¿Cómo habían podido moverse como si hubieran sido revividos?

Fue por el Rey Sin-Vida.

El Rey Sin-Vida había estado dentro de ellos.

Su poder era la clave.

“¡Imbécil-piro!” Ranta lo empujó por detrás. “¡Deja de actuar así! ¡Corre con ganas, como si fuese tu cosa favorita! ¡Dije que corras, idiota!”

Si tropezaba, Ranta lo ponía de pie. Si se lanzaba hacia adelante, Ranta lo enviaba volando con una patada en el trasero. ¿Por qué? Haruhiro no podía comprenderlo en lo más mínimo.

¿Ranta no se rendiría? ¿Cómo estaba estructurada su psique? ¿Qué estaba pasando dentro de la cabeza de Ranta? Haruhiro sabía que el tipo era terco hasta la médula. Había muchas cosas que le eran indiferentes, pero una vez que se fijaba en algo, simplemente no lo dejaba pasar. Aun así, tenía que haber límites. Por lo menos, Haruhiro no creía que Ranta fuera el que debería decir “deja de actuar así.” Esa era la línea del ladrón.

Al final, tal vez Haruhiro había demostrado ser el menos terco de los dos.

“¡Hey! ¡Es por aquí!”

“¡Parupiro!”

“¡Argh!”

“¡Eres un grandísimo idiota!”

Haruhiro corrió por los caminos de montaña, yendo a dondequiera que escuchara la voz de Ranta. No, no eran caminos ni nada por el estilo. Estaban en medio del mar de árboles que se extendía por las laderas de la Montaña Kurogane. El suelo estaba inclinado y las raíces se arrastraban por él, entrelazándose, abultándose en algunos lugares, cayendo para formar depresiones a cada tantos pasos. El terreno era increíblemente intransitable, y esas cosas negras, los sekaishu, estaban en todas direcciones, por lo que casi nunca podían moverse en línea recta.

¿Este es el camino correcto? Ese era un pensamiento que rara vez se le ocurría. Ya estaba sin aliento. Le dolían la garganta y los pulmones. Pero sus muñecas palpitantes, apuñaladas por Takasagi, lo molestaban mucho más. Las arterias probablemente estaban bien, pero el sangrado no se detenía. No podía pensar con claridad y no tenía tiempo para recomponerse, pero ¿cuál era el punto de pensar en las cosas?

Es desesperante. No podemos escaparnos. Tardé o temprano, la ola negra de sekaishu nos alcanzará o nos cortará el camino. Sucederá en cualquier momento.

No tenía miedo. En todo caso, Haruhiro estaba esperando ansiosamente ese momento. *Deja que termine. Espero que todo termine.* Si eso era lo que esperaba, entonces podría detenerse. Tan sólo quedarse quieto y callado.

¿Por qué Haruhiro no hizo eso?

“¡¿Qué coño es eso?!?”

Lo siguiente que supo fue que Ranta se había detenido cuatro o cinco metros delante de él. Se giró para mirar hacia atrás, no a Haruhiro, sino a algo detrás de él. *¿Va a terminar?* Pensó Haruhiro automáticamente. *¿Finalmente se acabó?*

Se giró, sintiendo una especie de alivio, y allí estaba un enorme cuerpo globular negro como el carbón que se alzaba sobre él. Desde el ángulo correcto, podría haber parecido un enorme árbol. Pero,

obviamente, no era un árbol. Era demasiado negro, y si hubiera un árbol tan estúpidamente enorme por aquí, lo habría notado antes.

No era un árbol. Negro. Era una enorme masa negra parecida a un árbol.

“Sekaishu...”

Había olvidado brevemente que estaban siendo perseguidos por el sekaishu. Estaba convencido de que los atraparían en poco tiempo. Y, sin embargo, aquí estaba, ilesos.

Haruhiro miró a su alrededor, como si estuviera aturdido. No vio ninguna de las cosas negras cercanas. ¿Significaba eso que los sekaishu no iban detrás de Haruhiro y el grupo? Tal vez ni siquiera se habían fijado en el grupo en primer lugar.

“¿El Rey Sin-Vida?” Haruhiro murmuró para sí mismo.

¿Qué había de él?

¿Qué importancia tenía él en esto?

“*El mundo me odia.*”

Eso fue lo que dijo el Rey Sin-Vida. Con su cara. Con su voz.

Eso... no era cierto para Haruhiro. El mundo no lo odiaba. No era digno de su odio. Él era insignificante. Si estaba allí o no, no importaba nada en el mundo.

Haruhiro ni siquiera valía la pena tenerlo en cuenta.

0106A660. Más Allá de la Noche Tranquila

El dolor nunca desapareció.

Pero Haruhiro pensó, *me alegro.*

Gracias, dolor.

Gracias.

¿Para qué?

¿Gracias?

¿Qué hay que agradecer?

Duele.

Duele mucho.

No hay más que dolor.

¿Haruhiro estaba caminando? ¿O se había detenido?

“Haru-kun.”

Esa es Yume.

Escuchó la voz de Yume. Estaba diciendo algo. ¿Qué podría estar diciendo Yume? Yume estaba diciendo algo. De eso estaba seguro. Pero no podía entenderlo. Y sin embargo, a pesar de no oírla bien, estaba asintiendo. Mm-hm, mm-hm, Haruhiro estaba asintiendo.

Mm-hm.

Mm-hm...

¿Por qué?

¿Por qué asentía Haruhiro? ¿Por qué asentía?

Sí que está oscuro, pensó.

Es de noche.

¿Ya era de noche?

¿Eh?

Le pareció extraño.

¿*Pero antes no fue de noche...?*

¿Antes?

¿Antes cuándo?

Antes...

La noche de antes. La noche anterior.

La noche va y viene. La noche y el día.

Así que esta noche y la anterior no eran lo mismo. Esa había sido una noche diferente.

Esa debe ser la razón... Sin duda...

Sin embargo, ¿dónde estaba esto?

¿*Dónde estoy?*

Haruhiro pensó sin pensar realmente.

¿Dónde hemos estado caminando...?

Nosotros.

Oh...

Ah, sí.

Ahora tiene sentido para Haruhiro. Sí. Él había oido la voz de Yume.

No estoy solo.

Yume estaba con él. Allí, junto a Haruhiro. Yume caminaba a su lado. Permaneciendo con Haruhiro. Ella estaba preocupada por él.

“Haru-kun.”

“¿Haru-kun?”

“... ¿Haru-kun?”

“Haru-kun...”

Yume le hablaba cada vez que surgía algo.

No estoy... solo...

Alguien chasqueó la lengua.

No era Yume, ¿verdad?

No lo era. Yume no chasqueó la lengua así.

Era Ranta.

Me molesta...

Siempre que había algo que no le gustaba a Ranta, chasqueaba la lengua. Debía ser una costumbre.

¿Podría parar...?

Quería decir “basta ya”.

Pero dudó en hacerlo.

Bueno... Prefiero tenerlo aquí que no...

Yume.

Ranta.

E Itsukushima también estaba por aquí.

También, Poochie. El perro-lobo estaba con ellos.

Poochie... ¿Cuánto tiempo lleva aquí...?

Al principio no estaba. No, al principio no—¿Al principio?

¿A qué momento se refiere “al principio”?

Cuando me di cuenta... Él estaba allí.

¿A qué hora fue “al principio”?

¿Cuándo?

Haruhiro trató de recordarlo.

Para cuando me di cuenta...

¿Y cuándo dejaron el Reino Ironblood? ¿Estaba Poochie con ellos entonces?

No lo era. No, Haruhiro no lo creía.

En algún lugar... Sí... Nos encontramos con él en algún lugar.

¿Dónde fue...?

¿Cuándo?

¿Dónde?

¿Dónde...?

¿Dónde estaba esto?

Esto es...

No era el bosque. Ya no estaba en el mar de árboles que se extendía por las estribaciones de la cordillera de Kurogane. El suelo no era irregular aquí. No se elevaba y se hundía por todas partes. Era totalmente diferente a esos bosques. Allí no era tan fácil caminar.

¿Dónde está este lugar...?

¿Estaba Haruhiro pensando eso? ¿O lo estaba diciendo?

¿Estaba diciendo eso?

¿Haruhiro estaba hablando?

¿A quién?

¿A sí mismo?

¿Estaba hablando consigo mismo?

Sí.

Sí...

Lo siguiente que supo fue que Haruhiro se encontró asintiendo.

“¿Haru-kun?”

Era la voz de Yume.

Sí.

Sí...

Tenía que responder. Sí. Necesitaba darle una respuesta.

Sí... tengo que hacerlo, ¿no?

No puedo hacer que se preocupe, pensó Haruhiro. Estoy bien.

Estoy totalmente bien.

¿Estoy bien?

¿Yo, bien?

¿Cómo es que estoy bien?

¿Dónde... está esto...?

Ya era de noche.

En última instancia, eso era todo lo que Haruhiro sabía.

“¡Oh, que se joda! ¡Yume, déjalo descansar! ¡Está claro que no puede hacerlo!”

“Miau. Haru-kun, siéntate aquí. ¿De acuerdo?”

Sí.

Sí...

Pero estoy bien...

Caminar, sentarse, incluso acostarse, nada cambiaría mucho. Siendo así, ¿no era mejor que siguiera moviéndose? Moverse. Moverse.

¿Era mejor moverse?

¿Para qué?

Él no lo sabía. Era poco lo que Haruhiro sabía. Y era muy poco.

En cualquier caso, parecía estar sentado. Probablemente alguien lo sentó. Yume, que estaba cuidando de él, tal vez.

Cuando estaba así, sin moverse, sentía que se hundía lentamente en la tierra. Puede que estuviera agotado. Tenía que ser eso. Agotamiento. Un concepto importante. Haruhiro probablemente estaba agotado. ¿Cómo podría no estarlo? Estaba agotado, y también con dolor. Dolor. Otro concepto importante. Dolía. Le dolía de verdad.

¿Las manos? ¿Las tengo? Mis manos...

A fin de cuentas, ¿sus manos izquierda y derecha seguían ahí? Haruhiro no podía sentir las por alguna razón. ¿Estaban todavía unidas? ¿Se habían caído?

Duelen...

Bueno, en ese caso, no podían haberse ido. Probablemente estaban allí. Todavía tenía sus manos. Si había perdido ambas manos, no podían estar haciéndole daño ahora.

Herida.

Dolor.

Un estímulo y una respuesta definitivos.

Las manos, que estaban allí, dolían.

“Haru-kun, voy a cambiarte las vendas, ¿vale?”

Sí.

“Duele, ¿verdad? Es imposible que no lo haga.”

Sí...

“Aguanta un poco más, ¿vale?”

De acuerdo.

Aguantaría.

Estoy bien...

“Raro, ¿no?”

¿Qué es lo raro...?

“Sí.”

¿De quién eran esas voces? Dos personas hablaban.

“Eso debe ser las Llanuras de Bordo. Es un antiguo campo de batalla, ¿verdad?”

Llanuras de Bordo...

“Sí. Eso es lo que dicen.”

“La historia cuenta que hace mucho, mucho tiempo, los enanos lucharon contra la Alianza de los Reyes, y murieron como locos en los campos de aquí, ¿sí?”

Llanuras de Bordo.

Así era como la gente había llamado a las tierras planas entre la cordillera Kurogane y las montañas Dioze hace mucho tiempo.

Creo que...

Aunque se llamaban llanuras, estaban atravesadas por cientos, tal vez miles de delgados barrancos, como las marcas de las garras dejadas por un dios demonio. Sin embargo, debido a toda la hierba y los arbustos, los barrancos no destacaban mucho, y existía un grave riesgo de caer accidentalmente por uno de ellos. Las llanuras de Bordo parecían un campo de hierba sin pretensiones durante el día, pero la zona era, de hecho, bastante peligrosa. Y por la noche se podía ver claramente, incluso bajo la tenue luz de la luna, que las Llanuras de Bordo eran aún más peligrosas.

“Había oído que había más cadáveres en movimiento que insectos. Aunque podría ser una exageración.”

“Sí, supongo.”

“De todos modos, todo es por esa cosa. Ya sabes, la maldición del Rey Sin-Vida.”

“Sí.”

“¿No se suponía que los muertos empezarían a vagar por la noche a causa de esto? Porque yo no veo a ninguno. ¿Qué pasa?”

Las Llanuras de Bordo... Oh, ya veo, pensó Haruhiro. Esto no es el bosque. Es la Llanura de Bordo.

“También lo llaman ‘Campo del Hombre Muerto’.” Dijo Ranta, olfateando. “Pensé que el lugar era bastante malo, así que me preparé para ello, ¿sabes?”

“Mientras haya luz...” Al parecer, Itsukushima intentaba encender una antorcha. “Los muertos se esconden en los innumerables barrancos, y luego salen arrastrándose cuando está oscuro.”

“Barrancos, ¿eh? Tiene que haber algunos por aquí también, ¿no?”

“Sí. ¿Por qué no vas a mirar?”

“No estarás intentando que me maten, ¿verdad?”

“No es malo tener miedo.”

“¿A quién llamas miedoso? Nada asusta a un tipo tan impresionante como yo.”

“¿Ah, sí?”

“Como si tuviera miedo. No. De ninguna manera. Sí. Voy a ir a mear, y de paso a echar un vistazo. Sólo un vistazo, ¿sabes?”

“Ten cuidado.”

“Heh. No es necesario. Soy invencible, después de todo.”

“Incluso si puedes manejar a los muertos, seguirá siendo un dolor el salir de los barrancos si te caes.”

“Para cualquiera que no sea yo, ¿verdad? ¿No lo sabías? Puedo saltar como si tuviera alas, ¿me entiendes?”

“Suena conveniente.”

“No me desprecies, viejo...” Luego, volviéndose hacia Yume, Ranta dijo: “Hey, voy a ir a mear.”

“No hace falta que le digas a Yume cada vez que tienes que orinar.”

“¿Por qué no habría de hacerlo? De todos modos, cuida de ese imbécil, Parupiro, por mí.”

“Yume lo está vigilando bien sin que digas nada. Y Haru-kun no es un imbécil, ¿vale?”

“No te enfades.”

“Yume no se va a enfadar.”

“Sí, lo estas. Sé más tolerante. Deja que tu corazón vuele libre.”

“Estás hablando demasiado.”

“¿Has pensado alguna vez qué pasaría si me callara? Sería el fin del mundo de verdad.”

Ranta se marchó a algún sitio. ¿A dónde iba? ¿A hacer sus necesidades, tal vez? Haruhiro sintió que había estado diciendo algo así.

“¿Haru-kun?” Yume puso una mano en la espalda de Haruhiro.
“¿Estás llorando?”

Haruhiro sacudió la cabeza. ¿Era arriba y abajo, o izquierda y derecha? Ni siquiera él lo sabía. Haruhiro no podía respirar bien. Estaba jadeando para respirar. Como un hombre que se ahoga. Se estaba ahogando. A pesar de que este lugar, las Llanuras de Bordo, estaba en tierra. Obviamente. Sus pulmones tenían espasmos. Sus ojos se sentían calientes. También el interior de su nariz.

Lo siento...

Si abría la boca ahora, tenía la sensación de que pasaría algo raro. Haruhiro no había dicho nada. Ninguna palabra habría salido de su boca.

“No tienes que pedir perdón.”

Sin embargo, por alguna razón, Yume seguía repitiendo eso mientras le acariciaba la espalda.

“Escucha, Haru-kun. No hay necesidad de disculparse, ¿entiendes? No tienes nada por lo que disculparte. Así que para, ¿de acuerdo? Está

bien que llores. Puedes seguir adelante y llorar todo, todo lo que quieras, pero no te disculpes.”

No había sido consciente de que estaba llorando. ¿A quién escuchó sollozar? Probablemente a él mismo. Sin embargo, el ladrón no podía imaginarse a sí mismo derramando lágrimas. ¿Qué razón tenía para llorar? No estaba triste. No sentía nada parecido a la ira. ¿Estaba desesperado? No podía decir que no. Sin embargo, no era como si no tuviera esperanza. Yume estaba con él, y también Ranta. De alguna manera, ambos habían permanecido a su lado. Haruhiro sintió que era una carga para ellos. Un lastre. Como el grupo tenía a Ranta, Yume, Itsukushima y Poochie, ya estaban listos. Estarían bien sin Haruhiro. El ladrón no tenía lugar aquí.

En algún momento, Haruhiro se había acostado. Había algo firme apoyando su cabeza. Algo cálido. Era Yume. La cabeza de Haruhiro estaba descansando en su regazo.

¿Está bien? Se preguntó vagamente. Se sentía culpable. Como si no debiera hacer esto, por el bien de Ranta. El caballero del terror se había ido a alguna parte, y no iba a volver, pero cuando lo hiciera probablemente se iba a molestar.

¿No debería detenerla?

Pero Haruhiro sólo pensó esas palabras. No podía decir nada. No estaba en posición de hablar.

Sinceramente, el ladrón estaba agradecido. Yume estaba haciendo mucho para ayudarlo.

Haruhiro estaba tocando los muslos de Yume. O más bien, estaba frotando su cara contra ellos. Más precisamente, estaba *enterrando* su cara en ellos. A través de su contacto con Yume, tenía una sensación concreta de que estaba conectado a algo. Esa era una sensación que Haruhiro necesitaba desesperadamente en este momento.

Tal vez no tenía que ser Yume. Pero ella era la que estaba al lado de Haruhiro ahora mismo. Sólo ella.

Se alegró de que fuera Yume.

Haruhiro no confiaba en poder describir con exactitud lo que era Yume para él. Era una camarada, y también una amiga. Pero no sólo *una camarada*, y no sólo *una amiga*. Amiga, camarada. Esas palabras no eran suficientes.

“¡Uf! ¡No pude ver nada! ¡Está demasiado oscuro!” Ranta estaba gritando en algún lugar en la distancia.

“Por supuesto que no pudiste. Es de noche, ¿sabes?” Dijo Yume mientras acariciaba la cabeza de Haruhiro como si fuera un niño, riendo un poco. A pesar de esa risa, su voz era llorosa.

Su pérdida fue increíblemente grande.

A todos les habían quitado muchas cosas.

Parecía que lo habían perdido todo y que estaban a punto de romperse. Pero al menos las cosas estaban tranquilas esta noche.

Demasiado tranquilas, en realidad.

En algún momento, los párpados de Haruhiro se habían cerrado. Probablemente los había cerrado. Pensó que Itsukushima había estado haciendo un fuego. Pero no pudo ver ninguna luz de él.

Escuchó la respiración de Yume. O quizás era la propia respiración de Haruhiro. Casi parecía fundirse en la noche. Recordó vagamente haber pensado eso. La noche que había envuelto las Llanuras de Bordo estaba convirtiendo a Haruhiro en una sustancia viscosa.

Abrió los ojos. Todavía estaba oscuro. No estaba muy oscuro. El cielo tenía ahora un ligero color. Se acercaba el amanecer. Haruhiro seguía tumbado boca arriba, con la cabeza en el regazo de Yume. Ella estaba acostada con las piernas extendidas. Sus manos estaban juntas, descansando sobre su plexo solar.

Haruhiro trató de sentir sus manos. Bueno, no *estaban* allí. Cuando levantó sus brazos, sintió dolor. La fuerza fluyó a través de sus muñecas. Incluso podía mover sus dedos.

Al menos ahora estaba en mejor estado que antes de desmayarse. Había podido dormir algo, aunque no estaba seguro de cuánto. Puede que sea por eso.



Intentó levantarse, pero tenía la cabeza nublada y no estaba seguro de hacerlo. No se sentía bien. No, se sentía *mal*, pero había sobrevivido a cosas peores.

La hoguera se había consumido. Poochie, el perro-lobo, estaba tumbado junto a ella. Itsukushima estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda en su compañero animal. ¿Estaba despierto? No, parecía que estaba dormido.

Poochie levantó la cabeza para mirar a Haruhiro. Sus ojos se encontraron. Entonces, el perro-lobo volvió a tumbarse inmediatamente.

“¿Ranta...?” Haruhiro pronunció el nombre del caballero del terror en voz baja. Ranta no aparecía por ningún lado.

El ladrón dudó un rato y luego volvió a apoyar la cabeza en el regazo de Yume. Tenía una excusa pensada para ello. Puede que esto no sea lo peor que haya sentido, pero seguía estando mal. No estaba en condiciones de moverse, así que tenía que descansar. No quería hacer nada y no podía. Sólo quería que alguien le dijera claramente que no tenía que hacerlo. Haruhiro se entregaba a la amabilidad de Yume. Ella se lo permitía incondicionalmente.

Haruhiro volvió a dormirse. Cuando volvió a abrir los ojos, había más luz que la última vez. Justo antes de que saliera el sol, supuso.

Yume respiraba suavemente en su sueño. Itsukushima y Poochie se habían ido a alguna parte. ¿A explorar o algo así, tal vez?

“Ya estás despierto, ¿eh?” Ranta se agachó y miró a Haruhiro.

“Sí...”

Sentía la garganta apretada y le costaba hablar. Haruhiro respiró largamente. Puede que tuviera fiebre. Sus heridas probablemente estaban supurando.

Ranta chasqueó la lengua. El caballero del terror no llevaba esa insípida máscara a la que parecía tan aficionado. En su lugar —aunque no la sustituían— llevaba vendas alrededor de la parte superior derecha de la cabeza y de la oreja izquierda. No eran sólo para mostrar. Cubrían las heridas de katana que había recibido.

Ranta había recibido un corte de Takasagi. El corte —que comenzaba sobre el lado derecho de su frente, pasaba en diagonal por el entrecejo y continuaba por debajo de la oreja izquierda— podría haberle dejado cicatrices de por vida.

“Eso se ve bastante mal.” Dijo Haruhiro con voz ronca.

Con un resoplido y un encogimiento de hombros, Ranta respondió:
“Siempre fui un malote.”

“¿Ah, sí?”

“Apuesto a que has dormido bien. Tienes una buena almohada.”

“Sí... supongo que sí, ¿eh?”

“Será mejor que estés agradecido, pedazo de mierda.”

Lo estoy, iba a decir Haruhiro cuando, de repente, Yume dejó escapar un extraño murmullo.

“¡Fwuhhh! Es de día, ¿eh?” Dijo ella, sentándose usando sólo sus músculos abdominales. “Miauuu. Buenos días, Haru-kun.”

Al ver la sonrisa en su rostro, Haruhiro no pudo evitar sonreír y responder con un “buenos días”.

“Tsk… Eso que ves es una gracia divina…” Ranta murmuraba para sí mismo.

“¡¿Qué?!?” Los ojos de Yume se abrieron de par en par. “¿Tú también estás aquí, Ranta? ¿Eh?”

“¡No lo digas como si fuera una idea de última hora! No soy una persona más. Soy el maldito protagonista.”

“¿Muh? ¿Eres un proto-colista?”

“No, eso no es lo que he dicho, ¿y qué demonios es una proto-colista?”

“Cómo va a saberlo Yume. Tú eres el que se llamaba a sí mismo un proto-colista, Ranta.”

“Yo no he dicho eso. No trates de poner tus crímenes sobre mí.”

“¿Yume tampoco intenta darte líquenes?”

“Sí, aquí no hay líquenes. Este no es exactamente el tipo de lugar donde los encontrarías, ¿sabes?”

“Yume ha estado pensando durante un tiempo, a veces parece que hablar contigo no tiene sentido.”

“¡Tú eres quien no tiene sentido de arraigo! ¡¿Y qué se supone que es el arraigo?!”

“El arraigo es como un pariente cercano del retraigo o respigo, y un pariente más lejano del envigo y espigo.”

“¡Estás jugando con mi cabeza!”

“Sí. ¿Tienes el cabello así de plano porque se te ha frito el cerebro?”

“¡Yo nací así! Y espera... ¡¿Nunca nadie ha llamado a mi cabello plano?!”

“Esto sí que está animado.” Dijo Itsukushima al volver con Poochie. El cazador tenía varias ratas de campo grandes colgando de su cintura. Puede que haya puesto trampas para ellas.

Haruhiro intentó sentarse y Yume le ayudó.

“Intenta no presionarte.” Dijo.

“¿No puedes ni siquiera levantarte por tu cuenta?” Dijo Ranta, sonriendo un poco.

Haruhiro se las arregló para ponerse de pie de alguna manera, apoyándolos firmemente en el suelo y respirando profundamente. Dobló la cintura, estirándose, y luego giró los brazos en círculos, lo que hizo que le dolieran las heridas. Eso le hizo soltar un gemido involuntario.

Itsukushima sonrió un poco.

“Eres muy joven.”

Su tono no sugería que estuviera siendo sarcástico.

“No sé nada de eso.”

“¿Te sientes lo suficientemente bien como para echar un vistazo a algo horrible?”

“¿Lo estoy...? Uh, bueno, tal vez no. Pero tengo la sensación de que esto es algo que tengo que ver, ¿verdad?”

“Tal vez.” Itsukushima comenzó a caminar. “Todos, síganme.”

Poochie siguió detrás de Itsukushima. Haruhiro, Ranta y Yume se miraron por un momento. Luego fueron tras el cazador y su perro-lobo.

Itsukushima no había ido muy lejos. No más de cien metros más o menos desde donde habían acampado. Una vez que atravesaron unos diez metros de arbustos a la altura del pecho, Poochie se detuvo. Parecía que el perro-lobo no quería ir más lejos. Su hocico se arrugó un poco, con una mirada de desagrado en su rostro. O tal vez era inquietud. Itsukushima, junto con Haruhiro y el resto, continuó unos metros más.

Había un barranco al otro lado de los arbustos. Tenía menos de cuatro metros de ancho y varios metros de largo; Haruhiro calculó que tenía unos cinco o seis metros. Probablemente también tenía más de cinco metros de profundidad.

Ranta se asomó al borde del barranco y miró hacia abajo.

“Está lleno de ellos...”

Haruhiro se arrodilló y bajó la cabeza para ver mejor. El sol ya estaba saliendo, pero todavía tenía que entrecerrar los ojos para ver el fondo del barranco.

Yume se agachó junto a Haruhiro y se abrazó a sus rodillas.

“Nwuhohh...”

Los esqueletos y los restos disecados del fondo del barranco se apilaban unos sobre otros. Había demasiados para contarlos. Algunos de los cuerpos estaban desnudos, mientras que otros llevaban cascós o cota de malla. A algunos de ellos les quedaban retazos de ropa deteriorada. Pero a muchos les faltaba no sólo la ropa, sino también la mayor parte de la carne. Las hachas de guerra, las lanzas, las espadas y los escudos, o lo que quedaba de ellos, llamaron la atención de Haruhiro. Por sus cuerpos fornidos y sus barbas, la mayoría de los muertos eran enanos.

“Yo no diría que enjambre es la palabra correcta.” Corrigió Itsukushima a Ranta con un tono de voz seco. “Los muertos no se mueven en absoluto. Cuando antes pasé por las Llanuras de Bordo, se retorcían incluso durante el día.”

Los muertos habían pululado en las sombras de los barrancos, donde la luz del sol no llegaba, incluso cuando no era de noche. Así había sido antes.

Yume dio una palmada. Bajó la cabeza y cerró los ojos. Probablemente rezando por los difuntos.

“La maldición...” Ranta murmuró. “Se ha desvanecido, ¿eh? La maldición del Rey Sin-Vida...”

“Miren.” Dijo Itsukushima, señalando. “Allí.”

No era el fondo del barranco. Señalaba la empinada pendiente del otro lado. No tenía mucha hierba ni musgo, sólo el gris y el marrón de la tierra y la roca expuestas.

¿Eso es una serpiente?

Ese fue el primer pensamiento de Haruhiro. Había una criatura parecida a una serpiente trepando por la ladera.

Larga, delgada y de color negro azabache.

“¿Hrm...?” Yume abrió mucho los ojos y se quedó mirando la ladera. Ranta ladeó la cabeza y echó un largo vistazo a la zona.

Era terriblemente larga para ser una serpiente. Demasiado larga, de hecho. Rastreándola con los ojos, Haruhiro vio que la cosa iba desde el fondo del barranco, que estaba repleto de cadáveres, hasta la firme ladera de roca y tierra y el borde del otro lado.

Tampoco era la único.

Había varias criaturas con forma de serpiente.

“Qué...”

Haruhiro se estremeció y miró sus pies. ¿Estaban sólo en ese lado? De repente sospechó que no era así.

Para bien o para mal, no había ninguna cerca del grupo. Pero había una serpiente negra a unos diez metros a la derecha de ellos.

“Sh...”

“¡¿Whoa?!?” Ranta gritó al darse cuenta.

Itsukushima parecía no inmutarse, ya que parecía haberlos notado de antemano, pero Yume hizo un “¡¿Gwuhwhuh?!?” y saltó en el aire.

“¡¿Qué... qué... qué... qué...?!?” Ranta estaba claramente en pánico, pero tenía la suficiente presencia de ánimo como para tener una mano en la empuñadura de su katana.

Había algo diferente en esas criaturas. No eran serpientes. Puede que ni siquiera sean criaturas.

Haruhiro se levantó. Caminó por el borde del barranco hacia la derecha.

“¡¿Haru-kun?!?” Yume se apresuró a seguirlo.

Ranta le siguió vacilante, balbuceando: “¡Hey, detente! ¡No seas estúpido!”

Haruhiro se detuvo a sesenta o setenta centímetros de la larga cosa negra. Se había arrastrado desde las profundidades del barranco y se dirigía en otra dirección.

Haruhiro miró al cielo, calculando la dirección general basándose en la posición del sol.

“¿Al este y tal vez un poco al norte, supongo?”

¿La cosa negra, larga y delgada, estaba en movimiento, saliendo del barranco y dirigiéndose hacia el este-noreste? Aunque no estaba seguro de si realmente se estaba moviendo.

Haruhiro se agachó. Parecía completamente inmóvil, pero también como si se moviera ligeramente. No podía estar seguro de cuál.

“¿Cómo se ve?” Preguntó Ranta, asomando la cabeza por encima del hombro derecho de Haruhiro.

¿Y si empujaba a Ranta hacia delante y hacía que el caballero del terror pisara la larga y delgada cosa negra? Haruhiro lo consideró por un momento, pero por desgracia sus manos estaban fuera de servicio. Además, antes de que pudiera hacer nada, Yume se acercó a él y gritó: “¡Toma eso!” mientras le daba una firme patada.

“¡¿Por qué?!?” Ranta se abalanzó sobre Yume, con la cara convertida en una máscara de pánico. La inmovilizó y tiró de ella hacia atrás y lejos. “¡¿Qué crees que estás haciendo, Yume?! ¡Eso es peligroso! ¿Qué voy a hacer si te pasa algo?”

Haruhiro también estaba sudando la gota gorda. Aunque Yume podía ser demasiado atrevida a veces, no era imprudente. Ella tenía su propia manera de juzgar estas cosas. Algo la había hecho decidir qué podía salirse con la suya.

Haruhiro se acercó más, pinchando la cosa negra con la punta de su bota. El estímulo no hizo que se moviera en absoluto. Presionó ligeramente con el pie y sintió una especie de sutil vibración. No creía que lo estuviera imaginando. La cosa realmente se movía.

¿Había salido del barranco para ir a alguna parte? Eso no estaba claro, pero pudo ver que continuaba hasta perderse de vista.

Haruhiro movió su pie fuera de la criatura. Tenía menos de cinco centímetros de diámetro. Tal vez tres o más. ¿Su sección transversal era redonda? No parecía que fuera plana.

Había varias cosas de aspecto similar —en realidad, parecían exactamente iguales— que se extendían por el barranco —decenas, posiblemente, aunque tal vez “creciendo” fuera la palabra correcta—. A Haruhiro tampoco le pareció que eso fuera del todo correcto, pero no se le ocurrió ninguna otra forma de describirlas. Sin embargo, sí sabía qué eran esas cosas. Haruhiro estaba seguro de ello.

“Sekaishu...”

0107A660. Malestar Involuntario

“Shinohara-san.”

Se había despertado antes de que Hayashi le llamara por su nombre, pero no se molestó en preguntar “¿Qué pasa?” Shinohara se incorporó y ordenó a Hayashi, que estaba junto a su cama con una linterna, que fuera a despertar a los demás.

Para cuando Shinohara terminó de asearse rápidamente y salió de la habitación, la Torre Tenboro estaba alborotada. Hayashi y él se dirigieron al piso superior para buscar a Jin Mogis. El comandante no estaba en el dormitorio principal de la tercera planta, sino en la habitación con la chimenea de la segunda. Una de las capas negras estaba delante.

“¡Es el Sr. Shinohara!” Gritó el capa negra al hombre que estaba dentro de la habitación antes de abrir la puerta. Shinohara y Hayashi entraron y saludaron. Mogis, con un camisón de piel, estaba frente al fuego con los brazos cruzados.

“Su Excelencia.” Se dirigió a él Shinohara, que Mogis reconoció con un gruñido.

“Tenemos informes de la puerta sur y del muro este.” Continuó Shinohara. “Se han avistado extrañas criaturas en la zona, aunque no sabemos si son enemigos o no.”

“¿Criaturas extrañas?”

“Escuchamos la historia directamente de los soldados que las presenciaron, pero no sabemos qué hacer con ellas.”

Mogis miró a Shinohara con sus ojos oxidados. “Conoces bien la frontera. Me gustaría que confirmaras la presencia de estas extrañas criaturas y, si es posible, que identificaras lo que realmente son. Siento imponerte, pero ¿podría pedírselo?”

Mogis no lo lamentaba lo más mínimo, por supuesto, pero se empeñó en tratar bien a Shinohara, al menos a nivel superficial. La principal debilidad del comandante era la falta de piezas fiables para moverse por el tablero. Por su parte, Shinohara quería hacerle un favor a Mogis para que el comandante le debiera uno. Al final, lo utilizaría como trampolín, o como peón de sacrificio. Ni que decir tiene que esperaba que Mogis pensara hacer lo mismo con él.

“Muy bien.” Aceptó Shinohara y salió de la habitación con Hayashi.

“Me pregunto qué podrían ser. Estas extrañas criaturas.” Dijo Hayashi, pareciendo inquieto.

Eso es lo que vamos a averiguar, pensó Shinohara, bajando las escaleras en silencio. Los miembros de Orion estaban reunidos en la parte inferior.

“Primero nos dirigiremos a la puerta sur.” Dijo Shinohara al grupo y comenzó a caminar.

“Um, Shinohara-san.” Dijo Horiyui, una maga, para detenerlo.

Shinohara suspiró y empezó a sospechar que estaba de mal humor. No, eso no podía ser cierto. Estaba igual que siempre. “Sí. ¿Qué pasa, Horiyui?”

“¿No vas a llevar tu escudo?”

“¿Mi escudo?”

Sólo ahora se dio cuenta Shinohara de que no llevaba su escudo, Guardián. Su espada, Decapitador, colgaba de su cintura. También llevaba el anillo que había arrebatado al Rey Lich del Mount Grief, al que había llamado Anillo del Polvo. Obviamente, no podía llevar la reliquia abiertamente. Colgaba de una robusta cadena alrededor de su cuello.

“Ah...”

¿Por qué no traje el escudo? No lo sabía. Shinohara no podía explicarlo por sí mismo.

“Debo haberlo olvidado.”

La sonrisa que mostraba en ese momento era sólo una parte de su actuación, interpretando el papel de líder que no sólo era estricto y merecedor de respeto, sino que también podía ser amistoso en ocasiones.

Horiyui era una maga aceptable, pero no era nada especial. A pesar de su mediocridad, o tal vez a causa de ella, sus sentimientos por

Shinohara iban más allá del mero respeto y se convertían en un amor por él que él encontraba trillado. Eso significaba que no podía despedirla con frialdad, o ella se enfadaría, pero tampoco podía ser tan amable con ella como para que empezara a ponerse de mal humor. Si no la trataba con delicadeza, se volvería inútil en un instante. La mujer daba muchos problemas para obtener un rendimiento medio.

Estaba acostumbrado a ello. Para Shinohara, los demás no eran más que peones con voluntad propia. Si no hubiesen tenido voluntad, su trabajo habría sido mucho más fácil. Pero también era ese libre albedrío el que permitía a la gente moverse por su cuenta. No había mucha utilidad para los peones que no se movían.

Shinohara dudó un momento, pero se dirigió a su habitación a buscar a Guardián. Le pareció extraña su indecisión. La identidad de esas extrañas criaturas era aún desconocida. Si no sabía en qué clase de peligro se estaba metiendo, era obvio que sería mejor tener la reliquia del escudo cerca.

Hayashi se acercó a susurrarle al oído mientras salían de Tenboro y se dirigían a la puerta sur.

“Tengo una sensación incómoda sobre todo esto. Puede que me pase de la raya, pero voy a sugerir que tal vez queramos ser precavidos.”

“Sí, lo sé.” Respondió Shinohara antes de pensar burlonamente: *¿Una sensación incómoda? Qué increíblemente vago.*

Hayashi era un hombre serio con un fuerte sentido de la lealtad. También era constante, nunca hacía nada que Shinohara no pudiera predecir, así que era digno de confianza en ese sentido. El inconveniente era que no era muy inteligente. Puede que no fuera un completo imbécil, pero su capacidad para analizar las cosas de forma racional era limitada. La gente como él tenía a confiar en el instinto, en las premoniciones y en cosas similares, descendiendo finalmente al espiritismo la mayoría de las veces.

Shinohara se dio cuenta de repente de algo que no esperaba. Los idiotas eran fáciles de usar. Y, sin embargo, parecía que los detestaba más que nadie.

Si se pusiera a la gente en fila en orden de quién es más tonto y se empezara a matarlos uno por uno, sería bastante satisfactorio de ver. Si fuera posible, Shinohara querría un asiento VIP para ese espectáculo. Sería la mejor forma de comedia. Incluso podría soltar una carcajada genuina.

Shinohara siempre miraba con desprecio a los estúpidos. ¿Qué razón había para no menospreciar a los tontos? Pensó que sólo lo hacía porque era natural hacerlo. Nunca se había dado cuenta de que los odiaba tanto. Y sin embargo, misteriosamente, Orion estaba lleno de nada más que idiotas. El único que Shinohara habría reconocido como agudo era Kimura, y ahora el hombre estaba muerto.

Kimura había sido un bicho raro, pero había tenido buen ojo para las cosas. Debió saber, hasta cierto punto, que Shinohara les estaba

engaño. Había un aspecto de su relación en el que cada uno sabía que el otro le estaba engañando, y les parecía bien. Si Shinohara les decía a los otros que miraran bien, miraban bien. Si les decía que murieran, podían asustarse o dudar, pero, en última instancia, lo harían por él. Los hombres y mujeres de Orion carecían de la capacidad intelectual para dudar de Shinohara.

Evidentemente, no toda la humanidad era así, así que ¿por qué Orion estaba lleno de imbéciles de tan baja calidad?

Shinohara se encontró seguido por una pandilla de tontos que no eran del todo inútiles.

No fue nadie más quien los acorraló.

Era el propio Shinohara.

No lo había planeado así. Tampoco había sido consciente de que estaba ocurriendo. Sin embargo, sin darse cuenta, había reunido nada más que a idiotas que podía controlar fácilmente, envolviéndolos en capas blancas.

Por eso lo enfermaron.

Shinohara detestaba Orion.

La puerta del sur estaba cerrada. Los soldados la abrieron.

“¡Cuidado ahí fuera!” Les gritó uno de los soldados. El hombre tenía una desagradable cara de barba rubicunda.

La puerta se abrió lo suficiente para que pudieran pasar de dos en dos, y Orion procedió a atravesarla. Hayashi tomó la delantera, mientras que Shinohara iba en la cuarta posición. Cinco o seis de ellos llevaban linternas, incluyendo a Hayashi.

“¡Veo algo!” Gritó Hayashi, levantando su linterna.

Shinohara se quedó mirando la oscuridad. Un camino bien transitado se extendía más allá de la puerta sur.

Hayashi tenía razón. La propia oscuridad parecía moverse. Pero eso no podía ser correcto. La oscuridad antes del amanecer no era algo que se moviera. Tenía que haber algo en ella. Si se movía, tenía que estar vivo, pero él no podía oír nada parecido a pasos. Los sonidos eran más pesados que eso.

Shinohara se agachó y puso una mano en el suelo. Estaba temblando.

Tsuguta, el ladrón, y Uragawa, el cazador, habían muerto al tomar el Mount Grief. Habían sido la clave de la capacidad del clan para detectar enemigos. Puede que no fueran inteligentes, pero tenían habilidades. Shinohara estaba molesto. No estaban cuando los necesitaba. Se habían ido y habían muerto. Bastardos totalmente inútiles.

“Dijeron que también habían notado algo raro en las murallas del este, ¿no es así?” Murmuró Shinohara.

Hayashi se volvió hacia él y le preguntó: “¿Qué debemos hacer? ¿Dirigirnos al este?”

“Este camino lleva...” Shinohara comenzó, mirando hacia el cielo del sur. Las montañas Tenryu se alzaban sobre Alterna en esa dirección. Sin embargo, el camino que salía de la puerta sur no se dirigía hacia el sur.

“A la Torre Prohibida, ¿eh?” Concluyó. Había una pequeña colina al sureste de Alterna. Casi al lado de la ciudad amurallada. El pueblo de Alterna y los soldados voluntarios que vivían allí habían utilizado durante mucho tiempo sus laderas como cementerio.

“Vamos.” Dijo Shinohara, continuando por el camino.

“¿Eh...? ¡Sí, señor!” Hayashi se precipitó tras él.

Sir Unchain.

¿Había hecho ese hombre su jugada? Si era así, no se sabía qué podía ser. La Torre Prohibida estaba llena hasta los topes de reliquias que había reunido. Tantas que resultaba difícil saber qué era una reliquia y qué no. Ni siquiera estaba claro qué podía hacer el propio hombre.

Desde que Shinohara fue llevado a conocer al hombre por una mujer llamada Hiyomu, había intentado activamente ganarse su favor. No llegaría a decir que se había ganado la confianza de Sir Unchain. Lo había intentado, pero tal y como lo veía Shinohara, el hombre no era de los que confían o se fían de los demás.

Sir Unchain entendía el lenguaje humano, y adoptaba una forma que podría llamarse humana, pero no lo era, no en el sentido más amplio de la palabra. Había mantenido una larga relación secreta con los margraves que habían gobernado Alterna durante generaciones. Parecía que incluso había venido a la Torre Tenboro en ocasiones. Les obsequiaba con objetos inusuales o les proporcionaba información sobre lugares lejanos para ganarse su favor, al tiempo que insinuaba que vivía dentro de la Torre Prohibida. Como era el único capaz de abrir la puerta de esa torre, habían llegado a llamarlo Sir Unchain.

Hiyomu no era tan joven como parecía. Tenía muchos más años a sus espaldas que Shinohara. En su investigación, se había enterado de que un soldado voluntario que coincidía con la descripción de Hiyomu había estado en activo hace más de dos décadas. Eso la convertía en parte de una generación anterior a la de Akira, y él era una leyenda viva.

¿Cómo había llegado Hiyomu a relacionarse con el maestro de la Torre Prohibida? No había forma de saberlo, pero Shinohara esperaba que le sirviera por su deseo de obtener reliquias. Podría haber recibido una que le devolviera la juventud perdida. Las reliquias hacían posible lo imposible. No, más que eso, trascendían las leyes de este mundo. Porque no eran *de este mundo*. Y tampoco lo era Shinohara, o los otros como él. Habían llegado a Grimgar desde otro mundo.

En opinión de Shinohara, habían sido residentes de otro mundo, y algún acontecimiento —quizás quedaron atrapados en un accidente o

un desastre; no lo sabía—, pero *algo* había ocurrido que les hizo aparecer en Grimgar.

Lo que sí sabía era que los habitantes de otros mundos despertaban por primera vez en el sótano de la Torre Prohibida. En ese momento, ya habían perdido sus recuerdos. Luego fueron expulsados de la torre y conducidos a Alterna. La mayoría se convirtieron en soldados voluntarios para sobrevivir.

¿Podría Sir Unchain estar usando el poder de las reliquias para acorralar a los de otro mundo? Eso fue lo que pensó Shinohara. No podía estar muy lejos de la realidad. Y estaba robando sus recuerdos, para luego enviarlos a Alterna.

¿Qué estaba tramando ese excéntrico coleccionista de reliquias, ese monstruo inhumano?

Quería reliquias. Reliquias de todas y cada una de las variedades. No hay duda de ello.

No se limitó a buscarlas, sino que también las investigó y estudió. Las reliquias tenían una energía especial en su interior, una que el monstruo llamaba “Elixir”. Esto era algo que Shinohara había escuchado de la propia boca del monstruo.

El monstruo había secuestrado a la camarada de Haruhiro, Shihoru, tentándola a unirse a él tras volverle a robar sus recuerdos. Las melosas palabras que le había dirigido incluían la sugerencia de que podría

devolverla a su propio mundo si le obedecía. Shinohara también lo había oído.

“Si se alcanza nuestro objetivo.” Le había dicho el monstruo.
“Podrás volver a tu mundo. El mundo del que viniste. El lugar donde deberías estar.”

Si se alcanza su objetivo.

¿Pero de quién era el objetivo? Del monstruo, sin duda. ¿Pero cuál era su objetivo? ¿Era el plan del monstruo un medio para lograrlo?

No, no esperaba que el monstruo revelara sus intenciones tan fácilmente. Sólo eran palabras dulces dichas para convencerla, eso era todo.

Pero, por otro lado, Shinohara tuvo otro pensamiento. Podría ser que Sir Unchain, también conocido como Ainrand Leslie, no estuviera acorralando a los habitantes de otros mundos que venían a Grimgar, sino llamando él mismo a la gente de otros mundos.

Si ese fuera el caso, ¿no podría hacer lo contrario?

Podría ser que una de las reliquias del monstruo pudiera devolver a Shinohara y a los demás a su mundo original.

Shinohara comenzó a subir la colina. La Torre Prohibida se alzaba sobre ellos.

El maestro de la Torre Prohibida.

Sir Unchain.

Uno de los cinco principes que se dice que fueron creados por el Rey Sin-Vida.

Ainrand Leslie.

Shinohara necesitaba acercarse a ese monstruo, a ese demonio. Necesitaba aprender más. El monstruo consideraba a Shinohara como un valioso camarada, uno de un número muy reducido. Puede que no sea capaz de tomar eso al pie de la letra, pero probablemente significaba que el monstruo al menos veía suficiente valor en Shinohara como para encadenarlo llamándolo así. Si fuera posible, no le habría importado hacerse amigo del monstruo. De hecho, Shinohara no dudaría en convertirse en el mejor amigo de una criatura tan repugnante. Sin embargo, no tenía sentido pedirlo. Si el monstruo no lo deseaba, nunca serían amigos.

“¡Espera, Shinohara-san!” Gritó Hayashi, alcanzando a su líder. La luz de la linterna temblaba. Hayashi también sonaba increíblemente agitado.

Shinohara redujo su ritmo. No había necesidad de correr. Parecía que había perdido su actitud normalmente calmada. “Oh, lo siento.”

“No hace falta que te disculpes. Pero hay algo que está mal. Es raro. Toda la colina está...”

Hayashi no estaba enfadado, estaba asustado. Shinohara se detuvo.

“¿Qué es?”

“No lo sé. Es como un terremoto... Voy a echar un vistazo...”

Hayashi continuó cautelosamente por el camino de la colina.

Había lápidas blancas alineadas en la ladera. A menos que hubiera luna nueva o el cielo estuviera nublado, los grupos de tumbas destacaban y eran visibles incluso de noche. Había quienes comparaban el escaso brillo blanco con las almas de los difuntos. A los idiotas les gustaba creer en la existencia de un espíritu dentro de la carne, un alma que la controlaba. Qué tontería. Las personas no eran más que objetos: materia física que funcionaba como cualquier otro ser vivo. Si las rompías, esas funciones cesaban. Eso era la muerte. ¿Por qué la gente no entendía eso?

La colina estaba terriblemente oscura esta noche. La luna roja había salido y el cielo estaba tachonado de polvo de estrellas. Pero a pesar de eso, la colina parecía estar oscura dondequiera que se mirara. Demasiado oscura.

Shinohara no pudo distinguir ni una sola lápida. Era como si la oscuridad de la noche se hubiera amontonado, cubriendo las piedras blancas y ocultándolas.

La linterna que Hayashi sostenía frente a él proyectaba su luz sobre algo extraño.

“¡¿Qué es eso?!?”

No.

Para ser más precisos, la luz de la linterna debería haber sido proyectada sobre lo que fuera esa cosa, pero el extraño objeto no estaba siendo iluminado en absoluto.

Sin las lápidas y la Torre Prohibida, esta colina no era más que una ligera loma que se elevaba sobre el campo. Por lo tanto, la luz de la linterna debería haberles mostrado hierba espesa por todo el lugar.

Definitivamente había hierba creciendo a los pies de Hayashi.

Sin embargo, dentro de la luz de la linterna, había un punto que, por alguna razón, permanecía totalmente negro.

“La forma de la torre...” Dijo alguien.

Shinohara miró la Torre Prohibida en lo alto de la colina. Allí se encontraba la conocida morada del monstruo.

¿Pero siempre había sido así?

Parecía más grande de lo habitual.

No en términos de altura. Tampoco se había ensanchado. Pero parecía hinchada. El contorno de la torre, su forma, era diferente.

Se parecía menos a un edificio y más a un dedo gigante.

Un dedo oscuro, negro como el carbón, que se eleva desde la cima de la colina.

Además, la superficie del dedo se retorcía constantemente. Casi parecía que crecía y crecía por segundos.

“Eso es absurdo...” Dijo Shinohara, tragando saliva.

En la colina, la oscuridad que la había envuelto —una especie de cosas negras— se dirigía hacia ellos.

Esto es simplemente absurdo, pensó.

¿Era posible? No. Era una ilusión.

“¡Ahhh!” Hayashi se retorció violentamente, como si intentara liberarse de algo que le había agarrado el pie. Ese era el tipo de movimiento que estaba haciendo. De hecho, eso era exactamente lo que Hayashi estaba haciendo. Había algo que lo envolvía. Algo negro. Hayashi se volvió para mirar detrás de él.

“Corre...” Fue todo lo que Hayashi consiguió sacar antes de que la cosa negra le tirara al suelo. No, fue más bien que siguió moviéndose sobre Hayashi mientras avanzaba. Shinohara miró detrás de él por un momento.

Esto no es bueno, pensó. Vienen más. También desde la retaguardia.

No es que pudiera verlos. Eran como la oscuridad, tal vez incluso más negra. Pero ahora podía sentirlos claramente. Las cosas negras se acercaban desde todas las direcciones.

“¡Orion!” Gritó Shinohara, preparándose con Guardián y Decapitador. Las cosas negras llenaron su campo de visión en un instante, pero con un gruñido de esfuerzo las apartó con Guardián, luego blandió Decapitador y sintió que la espada impactaba. No fue un impacto sordo. Sintió que lo que había golpeado se rompía.

Probablemente era más exacto decir que el extremo se había roto en lugar de que lo hubiera atravesado.

Podemos contraatacar, intuyó Shinohara.

Negro. Oscuro y en movimiento. ¿Estaban estas cosas vivas? Eso no lo sabía, pero Shinohara era capaz de alejarlas con Guardián, y podía atravesarlas con Decapitador.

Pero no importaba cuántas derribara con su espada y escudo, las cosas negras parecían no tener fin. ¿Cómo estaba el resto de Orion? No lo estaba haciendo tan bien que podía permitirse el lujo de comprobarlo. Antes de que se diera cuenta, las cosas negras estaban envolviendo la pierna derecha de Shinohara. Luego, cuando él trató de liberarse, también tomaron su pierna izquierda. Las cosas negras parecían tener voluntad propia, un propósito, algo así como un objetivo. Eso era todo lo que Shinohara podía pensar.

Estas cosas vienen por mí.

0108A660. El Último

La vida de Jin Mogis no sólo estaba cubierta de mierda, sino que era la propia mierda.

La Casa Mogis siempre había sido una mierda. Enad George, que fundó el reino de mierda de Arabakia, era el rey de la mierda, e Ishidua Zaemoon, su estrecho colaborador que planeó su asesinato, también era una mierda. La estúpida chica a la que elevó a la fama, Friau, también era una mierda, lo que significaba que todos los miembros de la Casa del Fundador que descendían de ella tenían mierda en la sangre. Se decía que Steech, el líder de la Casa del Norte, que se enemistó con ellos, también era más o menos mierda, y la hija idiota de la Casa Mogis, que se enamoró de un hijo pródigo de la influyente Casa Ishidua, debía ser la más mierda. Gracias a ella, la Casa Mogis se cubrió de mierda, y cayó en circunstancias más mierdosas que un montón de estiércol. Estamos hablando de una mierda concentrada.

Jin Mogis creció escuchando historias de mierda sobre todo esto.

“Los de la Casa Mogis somos especiales.”

Esas eran las fétidas palabras que tan a menudo se filtraban de la boca de su padre, William Mogis, comemierda.

El hijo de mierda odiaba el cabello rojo y grasiento de su padre, apelmazado por la mugre y el polvo, más que la mierda. Había querido

atravesar con uñas afiladas el blanco ictérico de los ardientes ojos color óxido del viejo. Deseó una y otra vez tener la oportunidad.

“Nosotros, los de la Casa Mogis, no somos como el resto de estas mierdas, Jin. No lo olvides nunca.”

Su padre de mierda iba por ahí inclinando la cabeza ante todo tipo de gente, y de alguna manera se las arregló para que su único hijo fuera soldado del Ejército Real. No es que su hijo se lo haya pedido. Esa mierda era una molestia inoportuna.

“Jin, tienes un don. Puedo decir estas cosas. Un don para el asesinato. Lo sé, Jin. ¿Tenías ocho años cuando atrapaste y mataste a ese perro de la granja vecina a la nuestra? Nunca habías salido a cazar conejos o ratas, pero podías matar a un perro. ¿Sabías que eso es un delito grave? Los perros son propiedad, después de todo. Pero lo entiendo. Sabías perfectamente que nadie pensaría que un mocoso de ocho años podría haber sido el culpable. ¿Por qué mataste a ese perro? Tengo una idea al respecto, una teoría personal. El perro siempre estaba ladrando. Era demasiado ruidoso para su propio bien. Por eso lo mataste. ¿Estoy en lo cierto?”

Había sido un perro manchado con los ojos inyectados en sangre. Y le había mordido una vez. Fue entonces cuando juró que moriría por su mano. ¿Cómo lo hizo? Lo planeó cuidadosamente y luego actuó. A los ocho años. Sí. Sólo había tenido ocho años en ese momento.

“Sé que también violaste a esa chica del pueblo de al lado. Tenías once años. La amenazaste, diciendo que la matarías si lo contaba,

¿verdad? Realmente lo lograste. ¿A cuántas más has violado desde entonces? Ciertamente has desarrollado un gusto por ello. Puedo entenderlo. Es un buen momento.”

Su viejo de mierda hablaba de ello con una lascivia que sugería que el cabrón había visto cómo sucedía personalmente. ¿Lo había visto? No podía imaginar que lo hubiera hecho. Pero aunque no lo sabía con certeza, el relato de los hechos de su padre era demasiado exacto para haber sido una conjetura.

“Sé que hubo una chica que no quiso escuchar tus amenazas, así que la mataste y la enterraste. ¿Fue sólo una? No, por supuesto que no. Estoy seguro de que has matado a varias. Puedo decirlo, Jin. Conozco estas cosas. ¿Por qué, preguntas?”

Porque eres una mierda.

Porque somos el mismo tipo de mierda.

William Mogis golpeó a su propia esposa —la madre de Jin— hasta la muerte y la enterró. Jin sabía que antes de terminar el trabajo, su padre había decidido que sería una pena no tener sexo con ella por última vez, así que violó el cadáver.

Lo vi con mis propios ojos jóvenes.

Jin Mogis no lo había visto abiertamente, por supuesto. Se había escondido.

“¿Dónde está mamá?” Había preguntado al día siguiente, haciéndose el ignorante.

William esbozó una fina y falsa sonrisa y dijo: “La perra se nos escapó. Bueno, no es una gran pérdida. Era una sosa y nunca se callaba. Me alegro de haberme librado de ella. Estás de acuerdo, ¿verdad, Jin?”

Pedazo de mierda. Qué cabrón más absoluto.

El joven Jin Mogis detestaba a William Mogis desde el fondo de su corazón. Pero por otro lado, ese día, o más bien la noche anterior, cuando se dio cuenta de que su madre se había ido, no se sintió tan mal.

La madre de Jin Mogis había sido exactamente el tipo de zorra que William Mogis se merecía. Siendo la clase de mujer que se había casado por voluntad propia con la Casa Mogis, llena de mierda, no había forma de que fuera decente. Todo lo que Jin Mogis recordaba de ella era que su aliento apestaba tanto que le producía náuseas, que le faltaban tres dientes delanteros, que los restantes eran negros, que tenía las axilas y la espalda peludas, y que empezaba a chillar violentamente cada vez que no le gustaba algo, y que luego se ponía física.

Era el bebé que esa mierda de mujer cagó después de copular con su mierda de padre.

Era un excremento nacido y criado. Una verdadera mierda.

Así era Jin Mogis.

“Vas a ser un soldado, Jin.”

Cada palabra que el pedazo de mierda conocido como William Mogis vomitaba en los oídos de su hijo era como una maldición.

“Jin, aunque nunca serás un buen soldado, puedes matar a mucha gente en el campo de batalla. Estoy seguro de que estarás bien sin importar cuántos de tus aliados mueran, y cuantos más enemigos mates más serás recompensado. Por Dios. Yo también debería haberme hecho militar. Podría haber hecho algo de mí mismo si lo hubiera hecho. Aun así, a decir verdad, la Casa Mogis es odiada. Originalmente, nuestra familia era temida. Nuestro gran antepasado, Zaburo Mogis, era el asesino favorito de Enad George, un hábil asesino. Desaparecía a cualquiera que se metiera en el lado malo de Enad. Ni siquiera tenía que recibir la orden de matar a un tipo; Zaburo simplemente sabía cuándo alguien tenía que morir. Era el tipo de hombre que cometería un asesinato antes del desayuno, otro después del almuerzo, un tercero antes de la cena, y luego cerraría el día con un último asesinato antes de irse a la cama. ¿Lo entiendes, Jin? Lo entiendes, ¿verdad? Bueno, eso es lo que hacía nuestro antepasado, trabajando para Enad. Mataba a la gente como un loco. Jin, voy a decirte algo. Zaburo Mogis fue un nombre que le puso Enad. Su verdadero nombre, era Mogi Zaburow. Mogi Zaburow era un tipo especial de asesino. Enad pudo ascender hasta ser rey porque Mogi Zaburow asesinaba repetidamente a cualquiera que se interpusiera en su camino. Esa es la relación que nuestro ancestro tenía con Enad. Y es por eso que una vez que Enad fue derribado por Ishidua Zaemoon, el destino de la Casa Mogis estaba sellado. Pero los altos mandos aún desconfían de la gente de nuestra casa. Nunca saben lo que vamos a hacer. Porque nosotros, los de la Casa Mogis, somos especiales...”

“¡Tráiganme un caballo!” Gritó Jin Mogis con el aliento empañado mientras salía por la puerta principal de la Torre Tenboro. El cielo se iluminaba con el inminente amanecer.

“¡Señor, aquí!” Uno de sus ayudantes personales, vestido de negro, condujo a Mogis por las riendas de un caballo de pelo gris. Mogis agitó la mano como si espantara una mosca.

“¡Este no sirve! ¡Trae otro!”

Había varios caballos del continente ensillados y esperando cerca de la entrada principal. Uno de ellos era un pequeño caballo bayo oscuro.

“Ese caballo servirá.” Declaró Mogis, señalando el caballo alazán oscuro. El capa negra se apresuró a llevárselo. Mogis se sentó a horcajadas en el caballo. Nunca había montado en éste. Era un poco pequeño para él, pero de construcción sólida. ¿Por qué había elegido este caballo? Mogis nunca lo pensó. Era la decisión correcta. Estaba seguro de ello.

“¡Tomo el mando de la defensa de Alterna! ¡El que sepa montar a caballo, que monte y venga conmigo! ¡Los demás, sigan a pie!”

Los capas negras y otros soldados le respondieron, sus gritos se elevaron hasta casi un rugido.

Mogis hizo avanzar a su caballo. El caos era mayor cerca de la puerta sur, pero Mogis dirigió su caballo hacia la puerta norte. No se volvió para mirar detrás de él. El caballo alazán oscuro tenía buenas

patas a pesar de su corta estatura, y respondía bien a su control de las riendas. Y, a diferencia del gris, no destacaría.

La puerta norte, delante de ellos, estaba cerrada. Los soldados se concentraban alrededor y en las torres de vigilancia.

“¡Comandante Mogis!”

“¡Comandante!”

“¡Está aquí! ¡El Comandante Mogis está aquí!”

Comenzaron a armar un gran alboroto. Mogis frenó un poco su caballo y ordenó abrir las puertas.

“¿Abrir las puertas...?”

Observó cómo la confusión se extendía entre los soldados.

Mogis había subido a lo alto de las paredes para comprobar la situación por sí mismo. Algo extraño estaba ocurriendo allí. Casi parecía que un río se había desbordado con las fuertes lluvias, provocando una inundación. Pero no había ninguna lluvia, ni ningún río cerca de Alterna que pudiera causar tal inundación. Allí no había agua. Era oscuro y posiblemente líquido, aunque no estaba seguro de ello, pero definitivamente no tenía una forma fija. Innumerables entidades negras no identificadas se retorcían, surcando el paisaje. Algunas de ellas golpeaban las paredes de Alterna, pero no habían sobrepasado las murallas. Alterna no había sido violada. Las murallas defendían al Ejército Fronterizo de las entidades negras.

“¡Basta de hablar! ¡Ábranlas de una vez!” Gritó Mogis, y el soldado se movió para seguir sus órdenes inmediatamente.

Las entidades negras no identificadas aún no habían entrado en Alterna. Por lo que Mogis pudo ver, las entidades estaban más concentradas alrededor de la colina al sureste. ¿Las corrientes negras fluían en esa dirección? La Torre Prohibida que se alzaba en lo alto de la colina había cambiado por completo. Había crecido varias veces su tamaño anterior, cubierta de objetos negros.

Sean lo que sean esas cosas negras, el Ejército Fronterizo probablemente estaría a salvo mientras se mantuviera encerrado dentro de los muros de Alterna. Toda tormenta, por grande que sea, acabará pasando. Sólo tenían que esperar a que eso ocurriera.

“¡Rápido!”

Los soldados se apresuraron a abrir la puerta mientras Mogis les gritaba. Ya estaba lo suficientemente abierta como para que pasara una persona, o tal vez dos a la vez.

“¡Si quieren sobrevivir, hagan lo que les digo! ¡Vamos!”

Mogis espoleó de repente a su caballo.

El caballo alazán oscuro se encabritó sorprendido, con los cascos delanteros en el aire.

“¡Hi-yah!” Mogis dio una rápida palmada en el trasero del caballo. Salió corriendo, y tanto el hombre como el caballo atravesaron la puerta en un instante.

No había ninguna garantía de que estuvieran a salvo dentro de los muros, ninguna. Eso fue lo que le dijo la intuición de Mogis.

Era raro que pensara las cosas con lógica, como: *¿Debo matar a este tipo? ¿O no?* Eso era demasiado lento. Actuaría demasiado tarde. Necesitaba matar tan pronto como pensara, *Muy bien, voy a matarlo*. Idealmente, los mataría *antes* de que lo pensara. Ese era el momento más fácil para hacerlo.

Pero Mogis realmente se sentía indeciso. ¿Debía matar a la presa que tenía delante? Si esa fuera la única pregunta, sería fácil. Pero la realidad solía ser más complicada que eso. Incluso Jin Mogis dudaba a veces. Incluso se preocupaba por lo que debía hacer.

Sinceramente, hasta el momento en que Mogis abandonó la Torre Tenboro, el comandante no se había decidido por este curso de acción. Shinohara, que había salido por la puerta sur, no había regresado. Probablemente no estaba en una buena situación. Ese hombre era bastante hábil, y conocía la frontera mejor que Mogis. Sin embargo, no había regresado.

Eso significaba que era bastante peligroso afuera. ¿No habría sido más prudente quedarse aquí? Si Mogis iba a hacer un movimiento, podría haber esperado hasta que se viera obligado a hacerlo.

Pero Mogis tenía miedo. Incluso Jin Mogis, nacido en la infame Casa Mogis, sentía miedo a veces. No tenía ni idea de qué era lo que le había inspirado ese miedo, y Mogis temía lo que no conocía.

Mogis nunca había muerto. Por eso temía a la muerte. A pesar de toda la gente que había matado, todos los que había visto morir, Mogis no tenía ni idea de lo que experimentaban al pasar de esta vida. ¿La muerte era la nada? ¿O los muertos experimentaban un tipo de percepción diferente a la de los vivos? ¿Era posible que fueran a un mundo de muertos?

La primera vez que Mogis volvió a casa de permiso del ejército, mató a su padre. Para él, había sido un asesinato piadoso. Su padre había estado enfermo. Algún tipo de fallo orgánico. Se había consumido, su rostro ceniciente no era muy diferente al de un cadáver. Incapaz de levantarse de la cama podrida en la que yacía, había luchado incluso para toser.

“¿Qué tal si te saco de tu miseria, viejo?”

Cuando su hijo le hizo la oferta, William Mogis se lo pensó largo y tendido, y luego respondió: “Sí, claro.” Con una voz como el viento en una llanura desolada. “Tal vez no suene tan mal.”

“Tengo que pedir un favor.”

“¿Qué? Pregunta, Jin.”

“Sé que dije que te sacaría de tu miseria, pero quiero hacerlo poco a poco. Hay algo que necesito saber.”

“¿Qué es eso?”

“¿Cómo muere la gente? ¿Qué ven? ¿Qué oyen? ¿Qué piensan?”

“Eso también me interesa. Cuando la mayoría de la gente muere, es como: *¿qué, eso es todo?*”

“Tenía el presentimiento de que este día llegaría, viejo.”

“Qué casualidad. Yo también, Jin.”

Había sido todo lo cuidadoso que podía ser, pero aun así William Mogis murió de una manera que te haría decir: “*¿Qué, eso es todo?*” Desgraciadamente, en ese momento ya estaba demasiado enfermo para morir lentamente. El inválido, cuya vida podría haberse agotado en cualquier momento, se vio rápidamente incapaz de respirar, y luego su corazón se detuvo. Jin Mogis había pensado que podría reiniciar el corazón abriendo el pecho de su padre y dándole un masaje, pero el esfuerzo fue inútil.

En todos los sentidos, en todas las facetas de su vida, William Mogis no había sido más que un inútil de mierda. Y dejar atrás la sangre de la Casa Mogis, ese vil jugo de mierda, era la mierda más dañina que había hecho.

Poco después de que el ejército saliera por la puerta norte, su camino se vio obstruido por un río negro. Jin Mogis hizo que su caballo siguiera hacia el noroeste. Luego, tirando de las riendas, lo hizo girar más hacia el oeste. Allí también había una corriente de cosas negras delante de ellos.

De repente, a Mogis se le ocurrió un pensamiento: *¿Tengo hijos?*

Como había señalado su padre, Jin Mogis había violado a mujeres desde muy joven. ¿A cuántas había violado? No podía molestarse en llevar la cuenta. Cuando el impulso lo llevaba, no había razón para contenerse.

Quiero un hijo propio.

Quiero dejar atrás la sangre de los Mogis.

Nunca había tenido ese impulso.

Las mujeres eran simplemente una salida para la lujuria de Mogis. Puede que a veces fueran incluso menos que eso, pero definitivamente nunca fueron más. Algunas mujeres le obedecían fácilmente, mientras que otras se resistían. También se había tirado a la misma mujer repetidas veces. Pero Mogis nunca había amado a nadie, ni a una mujer ni a otra.

¿Había oído rumores de que alguna de las mujeres a las que se había tirado se había quedado embarazada después? Obviamente, cuando violaba a una mujer con la que se cruzaba por casualidad, no volvía a verla. No podía estar seguro de que ninguna hubiera tenido un hijo con la sangre de la Casa Mogis.

Durante una batalla con los bárbaros del sur, Mogis había recibido una herida que le había hecho perder los testículos. En las selvas del sur, había una tribu despreciable de salvajes que se escondía en los arbustos, apuntando insistentemente a las gónadas de sus enemigos. Los soldados los llamaban cortadores de tobillos y cazadores de bolas.

Nunca viviría la humillación de saber lo que le habían hecho esos salvajes. Era su mayor dolor, su más profunda vergüenza. Mantuvo en secreto la pérdida de sus testículos, e incluso mató a varias personas para que se callaran.

No había violado a una mujer desde entonces.

No era necesario.

No pudo hacerlo más.

“Todavía no.” Dijo Mogis, mirando su mano izquierda, que sostenía las riendas. Llevaba un gran anillo en el dedo índice izquierdo, de oro, con una piedra azul. Los dibujos que flotaban en su superficie no eran araÑazos ni manchas.

Parecían pétalos de flores.

Dos pétalos brillaron y resplandecieron dentro de la piedra azul.

No era un simple anillo. Era un regalo que le había hecho el señor de la Torre Prohibida, Sir Unchain, para consolidar su cooperación. Mogis ya había probado sus efectos por sí mismo.

Mogis sintió el impulso de darse la vuelta a lomos de su caballo. Los soldados de a pie no tenían ninguna posibilidad, pero ¿quizás algunos de los jinetes le habían seguido el ritmo? ¿O es que las cosas se habían puesto tan mal que él, el Comandante del Ejército Fronterizo, se veía reducido a cabalgar por su cuenta?

Había abandonado a sus hombres para salvar su propio pellejo. Aunque alguien le llamara la atención por su cobardía, no le habría molestado lo más mínimo. Porque Jin Mogis era un pedazo de mierda nacido de un pedazo de mierda. Podría decir que no era sólo una mierda; era un tipo especial de mierda. Pero al fin y al cabo, una mierda era una mierda. Nunca había tenido una pizca de conciencia. Y siendo una mierda, no estaba cargado con el sentido de orgullo que tienen los humanos. Haría todo tipo de cosas de mierda, nadando en un océano de mierda, comiendo mierda si fuera necesario, para sobrevivir.

No era como su padre, no como Willaim Mogis.

William Mogis se había debilitado después de sufrir una enfermedad durante mucho tiempo. Había querido ponerse a descansar. Pero no pudo acabar con su vida por sí mismo. Como su apetito había disminuido, e incluso había perdido la capacidad de beber agua, lo único que había podido hacer era esperar a que llegara su último aliento.

Por favor, mátame, le había suplicado a su hijo con los ojos vidriosos. El hombre no había sido humano, había sido una mierda entre las mierdas, pero aun así había querido a su hijo a su manera. Incluso podría decirse que había adulado a Jin. La manzana no había caído lejos del árbol. Eran pájaros de un mismo plumaje. Pájaros de mierda. Jin Mogis podía leer los sentimientos de su padre como si fueran los suyos propios.

Está bien.

Hey, Jin.

Aunque yo muera, tú sigues aquí.

El resto depende de ti.

Sigue viviendo. Sobrevive. Mata. Mata mucho. Sal y viola mujeres.

Deja atrás niños.

Preserva nuestra sangre.

La sangre especial de la Casa Mogis.

Si su padre hubiera aguantado un poco más y no hubiera muerto tan fácilmente, Jin Mogis podría haberle susurrado estas palabras como su hijo:

Lo sé, viejo.

Puedes seguir adelante en paz.

La línea de sangre Mogis sigue aquí.

Pero el único Mogis que quedaba ahora era el montón de mierda, Jin Mogis, y había perdido las gónadas.

“¡Todavía no es mi hora!” Declaró Jin Mogis, clavando furiosamente los talones en los costados de su caballo, instando a la bestia a seguir adelante. El terreno no era un lago negro. Había arroyos negros que lo cruzaban de un lado a otro, pero no lo cubrían por completo. Mogis hizo correr a su caballo por los huecos que había entre ellos.

¿Hacia dónde corría? Había cambiado de dirección tantas veces que podría volver por donde había venido.

No, estoy huyendo. Voy a huir de aquí.

También estuvo a punto de morir en el sur. El vástagos de la Casa Mogis había sido enviado sin piedad al frente incluso siendo un recluta reciente. En las escuadras del frente apenas había sacerdotes de Lumiaris. Los soldados se habían visto obligados a curarse unos a otros si resultaban heridos. A los que tenían fiebre se les abandonaba para que descansaran en algún lugar a la sombra. También había hecho demasiado calor para llevar armadura. Habían vagado por la selva casi desnudos, matando a los bárbaros que les atacaban y robando comida y agua a sus asaltantes. Sin embargo, no eran sólo los bárbaros. A veces luchaban con sus propios aliados por los suministros. Casi había sido asesinado por sus compañeros en múltiples ocasiones. Se había defendido y los había matado en su lugar, por supuesto.

Su caballo alazán oscuro estaba agotado y sudaba a mares.

Jin Mogis se volvió por fin para mirar hacia atrás. Sólo había una capa negra que seguía desesperadamente a Mogis a caballo. Eso sí, el hombre estaba a veinte, no, treinta metros detrás de él.

“¡Comandante!” Gritó la capa negra, con una voz estridente. Las patas de su caballo cedieron repentinamente y se precipitó hacia delante. La capa negra salió despedido de su silla de montar y surcó el aire. En poco tiempo, una corriente negra se precipitó sobre su caballo, tragándosele.

“¿Qué es eso?”

Mogis se quedó mirando, con los ojos muy abiertos. Había algo que cabalgaba en la corriente negra que se tragaba el caballo del capa negra. También era negro. Algo tan oscuro que parecía estar envuelto en la propia noche estaba de pie encima del arroyo negro.

Parece casi... humano, pensó Mogis al notar que llevaba una espada corta en la mano derecha y un escudo con un brillo plateado apagado en la izquierda.

El que iba vestido de noche blandió su espada. Bailó en el aire, cortando fácilmente el último capa negra. Luego fue a por Mogis, todavía montado en la corriente negra.

Mogis se volvió hacia ello, riéndose a su pesar. Se reía y reía y reía. Probablemente la Casa Mogis estaba maldita. Este mundo intentaba purgarse de su sangre. Con toda probabilidad, la destrucción era el destino que le esperaba.

¿Pero qué hay de eso?

Si puedes matarme, entonces mátame. Mi sangre es especial. No voy a morir todavía. Voy a seguir viviendo. Te demostraré que puedo sobrevivir.

0110A660. Historia del Rey

El jefe del Clan Gogun, unificador de los clanes orcos, y rey de la gran raza de los orcos, el que se había convertido en un rey por encima de los reyes, el Gran Rey Dif Gogun, estaba en agonía.

Normalmente, el gran rey residía en Gashuoral (la ciudad padre), construida junto a Dohats Amo (el río madre) que fluía por Guado (las llanuras del moho) entre el desierto de Nehi y las montañas de Enno Zadd. Sin embargo, Dif Gogun se alojaba ahora en Grozdendahl (la ciudad de los gritos de guerra) sobre el lago Gandah, al norte de las Llanuras de Bordo, la ciudad que antaño era conocida como Rodekia, capital del reino humano de Arabakia.

En esta ciudad de piedra blanca, Dif Gogun había reunido a los clanes orcos, a los elfos grises del Broken Valley y a los no-muertos que no querían seguir al rey Ishi —que también se llamaba Ishidua Rohro— o al autodenominado “Archiduque” Deres Pain, y los había organizado en la Ogudon (Expedición del Sur). Había pensado dirigirlos personalmente, pero finalmente confió la tarea a su mano derecha, Wago Groa.

Rodekia fue incendiada por la Alianza de los Reyes y quedó en ruinas durante un tiempo. Más tarde, canteros y carpinteros orcos y no-muertos pasaron décadas reconstruyendo, y la ciudad renació como Grozdendahl. Luego estaba el Wehagoran (palacio del cisne), que

seguía siendo tan hermoso como en los días de gloria de Rodekia. Al gustarle el castillo, Dif Gogun lo eligió como base de retaguardia del Ogudon, donde esperaría a tener noticias de su éxito.

Ayer, un orco se había precipitado en Wehagoran.

Este enviado había afirmado llevar un mensaje de Wago Groa, el comandante en jefe de los Ogudon, pero se negó a divulgarlo cuando se reunió con el guardián del castillo. Tenía órdenes estrictas de entregarlo directamente al gran rey, y dijo que no podía decírselo a nadie más. Cuando el Gran Rey Dif Gogun se enteró de esto por el guardián del castillo, ordenó que el enviado fuera llevado a sus aposentos reales de inmediato.

El enviado era de estatura media para un orco, pero su parte inferior estaba muy desarrollada. Al parecer, había caminado las más de cincuenta vec (unos 150 kilómetros) desde las estribaciones de la cordillera de Kurogane casi sin descanso. Dejando a un lado la distancia, la ruta estaba llena de lugares peligrosos, como el mar de árboles o las Llanuras de Bordo, donde vagan los muertos que no pueden morir, así que era una hazaña impresionante. Era hábil en una tarea, y de labios apretados. Llevaba el cabello sin teñir y, aunque estaba ante el gran rey, no se había cambiado su atuendo de viaje. Justo el tipo de orco que le gustaba a Wago Groa.

El Clan Groa había sido una vez una facción menor, que no llamaba la atención de nadie. Sin embargo, una vez que Wago se convirtió en su líder, crecieron explosivamente.

Era raro ver a un orco tan poco impresionante como Wago. No era especialmente pequeño ni escuálido, pero su aspecto era terriblemente desaliñado. Tenía la mandíbula floja y una mirada lejana. Un orco que parecía tan débil y estúpido seguramente tenía que ser impotente y carente de valor. Cualquiera haría esa suposición si no supiera cómo era realmente Wago.

El hecho era que Wago Groa era increíblemente agudo. No sólo observador, sino también inesperadamente hábil.

Dif Gogun tenía recuerdos vívidos del día en que conoció a Wago.

Ambos eran jefes de sus clanes, pero en aquel entonces Dif aún no había sido reconocido como el rey de su raza. El famoso Clan Gogun, y el insignificante Clan Groa. Aunque sus clanes estaban en escalas completamente diferentes, se consideraban técnicamente iguales. La mayoría de las veces, en una situación así, empezarían a competir por un sentimiento de vanidad y orgullo. Wago era diferente. Mantenía un decoro perfecto, pasando por todas las formalidades con un grado de cortesía impresionante. Luego, cuando por fin estuvieron cara a cara, Wago se arrodilló ante Dif e inclinó profundamente la cabeza. Fue un gesto de vasallaje.

“Ambos lideramos clanes, ¿no es así? Puede que sea su superior, Sir Wago Groa, pero no por muchos años. Por favor, levanta la cabeza.”

“No, Lord Dif Gogun. Creo que no sólo unificarás los clanes orcos, sino que un día serás un verdadero gran rey, un soberano sobre todas

las razas. He venido con la esperanza de trabajar para usted, incluso como el más humilde sirviente de su campamento.”

Wago Groa no era todo palabrería. Ese orco, con su aspecto terriblemente poco impresionante, se ofrecería a hacer cualquier tipo de trabajo sucio que fuera necesario. Y no se lo dejaría a sus hombres. No, él mismo llevaría a cabo la tarea. Cuando había un trabajo que, por la razón que fuera, Dif Gogun no podía ordenar él mismo, Wago lo recogía y tomaba el asunto en sus manos.

Wago también era un tipo progresista, completamente alejado de la obsesión de los orcos por las líneas de sangre, que podría considerarse una enfermedad de su sociedad. En este punto, el Clan Groa apenas podía llamarse clan. Wago daba la bienvenida a los inadaptados de otros clanes para que adoptaran el apellido Groa. Si hacían algo para distinguirse, incluso los gumows (sangre mixta) podían ganar su patrocinio. Bajo su dirección, el Clan Groa creció repentinamente hasta hacerse grande e influyente. Los orcos conservadores de la antigua orden le odiaban, pero ahora ninguno tenía las pelotas de criticar abiertamente al terrorífico Wago Groa.

Dif Gogun se había preparado antes de escuchar el mensaje del enviado de Groa. Sabía que serían malas noticias. Algo debe haber ido muy mal.

Los resultados de los Ogudon en la batalla habían sido sorprendentes hasta ahora. Habían quemado el Bosque Sombrío, hogar de los altivos elfos, y luego habían arrebatado Alterna a los miserables

humanos. A continuación, destruirían el Reino Ironblood de los enanos y regresarían triunfantes a Grozdendahl, donde les esperaba el gran rey.

Entonces, ¿los enanos los habían vencido? No había que subestimar a esa horrible raza cuyos cuerpos fornidos parecían tambores de acero con barba. Dif Gogun sabía que eran enemigos mortales. Dicho esto, si los Ogudon habían sido derrotados, podría haber sido porque Jumbo y Forgan se habían vuelto contra ellos en un momento crítico. Forgan era un arma de doble filo. Si le habían traicionado, tendría que matar a los rehenes, pero eso obligaría a un enfrentamiento total.

Sin embargo, el informe del enviado iba más allá de lo que Dif Gogun había imaginado.

Cuando algo le sorprendía demasiado, Dif tenía a montar en cólera. Hace diez años, ¿habría sido capaz de escuchar el final? Logró contenerse hasta entonces porque era el gran rey, pero lo siguiente que supo fue que estaba lanzando una silla contra la pared. Deseó haber echado primero al enviado de la habitación, pero no se arrepintió ni remotamente de haber saltado sobre su cama hasta romperla, o de haber destrozado su tocador. Cuando se enfadaba tanto, lo mejor era desquitarse con los objetos cercanos.

Desde el momento de su nacimiento, ya se había decidido que Dif Gogun sería jefe de su clan algún día. Aunque hubiera sido un completo zopenco, mientras viviera hasta la muerte de su padre, podría sucederle. Su sangre había sellado su destino.

Los orcos adoraban las espadas como símbolo de destreza marcial, pero a los niños del Clan Gogun se les daban hachas de mano en el momento en que tenían edad suficiente para sostenerlas, y se les obligaba a hacer de sparring con sus padres y hermanos. También era una tradición del Clan Gogun entrenar a todos, excepto a los que tenían mala vista, en el uso del arco. Valoraban la paciencia, la consideración cuidadosa y, sobre todo, el decoro. El Clan Gogun gozaba del respeto de todos los demás clanes y tenía fama de ser digno de confianza.

Pero Dif, el heredero, era propenso a las rabietas.

“Pensar que así es como mi hijo mayor resultaría. He avergonzado a nuestros antepasados. No puedo morir con cosas así.”

Los lamentos de su padre no hacían más que alimentar la ira de Dif. No sólo golpeaba a sus tíos, primos y hermanos. Incluso había golpeado a su propio padre en la cara, metiéndose en peleas en las que luchaban entre ellos.

“El Clan Gogun está acabado. Nuestra sangre es tan antigua que se ha estancado, se ha corrompido. Y tú eres el resultado. No diré que es un pecado tuyo. Es mi propia culpa, producir un niño tan terrible como tú.”

Pues muérete.

Muerde el polvo de una vez.

No importaba cuántas veces Dif se peleara con él, su padre se limitaba a emitir quejas poco convincentes, sin tratar de vengarse de

su hijo. El Clan Gogun veía eso como una virtud, pero Dif pensaba que era una mierda. El odio del hijo hacia su padre crecía, y el padre soportaba la violencia de su hijo. Se podría decir que su temperamento actual fue el resultado de eso.

Al crecer, Dif había aprendido a desahogar sus emociones violentas. También se dio cuenta de que sus arrebatos excesivos hacían que los demás le temieran y se alejaran de él. Desde el principio, se dio cuenta de que sus sentimientos le perturbaban el pensamiento y no eran más que un obstáculo para él. Así que gritó. Lloraba. Se agitaba. La experiencia le había enseñado que haciendo estas cosas se disipaban sus incontenibles pasiones, enfriando su cabeza y permitiéndole pensar con claridad una vez más.

Durante los dos últimos días, además de ocuparse ocasionalmente de las diversas tareas que le correspondían como gran rey, Dif había ido rompiendo cosas en su habitación, maldiciendo en voz alta y vagando por todo Wehagoran. Estaba pensando. Había comido dos veces, pero no había dormido nada en ese tiempo. Decían que el Rey Sin-Vida se había presentado. ¿Quién tenía tiempo para dormir después de oír eso?

Se supone que el Rey Sin-Vida murió hace más de un siglo.

Obviamente, Dif Gogun no se creyó ese tipo de chismes sin fundamento.

El Rey Sin-Vida, que supuestamente era imperecedero, había visto su alma destrozada por un veneno desconocido. Esta era la historia que

la gente contaba como si fuera cierta, y por eso el rumor había llegado a ser la teoría dominante de lo sucedido, pero era casi seguro que había sido inventado por uno de sus amigos traidores. En otras palabras, uno de los cinco príncipes a los que el Rey Sin-Vida había concedido cuerpos que nunca envejecían. O bien el rey Ishi, que también era conocido como Ishidua Rohro, o quizás el Archiduque Deres Pain. Tenía que ser uno de ellos.

Los elfos grises del Broken Valley eran los que habían acabado cargando con la culpa del asesinato del Rey Sin-Vida. Era difícil imaginar que tuvieran algún motivo para matarlo. ¿Qué podían ganar con su muerte? Pero eran elfos, igual que los del Bosque Sombrío. Los elfos eran criaturas retorcidas y podridas en el fondo. Esos bastardos orgullosos, traicioneros y de corazón negro no eran ajenos a apuñalar a la gente por la espalda. Nadie podía asegurar que fueran ellos los que lo habían hecho, pero tampoco nadie lo consideraría como un error. Ese era el consenso general entre los no-muertos y los orcos en ese momento.

Al final, los elfos grises regresaron al Broken Valley y cortaron la comunicación con las demás razas durante décadas. En su mente, estaban presentando sus respetos al Rey Sin-Vida con su silencio, y protestando por las acusaciones contra ellos, pero las otras razas no lo habían tomado así. ¿Ves? Realmente eran ellos. De lo contrario, no se escabullirían tranquilamente de esa manera.

Las distintas razas —orcros, elfos grises, goblins, kobolds, etc.— no habían unido sus manos en un entendimiento mutuo, ligadas por una amistad duradera. El místico y extraordinario Rey Sin-Vida los había abrumado a todos, convirtiéndose en un imán irresistible que los atraía a todos.

Después de convertirse en gran rey, Dif Gogun reunió a orcos conocedores a los que llamó bauhazzos (contadores de historias) y los puso a trabajar para descifrar las leyendas de sus clanes. Investigaron las ruinas de varios lugares, e incluso leyeron los registros dejados por los humanos mientras rastreaban la historia de su pasado. Dif pretendía convertirse en el rey de todas las razas. Para hacerlo realidad, necesitaba verificar la gran hazaña que el Rey Sin-Vida logró al formar la Alianza de Reyes. También tendría que aprender los orígenes y la cultura de cada raza, indagando también en su naturaleza y sus tendencias.

En un momento dado, los elfos gobernaban las llanuras y los bosques de Grimgar. Nunca se relacionaron con los enanos, que eran gente de las montañas. Las zonas en las que vivían tampoco se solapaban con las de los gnomos, goblins, kobolds o centauros. Entonces, de repente, aparecieron los humanos y los orcos, que llenaron rápidamente los dominios de los elfos.

Había una serie de historias que decían que los humanos y los orcos habían llegado desde el Continente Rojo, cruzando los mares, o quizás

a la deriva hasta aquí. Según las investigaciones de los bauhazzos, esto también podía interpretarse como que habían venido de otro mundo.

Sea como fuere, más o menos por la misma época, aparecieron en Grimgar dos dioses a los que los humanos se referían como el Dios de la Luz, Lumiaris, y el Dios Oscuro, Skullhell, y comenzó una época de lucha entre ellos.

Estos dioses eran seres absolutos y sobrenaturales que dominaban la tierra e incluso los cielos. Las distintas razas no habían elegido tanto el lado de una de las dos facciones como se vieron obligadas a servirles. Enfrentados a dioses reales, no tenían otra opción.

Todavía no estaba claro cómo había terminado la batalla entre Lumiaris y Skullhell. Pero a pesar de ello, ambos habían desaparecido. Eso era seguro. Sin embargo, los dioses no habían muerto. Lo demostraba el hecho de que los humanos que servían a uno u otro aún podían recurrir a una pequeña fracción de su poder.

Los dioses se fueron y llegó el tiempo de los humanos.

Los humanos eran buenos para agruparse y formaron sociedades más avanzadas que las de las demás razas. Naciones humanas como Arabakia, Nananka, Ishmar y Kuzen competían entre sí, entrando a veces en conflicto pero sin llegar a romper del todo los lazos, mientras gobernaban las fértiles llanuras centrales de Grimgar. Los elfos fueron expulsados a las profundidades de los bosques, los enanos a las montañas, los gnomos a la clandestinidad, los goblins y los kobolds a tierras indómitas, los centauros a las Quickwind Plains y los orcos al

desierto de Nehi, Tomorazzo (la meseta de la ceniza que cae), Guado y otras tierras inhóspitas.

¿Cuál era el factor decisivo que separaba a los humanos de las demás razas? Dif Gogun había tenido un debate con los bauhazzos y había reflexionado él mismo sobre la cuestión.

Actualmente, su conclusión fue que se trataba de la escritura. La raza humana ya tenía un lenguaje escrito cuando llegó a Grimgar. Ninguna de las otras razas había desarrollado uno antes. Su propio pueblo, los orcos, así como los elfos y los enanos, habían utilizado métodos de representación de números con nudos en una cuerda o cicatrices en la carne, y habían tenido dibujos que representaban el sol o el agua durante mucho tiempo antes, por supuesto. Sin embargo, los humanos fueron los que inventaron un sistema de símbolos para representar las palabras, o quizás descubrieron uno ya existente y lo pusieron en práctica.

Los elfos y los enanos habían imitado a los humanos al adoptar la escritura. Los orcos, sin embargo, creían que los caracteres escritos de los humanos no eran más que símbolos malditos hasta que el Rey Sin-Vida les sugirió que instalaran un rey que gobernara su raza.

En realidad, la escritura utilizada para escribir la lengua orca todavía tenía muchas deficiencias y daba lugar a mucha confusión. Dif Gogun se había propuesto avanzar en este sentido y equiparar su escritura a la de los humanos. Para ello, creó el Amogodo (academia de idiomas) y seleccionó a un bauhazzo capaz para que ejerciera de

dorbo (director). Aunque nunca lo dijera abiertamente, Dif era consciente de que la cultura orca aún se estaba desarrollando.

Los reinos de la raza humana habían sido claramente más avanzados, y por eso se habían mantenido por encima del resto. Los elfos, que no podían afrontar esa realidad, redoblaron su naturaleza traicionera, luchando entre ellos y expulsando a muchos de los suyos de los bosques. Los enanos bebieron sus penas, poniendo su sangre y sudor en cavar agujeros en la tierra para poder olvidar su propia estupidez. Los gnomos se ocultaron en el vientre de la tierra. Los goblins y los kobolds eran tratados como tribus bárbaras, y vagaban por la tierra sin hacer nada. Los centauros corrían por los campos, y mientras podían hacerlo, sus pequeños egos permanecían intactos.

El Rey Sin-Vida lo cambió todo.

Dif Gogun tuvo que aprender lo que pudo del ejemplo del Rey Sin-Vida. Sentía que sabía mucho más sobre su predecesor que la mayoría. Y, sin embargo, mucho del hombre seguía siendo un misterio para él. Demasiado.

El Rey Sin-Vida había existido hasta hace poco más de un siglo, así que todavía había gente en el mundo que lo había conocido personalmente. Los cinco príncipes, en primer lugar. Dif conocía a cuatro de los cinco: El rey Ishi, alias Ishidua Rohro, el Archiduque Deres Pain, Gyabigo el cazador de dragones y Architekra. Sin embargo, los cuatro se negaron rotundamente a hablar del Rey Sin-Vida.

Algunos de los elfos longevos del Broken Valley afirmaban haber tenido audiencias con el Rey Sin-Vida, por lo que había hecho que sus bauhazzos los entrevistaran. Pero todo lo que habían dicho era inescrutable. El Rey Sin-Vida era alto, y afirmaban que no habían podido distinguir su rostro ni siquiera cuando lo miraban. Se decía que entablaba conversaciones amistosas con cualquiera, independientemente de su raza o estatus social, y sin embargo, a pesar de ello, resultaba difícil encontrar historias que dieran alguna pista sobre su carácter.

Al parecer, el Rey Sin-Vida se mantuvo imperturbable ante diez mil flechas disparadas por un gran ejército del Reino de Ishmar. Con un solo movimiento de su bastón, hizo temblar el propio suelo y quebró la fuerza principal del Reino de Nananka. En la invasión del Reino de Arabakia, dirigió un ejército de no-muertos en la batalla, conocidos como los Terrores, porque enseñaban a sus enemigos el verdadero significado del miedo, mientras no tenían ninguno propio. El Rey Sin-Vida había ganado todas las batallas en las que él era el comandante. Incluso cuando sus aliados perdían, el Rey Sin-Vida traía refuerzos y cambiaba rápidamente las tornas.

No había registros concretos.

Todo eran rumores.

Cuanto más investigaba, más sospechaba Dif.

¿Existe el Rey Sin-Vida?

Estaba seguro de que había existido alguien *llamado* el Rey Sin-Vida, y que había cambiado mucho la historia de Grimgar. El hombre había dejado su huella. La evidencia de ello estaba en todas partes. Pero, ¿era el Rey Sin-Vida realmente el tipo de figura del que todos habían oído hablar y que imaginaban que era? ¿La imagen que tenían de él se había deformado hasta convertirse en algo completamente diferente de lo que era en realidad? Tal vez, como sus logros eran tan grandes, la gente había desarrollado una imagen glorificada de él. Al fin y al cabo, hace un siglo no tenían la capacidad de llevar un registro escrito adecuado. Todavía no se habían sentado las bases para la transmisión precisa de los hechos. Probablemente la gente no se había dado cuenta de la importancia de comunicar las cosas exactamente como habían sucedido por el bien de las generaciones posteriores.

Por otro lado, Dif tuvo otro pensamiento.

El místico y extraordinario Rey-Sin Vida que había sido tan abrumador podría haber sido otro de esos seres absolutos y sobrenaturales, de un tipo diferente. Había aparecido en Grimgar, había cambiado la historia y luego —aunque todavía no estaba claro cómo ni por qué— había desaparecido. ¿No era eso igual que esas otras historias? ¿No podría decirse que las huellas del Rey Sin-Vida eran similares a las que dejaron los dioses Lumiaris y Skullhell?

Dejando de lado la cuestión de si era un dios en sí mismo, el Rey Sin-Vida podría haber sido un ser parecido a un dios.

Del mismo modo que el poder de Lumiaris y Skullhells seguía afectando a Grimgar después de su partida, el Rey Sin-Vida seguía proyectando su sombra sobre el mundo de los vivos a través de una abominable maldición que hacía que la oscuridad imbuyera a los muertos con almas que apenas merecían ese nombre. Dentro de unos siglos, la gente podría hablar del Rey Sin-Vida como un dios más. Tal vez hubiera historias en torno a Lumiaris y Skullhell como las que había sobre el Rey Sin-Vida.

El Rey Sin-Vida, al igual que los dioses inmortales, no estaba muerto en absoluto. Simplemente había abandonado Grimgar, como el Dios de la Luz y el Dios de la Oscuridad antes que él. Dif Gogun había pensado en el Rey Sin-Vida como una figura histórica, pero eso había sido un error. Era de la prehistoria. Un ser mítico, podría decirse.

El Rey Sin-Vida volvería algún día. Todo el mundo había oído a alguien decir algo así en algún momento. Dif Gogun lo había oido tantas veces de niño que se hartó de ello, pero ¿la gente se lo creía de verdad? El Rey Sin-Vida había dado a luz a los no-muertos y había convertido a los orcos en la facción más poderosa del mundo. Los humanos se habían arrastrado a la frontera sur, los elfos a sus oscuros bosques y los enanos a sus apestosos agujeros, todos ellos incapaces de hacer otra cosa que esperar su momento. La Alianza de los Reyes se había desmoronado en lo esencial, pero Grimgar era prácticamente un paraíso en comparación con hace un siglo. Todavía había espacio

para el desarrollo y la mejora, pero no era necesario que el Rey Sin-Vida se mostrara.

Este es nuestro momento.

Después de pasar un día entero devanándose los sesos sin consultar a nadie más, ni siquiera a los bauhazzos, Dif Gogun ordenó a un zauba (paje) que limpiara los muebles que había destruido en su habitación, y luego llamó a su magoh (concubina) para que le ayudara a ponerse presentable. Dif tenía tres magoh además de su esposa, y había traído a una de ellas, Pakyani, con él a Wehagoran. Pakyani, del Clan Odoha, tenía el cabello brillante, teñido de verde y amarillo, y era bastante alta. Tenía los hombros cuadrados, el cuello largo y los pechos y las caderas grandes. Era el tipo de mujer que le gustaba a Dif.

Dif se puso delante del espejo mientras Pakyani le despojaba de sus ropas y empezaba a peinarle. Según la costumbre del Clan Gogun, el cabello de Dif estaba teñido de los colores rojo y azul. Observar los fluidos movimientos de las ágiles manos de Pakyani mientras le recortaba las cejas y la barba excitaba las pasiones de Dif. Sin embargo, ahora no era el momento de la liberación sexual.

Pakyani ayudó a Dif a ponerse una túnica naranja, una kagata (chaqueta larga) negra y un mugassadoi (abrigo tricolor) rojo, blanco y azul. El lustroso cinturón de su túnica sostenía su espada a la derecha y el hacha de mano tradicional del Clan Gogun a la izquierda. Pakyani era alta, por lo que podía colocar la corona de oro del gran rey en su cabeza sin que él tuviera que agacharse para ello. Los anillos en los

diez dedos y los brazaletes en los brazos le servían tanto de armas — para que sus golpes fueran más dañinos, si era necesario— como de armadura.

Una vez que Dif dejó su habitación y a Pakyani atrás, ordenó a un zauba que convocara a los bauhazzos de inmediato. Cuando Dif llegó a la sala de conferencias real que llamaban el tonak (sala de la cortina), los siete bauhazzos que le habían acompañado a Wehagoran estaban sentados en gyavs (cojines de seda) con las piernas cruzadas.

“Hemos recibido un informe de Wago Groa.” Empezó a decir Dif después de dejar su espada en el suelo y crear una pila de dos gyavs para sentarse. “Los Ogudon invadieron con éxito el Reino Ironblood, y Forgan mató al Rey de Hierro y a su séquito mientras huían... Sin embargo, apareció una mujer humana que se hacía llamar el Rey Sin-Vida, y utilizó una extraña técnica que atrajo a extraños monstruos negros hacia ella, forzando una retirada temporal.”

Los siete bauhazzos, de edades comprendidas entre la juventud y la vejez, tragan saliva y ninguno se atreve a hablar.

Dif les dio toda la información que el enviado había proporcionado.

Forgan se había encontrado antes con la mujer que se hacía llamar Rey Sin-Vida. Parecía ser una soldado voluntaria de Alterna. Pero había pronunciado el nombre del rey fundador de Arabakia, Enad George, y afirmaba extrañamente que ella era Enad, y Enad era ella.

Además, la mujer humana que se autodenomina Rey Sin-Vida revivió a dos humanos, un hombre y una mujer presuntamente soldados voluntarios, a los que Forgan había matado.

No estaba claro qué eran los monstruos negros, pero se creía que habían sido convocados por la mujer humana que se hacía llamar el Rey Sin-Vida, y habían empezado a llegar desde todas las direcciones sin fin.

Aunque no había confirmación, parecía probable que la mujer humana que se autodenominaba Rey Sin-Vida hubiera vuelto al Reino Ironblood, ya que, vinieran de donde vinieran los monstruos negros, se estaban reuniendo en el Reino Ironblood.

“Ella revivió a los humanos...” El bauhazzo mayor finalmente habló después de algún tiempo. “Si eso es realmente cierto, no es menos que el acto de un dios—no, incluso Lumiaris no puede devolver los muertos a la vida. Pero si realmente es *él*...”

Antes de que Dif pudiera enfadarse y empezar a gritar, uno de los otros bauhazzos gritó: “¡Deja de irte por las ramas!” Comenzó un feroz debate. Dif permaneció en silencio y escuchó.

“Para empezar, no ha faltado quien predijera *su* segunda venida...”

“Los no-muertos, en particular, afirman *que* volverá en cualquier momento...”

“Esas profecías no tienen sentido. Pero hay señales...”

“Desde hace varios años, el rey Ishi no ha puesto un pie fuera de su fortaleza, Undead DC.”

“Algunos dicen que *sus* restos yacen en las cámaras reales del Castillo Everest...”

“Maldito rey Ishi. Nunca ha permitido que los enviados del gran rey entren en Everest.”

“¿No es el nacimiento de los no-muertos un misterio para empezar? La misma idea de *que* los creó puede ser falsa...”

“Después de todo, *su* número ha crecido, no se ha reducido, desde que desapareció.”

“Hemos intentado sondearles de todas las formas posibles, y seguimos sin poder averiguar qué ocurre dentro de la capital de los no-muertos...”

“Algunos de los no-muertos también están empezando a desconfiar de sus líderes.”

“Hay quienes deciden ponerse del lado de Su Majestad como resultado, así que es una especie de bendición mixta para nuestro lado, pero aun así...”

“Los no-muertos no son un monolito. He oído que el Rey Ishi y el Archiduque se niegan a encontrarse...”

“Aun así, aunque podemos dejar de lado a Gyabigo, ya que sólo está perdiendo el tiempo cazando dragones de hielo en el norte, es preocupante que no tengamos ni idea de lo que hace Architekra...”

“Dicen que Ainrand Leslie está protegiendo *su* alma.”

“Entonces...”

“No puede haber sido asesinado. No hay forma de destruir un alma imperecedera...”

“Pero el alma se la llevó alguien, y la están protegiendo...”

“Ainrand Leslie...”

“Dicen que después de morir una vez, los cinco principes renacieron gracias a un milagro *que* realizó y se convirtieron en *sus* leales vasallos...”

“Rey Ishi...”

“Al parecer, Ishidua Rohro es descendiente de Ishidua Zaemoon, que intentó asesinar a Enad George, el rey fundador de Arabakia, para hacerse con el poder.”

“Originalmente era humano...”

“Originalmente, sí. Renació a través de *su* poder, convertido en un sirviente leal.”

“Espera, la mujer que reclama *su* nombre...”

“Ella dijo que es Enad, y Enad es ella...”

“Si ella dice la verdad, entonces *su* identidad es...”

“El rey fundador de Arabakia.”

“Enad George...”

“Un humano...”

“El rey humano obtuvo poderes sobrenaturales de alguna manera, y luego resurgió como *él*...”

“Entonces unió las razas, incluidos nosotros los orcos, y procedió a destruir todos los reinos humanos, empezando por Arabakia.”

“Si eso es cierto...”

“Buscaba venganza...”

“Un solo humano obtuvo un gran poder, y lo utilizó para vengarse de los suyos que le habían traicionado...”

“Fuimos utilizados, ¿es eso lo que estás diciendo?”

“Pero si no fuera por *sus* grandes hazañas, los orcos no estaríamos donde estamos ahora.”

“No, no somos menos inteligentes que los humanos, en promedio. Y no hace falta decir que nuestros cuerpos son más fuertes y resistentes que los suyos. Con el tiempo, los orcos habríamos salido de Guado, Tomorazzo y el desierto de Nehi para arrebatarles la tierra a los humanos.”

“Sólo puedes decir eso porque no sabes qué clase de vida llevamos allí.”

“Nuestro pueblo luchaba incluso para mantenerse alimentado. Incluso nuestra actual preocupación por los lazos de sangre es algo que desarrollamos para superar esos duros tiempos...”

“Si no hubiera atravesado Tomorazzo, Guado y el desierto de Nehi en solitario, llamándonos, sujetando nuestras manos e invitándonos a levantarnos con él, los orcos aún estaríamos allí...”

“Sin *él*, los orcos no estaríamos donde estamos hoy...”

“Aunque fuera un humano...”

“Si el Rey Sin-Vida fuera humano.” Dijo Dif Gogun en tono grave, haciendo callar a todos los bauhazzos. “Eso no sería una marca contra la grandeza de sus hazañas. Ahora, tenemos una mujer humana que dice ser el Rey Sin-Vida, y si puede demostrar poderes sobrenaturales, algunos pueden someterse a ella. Su número no será pequeño. Los no-muertos la servirían incondicionalmente. ¿Qué hay de los elfos grises? Fueron acusados de un crimen que no cometieron, y huyeron para quejarse de su desgracia. Pero originalmente, regresaron al Broken Valley por el dolor que les causaba la pérdida del Rey Sin-Vida. Lo lloraban a su manera. Nunca revelan sus verdaderas intenciones. Son traidores natos. Y sin embargo, es probable que tuvieran un grado de lealtad al Rey Sin-Vida.”

Dif había recibido a los elfos grises con los brazos abiertos. Se había reunido varias veces con el rey del Broken Valley, Zwarzfeld, y había dejado que el amigo de la infancia del rey, Melderheid, se uniera al Ogudon como uno de sus tenientes generales. Aun así, eso no

significaba que los elfos grises se hubieran sometido a él. Como mucho, se podía decir que eran aliados que, por el momento, compartían un interés común.

Obviamente, Melderheid también estaría al tanto de que el Rey Sin-Vida había regresado. Sin duda informaría de ello al Rey Zwarzfeld en secreto. ¿Cómo reaccionaría el Broken Valley? Si tuviera que elegir entre el Gran Rey Dif Gogun y el Rey Sin-Vida, ¿con quién se pondría el rey elfo gris? ¿Creería que era mejor quedarse con el gran rey de los orcos?

“¿Qué hay de nuestra propia raza? Entre el Rey Sin-Vida y yo, Dif Gogun, ¿a quién verán los orcos como más importante?”

Los siete bauhazzos se quedaron sin palabras. Algunos de ellos bajaron los ojos torpemente, parpadeando repetidamente, mientras que otros se agarraban directamente la cabeza. Si Dif no hubiera pasado un día entero pensando en esto, probablemente habría perdido la cabeza y se habría puesto a hacer un escándalo en este momento.

Como hijo maldito del Clan Gogun que todavía tenía que liderarlos como su jefe, como alguien que detestaba las tradiciones del sistema de clanes por lo ilógicas que eran, como alguien que se preocupaba por el futuro de su raza, como un hombre ambicioso y como un idealista, Dif necesitaba mirar esta situación con un ojo calculador y llegar a una decisión racional.

“Con el debido respeto...” El bauhazzo mayor enfocó sus ojos apagados en el gran rey, hablando en un tono un poco difícil de

escuchar. “Jamás se nos ocurriría traicionarlo, señor, pero no puedo evitar sospechar que algunos vuelvan sus corazones hacia él, el Rey Sin-Vida. Así que, aunque dudo en decirlo... no puedo negar que habría quienes podrían fingir lealtad hacia ti mientras te traicionan en secreto... Esto, por supuesto, no se debe a ninguna falta suya, señor, no, ciertamente no, sino porque...”

“¡Suficiente!” Dif dejó escapar un suspiro. La sangre se le había subido a la cabeza por un instante, pero había logrado contenerse justo a tiempo.

“Dividiré a los Ogudon en dos grupos, la fuerza principal y un destacamento. La fuerza principal, dirigida por Wago Groa, permanecerá en las estribaciones de la cordillera de Kurogane, vigilando al Rey Sin-Vida y buscando una oportunidad para establecer contacto. Forgan y Zan Dogran permanecerán con Wago. Forgan es un activo valioso mientras no nos traicione. En cuanto a Zan Dogran, quiero ver cuán leal es realmente. El destacamento será dirigido por el Teniente General Maga Odoha, y regresarán a Grozdendahl con Melderheid. Si Wago Groa hace una petición de refuerzos, la consideraré.”

Los bauhazzos se dieron una palmada en los muslos con ambas manos, en señal de que no tenían ninguna objeción.

Dif asintió satisfecho, pero internamente podía sentir que se formaban olas en el mar de sus emociones. “Hay una serie de clanes que vamos a tener que vigilar de cerca, así como a los elfos grises.”

Si el Rey Sin-Vida era un ser parecido a un dios, Dif Gogun había querido aprovechar las leyendas que lo rodeaban. El orco no podría ocupar el lugar del Rey Sin-Vida, pero podría seguir sus pasos, emulándolo donde tuviera sentido, y cambiando las cosas donde no lo tuviera. La Alianza de Reyes que el Rey Sin-Vida había defendido sería útil.

Obviamente, lo que Dif pretendía realmente era la hegemonía de los orcos, por los orcos y para los orcos. Sin embargo, el concepto de lo que constituía un orco podía ampliarse. En su punto más extremo, incluso había considerado que sería posible eliminar las fronteras de la raza. Se podría dividir a la gente de manera que los que estuvieran de acuerdo con él y compartieran sus ideales fueran orcos, y todos los demás no. Sería increíblemente difícil hacerlo realidad, pero si conseguía llevar las cosas tan lejos, el nombre de Dif Gogun se situaría junto al del Rey Sin-Vida en la historia de Grimgar, o quizás incluso lo superaría.

Pero el Rey Sin-Vida no vivía sólo en mitos y leyendas. Si vivían en la misma época, los dos tendrían que enfrentarse en algún momento.

¿Se arrodillaría Dif Gogun ante el Rey Sin-Vida cuando llegara ese momento? ¿O sería al revés? Todavía no podía saberlo.

0111A660. No Tengas Miedo, Cobarde

“¡Fwehhhyahhhh...!” Lo que había empezado como una respiración se convirtió en un suspiro, y luego en un extraño grito que Kikkawa utilizó para motivarse.

Pero, sinceramente, todo se había vuelto una locura, y su cabeza estaba preocupada en un noventa por ciento por una sensación de peligro inminente.

“¡Kicker!” Le gritó enfadado Tada, a quien le gustaba llamar Tadacchi.

¿Quién es Kicker? Soy Kikkawa, hombre. Pero, sí, supongo que tienes razón, no es momento de mirar al espacio, ¿eh? Las cosas están absolutamente estrafalarias aquí. Uh, ¿qué significaba estrafalario?

Pensó Kikkawa mientras subía suavemente los escalones y golpeaba con el escudo a una de esas extrañas criaturas negras con un grito de esfuerzo.

Le habría encantado poder decir que le dio tregua a la cosa, pero no era así como jugaban estos tipos. Sin embargo, el golpe lo hizo retroceder un poco. Entonces gritó y lo pateó con un “¡Woo!” Las espadas no funcionaban, no se podían cortar, así que, “¡Hoo!”, lo golpeó con la parte plana de su espada. Eso le obligó a bajar un par de peldaños, pero enseguida llegó otro deslizándose por las escaleras desde atrás, por lo que la lucha no terminaría nunca.

“¡Slash!”

La alta Mimori pasó corriendo junto a Kikkawa por la derecha, golpeando a una de las criaturas negras con su espada larga. Naturalmente, también los golpeaba con la parte plana de su espada. A pesar de ser una maga, Mimori tenía una gran fuerza en los brazos. Kikkawa iba a empezar a llorar por lo inadecuado que le hacía sentir. Pero al mismo tiempo, estaba impresionado. Mimori no era sólo pura fuerza. Si fuera todo músculo y nada de cerebro, no podría blandir dos espadas de la forma en que lo hacía. ¿Blandir dos espadas? ¿No era suficiente decir que usaba dos? Bueno, da igual, Mimori blandió con valentía sus dos espadas, enviando a un enemigo por los aires, e incluso llevándose por delante al que venía por detrás.



“¡Te quiero! ¡Genial! Sí...” Anna-san gritó desde arriba, dando ánimos en el momento justo. No podías negar que ella era una gran parte de la razón por la que los Tokkis podían seguir esforzándose tanto como lo hacían. Porque ella definitivamente lo era.

Anna-san había estado manteniendo la magia de apoyo como Protection y Assist hasta hace un rato, pero también necesitaba curarlos, así que se le estaba haciendo difícil. La fuente de la magia era el poder mágico de un mago, que era una especie de energía espiritual. Básicamente, la magia era una especie de prueba de resistencia. Si Anna-san se agotaba y se derrumbaba sobre ellos, los Tokkis dejarían de ser los Tokkis. Por eso querían que descansara todo lo que pudiera, y todos aguantarían mientras ella los animaba.

“Hay que mantenerse en forma...”

De la boca de Kikkawa salieron palabras extrañas. Quiso decir “mantenerse firmes”, pero le salió mal. Ah, y súper silencioso también. Casi dudó de que fuera su propia voz.

Mimori intentó dar otro golpe con sus dos espadas largas, pero tropezó y cayó contra la pared de la escalera.

Oh, sí, por supuesto que eso pasaría, pensó Kikkawa.

Mimori-san está totalmente ocupada.

¿Cómo no iba a estarlo?

Depende de mí. Este es mi momento para brillar, ¿no es así?
Mimori-san está ahí fuera cubriendome. Se trasladó a la parte de atrás

hace un rato porque estaba totalmente agotada, pero vino al frente de nuevo para ayudarme. Ahora es mi turno de dar un paso adelante.

Sus pensamientos se agitaban, pero su cuerpo no hacía nada para obedecerlos. Incluso en las noches tristes, cuando se envolvía en una fría vergüenza por lo patético que era, no podía derramar ni una sola lágrima.

¿Por qué?

Kikkawa quería llorar.

Vamos, hombre, sé un héroe. Ahora es tu momento. Tiene que serlo.

¿Qué vas a hacer si no te conviertes en un héroe?

“¡Muévete, muévete, muévete!” Incluso sin que Tada le gritara que se apartara, Kikkawa lo sabía.

No lo es. Realmente no lo es.

Simplemente no lo es.

¿No es qué?

No es mi momento. Soy el tipo equivocado para esto.

Kikkawa no era un héroe, y no podía convertirse en uno. Los tipos como Kikkawa no podían dar rienda suelta a su poder mientras estaban al límite.

No, yo quiero, ¿sabes?

De verdad, ¿de acuerdo?

Quiero hacerlo. Quiero soltarme.

Quiero dar rienda suelta a todo lo que tengo, de verdad, pero no puedo...

Pero no era sólo eso; era que se había topado con un grueso muro. Cuando llegó el momento de pasar a la acción, no pudo sacar todo a relucir y mostrar realmente sus cosas, porque, bueno, no tenía cosas que mostrar.

No había energía.

No había talento.

No había potencial.

El tipo de personas que se convirtieron en héroes eran fundamentalmente diferentes. Tal y como lo veía Kikkawa, quizás no era el tipo de cosas que se podían cambiar mediante el trabajo duro. Porque Kikkawa había trabajado tan duro como cualquiera, probablemente más, aunque le diera vergüenza admitirlo. Había muros que no se podían escalar o atravesar sólo con el trabajo duro.

Básicamente, un héroe nació siendo un héroe. Se convirtió en uno porque siempre estuvo destinado a serlo. Fueron bendecidos con la capacidad de ser un héroe. Cuando una persona ordinaria lo ha dado todo, no le queda nada y se queda sin nada, entonces eso es todo para ellos, ¿pero un héroe? No tanto.

Siguieron adelante. Todavía tenían más que dar.

Como si el lago se hubiera secado, pero de alguna manera brotó un manantial. No sólo brotó, sino que hizo erupción.

“¡Eloim, Essaim, te busco y te suplico...!”

Tada gritaba alguna tontería mientras bajaba rodando las escaleras. Kikkawa se abrió paso rápidamente, empujándose contra la pared. Un momento después, le invadió una ola de desesperación.

¿Qué demonios? ¡¿Qué demonios?! Se mueve. Mi cuerpo puede hacer lo que yo le diga. Todavía me quedan fuerzas. ¡Qué mala onda!

Tada bajó las escaleras pasando por delante de Kikkawa y luego de Mimori, lanzándose hacia las extrañas criaturas negras. Tal vez podría describirlas como tipos con mallas de cuerpo entero completamente negras, sin una pizca de brillo. Pero estaba claro que no eran humanos. No eran rígidos, pero tampoco eran blandos. Eran más bien elásticos. Tenían una sensación de peso, pero no eran duros como la roca. No se podían cortar ni romper. Aunque diría que eran humanoides, sólo había dos brazos y dos piernas que salían de un torso que se estrechaba hacia la parte inferior. No tenían cabeza, ni nada parecido a manos o pies.

“¡Tsagahtoreah...!”

Tada golpeó a las criaturas negras mientras intentaban subir una estrecha escalera de no más de un par de metros. No, no era eso. Bajó las escaleras rodando y terminó de pie frente al enemigo cuando estaba casi lo suficientemente cerca como para tocarlo, y luego soltó el martillo de guerra que había estado abrazando cerca de su cuerpo y lo

mandó a volar. Era un truco que sólo Tada podía realizar. Era realmente único en su especie.

Si le hubieras preguntado a Kikkawa, te diría que *eso es inhumano*.

La gente normal no podría hacer cosas así.

¿Hmm? ¿Normal?

No, no, no, no.

Aunque fueran anormales, no había forma de hacerlo.

“¡Nahahh! ¡Boitreh! ¡Mackerehl! ¡Mackerehhhl en vinagre!”

Cada golpe del martillo de guerra de Tada derribaba a un enemigo.

Pero no sólo los golpeaba. El martillo de guerra de Tada también chocaba con las paredes y las escaleras, haciendo volar trozos de mampostería.

¡Guau! ¡Ciao! Er, no, ciao es otra cosa, ¿eh? ¡Impresionante!

¿Estaba bien que Kikkawa mirara así a todos, tan impresionado?

No, claro que no.

Tada luchaba con un martillo de guerra. Era un amante del martillo, un maestro del martillo, pero había cambiado de clase para convertirse en sacerdote. ¿Por qué? Porque en lugar de causarle problemas a Anna-san cada vez que se lastimaba, era más fácil si podía curarse a sí mismo. Tada se convirtió en sacerdote para poder hacer lo que quisiera, blandiendo un martillo de guerra a su antojo.

Dicho esto, Tada no era un tipo tan grande. Se veía increíble sin la ropa puesta, seguro. Como, músculos por todas partes. Pero en realidad no era un luchador que se basara en la fuerza. Kikkawa había visto a Tada así antes, empapado de sudor, balanceando su martillo de guerra con una lentitud terrible. Pero con un golpe tras otro, fue ganando velocidad.

Tada había considerado todas las situaciones posibles que podían darse en el campo de batalla, y había ideado técnicas para afrontarlas, que había practicado y perfeccionado. La forma en que se movía su martillo de guerra, el retroceso, su cuerpo lo había absorbido todo. Se podría decir que el martillo de guerra era una parte de él. O más bien, Tada era el martillo de guerra, y el martillo de guerra era Tada.

“¡Kwahadah...! ¡Pez espadaa...! ¡Espaguetiiiiii...!
¡Huevoooo...!”

Ahora Tada estaba perdiendo el control. Una vez que empezaba a balancearse, no podía parar. Por eso golpeaba las paredes y las escaleras para detenerse. No tenía otra opción. El martillo de guerra podría haberse escapado de sus manos en cualquier momento. Ahora, esto era Tada. Mientras tuviera su martillo de guerra, seguiría golpeando hasta su último aliento. Pero si perdía el martillo, ¿entonces qué? Probablemente intentaría seguir blandiéndolo de todos modos.

Con las manos desnudas.

Kikkawa se imaginó a Tada practicando con su martillo de guerra, poniendo cara de diablo feroz.

“¡Tadacchi...! ¡Tada-saaan...!”

Kikkawa intentó bajar los escalones, pero resbaló.

¿En serio? Pensó.

No me importa si no puedo convertirme en un héroe, mientras pueda aguantar aquí un poco más.

¿No es posible? ¿Soy tan perdedor que ni siquiera puedo lograrlo?

Vaya, es casi como si fuera basura. No, olvida el “casi”.

Sólo soy basura.

La edición definitiva de la basura.

“¡Demonio...!”

En ese momento, un viento siniestro pasó, empujando la basura llamada Kikkawa a un lado.

El viento siniestro tenía una cola de caballo.

Espera, ese es Inui.

Inui pasó corriendo, con una cola de caballo que últimamente tenía cada vez más canas agitándose detrás de él.

“Espera, has estado desaparecido durante un tiempo, Inui...”

Kikkawa se quedó sorprendido. No es que fuera algo nuevo, sin embargo. En los Tokkis era habitual que Inui se levantara y desapareciera sin decir nada a nadie. Quién sabía qué tonterías haría ahora que había vuelto.

“¡Hyah!” Gritó Inui mientras agarraba a Tada por el cuello.

“¡Gweh!” Tada balbuceó, casi ahogándose. Había estado en medio de un movimiento completo de su martillo de guerra, sólo para que rebotara en la pared, casi cayendo de sus manos. Pero así era Tada. Nunca soltaba su martillo de guerra.

“¡Bien hecho!”

¿De quién era esa voz?

No, no hace falta decirlo. El hombre bajó bailando las escaleras, pasando por delante de Inui, que estaba arrastrando a Tada.

“¡Whoa! ¿Qué? ¡No puede ser! ¿Ya puedes moverte?” Kikkawa estaba sorprendido hasta la médula.

¿Acaso el hombre no tenía límites? Sus extenuantes esfuerzos eran la razón por la que los Tokkis habían logrado resistir tanto tiempo. Fue el que más sudó de todos los presentes. Incluso derramó sangre. A pesar de sus numerosas heridas, había permanecido en el frente más tiempo que cualquiera de ellos, protegiendo a sus propios compañeros con su vida.

No puedo aguantar más, déjame descansar un poco, había dicho. Hasta entonces, aparte de cuando se curaban sus heridas, había dicho que descansaba mientras luchaba, como si durmiera de pie, así que por muy impresionante que fuera, tenía que estar al límite.

Cuando se retiró, Kikkawa se preparó para lo peor. No había forma de que el hombre se retirara del frente para tomar un respiro y luego volver a la acción. Iban a tener que aguantar sin él durante un tiempo.

Tadacchi no tiene muy buena pinta, Mimori está bastante mal y a Inui no se le ve por ningún lado, así que tengo que dar un paso adelante, había pensado.

Sin embargo, al final no pudo.

Era una carga demasiado grande para Kikkawa.

Bueno, ¿qué se puede hacer? Pensó mansamente.

Ahora que el hombre, Tokimune, había reaparecido, este lugar ya no era la escalera de la novena torre de las catorce de la Riverside Iron Fortress. Era un escenario preparado sólo para él.

“Bien, ¡¿están listos?!?”

Tokimune era un paladín de Lumiaris, así que tenía magia de luz. Probablemente había lanzado Trance sobre sí mismo, cuyo efecto le hacía más valiente y robusto. También había lanzado Luminous para hacer brillar su escudo. Aunque, no todos los paladines podían ser como Tokimune. No, no es posible.

Tokimune no sólo era rápido, sino que era tan ligero de pies que parecía ingravido. Se acercó a las criaturas negras, diciendo: “¡Eh...!” y no tanto golpeando a una de ellas con su escudo como empujándola a un lado. Cuando lo hizo, se elevó en el aire y salió volando. En ese momento, Tokimune ya estaba sobre la siguiente, empujando su

escudo para provocar un choque entre dos. “¡Eh!” Parecía un golpe ligero, y el sonido que hacía no era un fuerte golpe, sino algo más pesado. ¿Qué demonios estaba haciendo? Kikkawa no lo sabía, pero probablemente estaba usando su escudo con el ángulo y la potencia perfectos en el momento exacto. Tampoco era sólo el escudo. Tokimune hizo girar su espada larga con un “¡Eh! ¡Eh!” empujando al enemigo hacia atrás como si lo estuviera recogiendo.

Es cero-G, pensó Kikkawa.

Bien, no, probablemente no lo era, pero parecía estar ignorando la gravedad. Tokimune movió sus pies rápidamente, ajustando su posición.

Es como si se teletransportara.

“¡Hey! ¡Hey! ¡He-he-hey! ¡He-he-hey! ¡He-he-heyyyy...!”

“Es el espectáculo individual de Tokimune...”

Kikkawa no pudo evitar reírse. Se rió tanto que lloró... sí, no. No importaba, no iba a reírse tan fuerte. Entonces, ¿por qué Kikkawa estaba llorando?

¿Me siento conmovido?

Ese fue el primer pensamiento de Kikkawa. Entre los Tokkis, Tokimune era la principal atracción. Era su líder, por supuesto, y también carismático. Era como si fuera el padre de todos. Era un súper paladín, un verdadero héroe. A Kikkawa le estaba llamando la atención la estrella absoluta que era ese hombre de nuevo.

¿Es eso?

“¡Mimori, Kikkawa! ¡Nos retiramos por ahora! ¿Pueden moverse?”

Gritó Tokimune, sus manos no paraban de empujar a las criaturas negras hacia atrás con su espada larga y su escudo. En realidad, no eran sólo sus manos, todo su cuerpo entraba en acción.

“¡‘kay!” Mimori se dio la vuelta para irse inmediatamente. Parecía bastante lenta, pero aun así se las arregló para moverse de alguna manera. *¿Soy yo quien habla?* Se reprendió mentalmente Kikkawa mientras empezaba a subir las escaleras.

“¡A la orden! ¡Entendido! ¡Señor, sí, señor!” Kikkawa trató de responder con toda la alegría que pudo reunir. Ser brillante y optimista, ultra feliz y súper positivo. Eso era lo que Kikkawa tenía a su favor. Porque, sinceramente, no tenía nada más. Ahora no necesitaba un corazón lleno de pasión, sino nervios de acero. Era el momento de ir, ir, ir.

¿Pero por qué, a pesar de eso, las lágrimas se negaban a parar?

Kikkawa alcanzó a Mimori en poco tiempo. Cuando ella miró a un lado y lo vio, sus ojos se desorbitaron. Parecían tan grandes que era irreal a la luz de la linterna del interior de la torre.

“¿Estás bien?” Preguntó.

“¡Sano como Helsinki!” Kikkawa respondió al instante con una sonrisa radiante.

¿Qué es un Helsinki? Se preguntó. Estoy llorando, ¿no? Llorar y sonreír al mismo tiempo es bastante asqueroso, ¿no? Sí, lo es. Muy asqueroso. Totalmente asqueroso.

Me convertiré en nada, se propuso Kikkawa. No quería pensar. No quería sentir. La nada era buena. Quería convertirse en nada.

Subieron las escaleras, con Mimori por delante de Kikkawa. Ella podría haberle dejado atrás. Pero no lo hizo. Debía estar preocupada por él. Él no habría esperado eso. Mimori era alta, así que se sentía como una hermana mayor en ese sentido, pero su personalidad era más de hermana pequeña.

Después de un rato subiendo, vieron lo que parecía un rellano. Allí había una puerta que conducía a un pasillo. Las catorce torres de la Riverside Iron Fortress estaban conectadas por puentes. Bueno, los llamaban puentes, pero tenían techos, así que eran más bien pasillos aéreos. Anna-san, Tada e Inui estaban delante del puente.

“¡Deprisa...! ¡Mimorin! ¡Kikkawa de mierda! ¡Deprisa, sí!” Anna-san los estaba alentando vigorosamente. Eso hizo que Kikkawa finalmente comenzara a preguntarse qué estaba pasando detrás de él.

“¡¿Qué pasa con Tokimune?!”

“¡Estás vivo, así que sube rápido, sí!”

“¡No lo digas así!”

Kikkawa se sorprendió por la forma en que le había gritado. Era bastante raro que se enfadara por algo que había dicho Anna-san. No

importaba lo que saliera de su boca, se suponía que había que aceptarlo con gratitud. Esa era la regla no escrita de los Tokkis.

Conviértete en nada, se propuso Kikkawa de nuevo. *En serio, nada*.

No quería vaciar su cabeza, quería borrar su propia existencia. Era mejor que no existiera si iba a estar así. Kikkawa sintió que se derramaban nuevas lágrimas.

Sí, debería convertirme en nada, volver a la nada.

Se sintió desesperadamente patético, pero Kikkawa se precipitó hacia la pasarela, todavía sollozando. Entonces, una vez que llegó al otro lado y estaba entrando en la siguiente torre, tropezó.

“¡¿Bwugh?!?” Kikkawa se desplomó sobre el suelo de piedra. Su escudo protegía su cara, pero no iba a levantarse.

“¡Estás en el camino, imbécil!” Tada le dio una patada a un lado, pero Kikkawa se quedó allí, inmóvil. Inui o alguien más arrastró a Kikkawa detrás de ellos mientras avanzaban.

“¡Bien, estamos bien!”

Al escuchar la voz de Tokimune, un vago pensamiento entró en la cabeza de Kikkawa. *Oh... Gracias a Dios*. Eso era todo.

Tokimune no se había quedado solo. Bueno, sí, por supuesto que no. Algo le pasaba a Kikkawa si pensaba siquiera por un momento que Tokimune había hecho un: “¡Yo me encargo de las cosas aquí! ¡Los

demás sigan adelante!” Como que eso no era lo suyo, ¿no? Los Tokkis no hacían esas cosas.

Los Tokkis eran diferentes. No importaba lo mal que se pusieran las cosas, salían todos juntos. Ese era su estilo. Claro, el auto sacrificio era genial y todo, y tal vez era digno de respeto, pero era duro para la gente que salvabas, así que, al final, era mejor sobrevivir todos juntos. Por eso un principio básico de los Tokkis era no tener pérdidas.

Básicamente, el objetivo del espectáculo individual de Tokimune siempre había sido ganar tiempo para que sus compañeros se retiraran. Había hecho retroceder al enemigo y, una vez que todos los demás se habían retirado, había subido él mismo las escaleras. Después de eso, corrió a través de la pasarela, y ahora estaba gloriosamente reunido con sus camaradas. A Tada le tocaba hacer el resto.

Kikkawa se levantó, se limpió las lágrimas de los ojos con un resoplido y fue testigo del trabajo de demolición de Tada.

“¡Tunahhhhhh!”

Tada hizo un salto mortal en el interior de la torre, golpeando su martillo de guerra en el cielo. Somersault Bomb. Esa era una de las habilidades de combate con equipo pesado del gremio de guerreros. Kikkawa también la había aprendido, pero rara vez la utilizaba. Era difícil poner su peso detrás de la fuerza del giro correctamente. También era agotador y era fácil fallar con él. El sentido de Tada para apuntar debe haberle salido naturalmente. Claro, cuando su objetivo

era el suelo, podía acertar con los ojos cerrados, pero seguía siendo un truco que Kikkawa no podía esperar emular.

“¡Bonn...!” En el momento en que la Somersault Bomb de Tada aterrizó, saltó de nuevo. “¡Itohhh...!”

Con un golpe, soltó otra Somersault Bomb.

“¡Sardina! ¡Tuna gorda! ¡Salmon asadoooo! ¡Jureeeeeel!”

Hizo seis Somersault Bomb seguidas. Eso fue anormal. Esto ya no era una Somersault Bomb. ¿No debería haber sido considerada una nueva habilidad, en una clase completamente diferente? Y ni siquiera había terminado. Después de soltar la sexta Somersault Bomb, respiró un poco y volvió a golpear.

“¡Salmoooooon...!”

El martillo de guerra de Tada se estrelló contra el lado izquierdo de la pasarela.

“¡Atuuuuuuun...!”

A continuación, lo golpeó en el lado derecho. Con fuerza.

Idiota como era, Kikkawa no se dio cuenta de esto, pero la pasarela ya había recibido un daño masivo de la Séxtuple Somersault Bomb. En resumen, estaba a punto de romperse. Un poderoso golpe a la izquierda y a la derecha le dio un buen empujón.

¿Un empujón hacia dónde?

“¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...!” El grito de alegría de Anna-san fue tragado por el estruendo del rápido derrumbe de la pasarela.

Tada se cayó. No, antes de que pudiera golpearse la cabeza contra el suelo, Tokimune lo sujetó y le tumbó con suavidad. El héroe de los Tokkis era un sofisticado caballero.

Y así, la pasarela se hundió con las criaturas negras que les habían perseguido en ella.

Tokimune había ideado este plan mientras estaba alejado del frente para descansar. En otras palabras, un héroe nunca descansa.

Los Tokkis habían estado en la torre nueve de catorce. ¿A qué torre les había llevado la pasarela que Tada destruyó? Kikkawa ni siquiera lo sabía. ¿Y qué hay de Inui? Sí, Inui. Inui lo habría comprobado. Sin duda alguna.

Los Tokkis habían abandonado la defensa de la novena torre y se habían retirado a otra torre de número incierto. Si esta torre ya había sido tomada por esas extrañas criaturas negras, sería un desastre.

Inui no se había levantado y desaparecido sobre ellos. Probablemente tenía instrucciones de Tokimune. Inui se adelantó a explorar, e informó de que esa torre, fuera cual fuera el número, era segura. Entonces Tokimune puso en marcha el plan de retirada.

Kikkawa no había estado pensando.

Ni un solo pensamiento de valor existía dentro de su cráneo.

“Oh, ¿nosotros? Somos como una familia, ¿sabes? No, espera, ¡somos una familia! Como, Tokimune es el papá, Anna-san es la mamá, Tadacchi es el hermano mayor, Mimori-san es la hermana mayor, yo soy el hijo menor, e Inui es nuestro perro mascota o algo así.”

Se lo había dicho a Haruhiro una vez.

Por alguna razón, Kikkawa podía recordar claramente su tono de voz y su expresión exacta de entonces. Podía oír su propia voz, así que estaba bien, pero no podía ver su propia cara, así que no había forma de que lo recordara.

Pero Kikkawa podía decir esto con certeza: en ese momento, llevaba una sonrisa tonta, con los músculos faciales relajados de una forma poco favorecedora, lo que le hacía parecer un poco escamoso.

“El hijo menor, ¿eh?”

Nunca había utilizado la excusa de que, *bueno, soy el hijo menor, no se puede esperar más que esto de mí*. Nunca había pensado así.

No, tal vez había estado actuando como el hijo menor de la familia todo este tiempo sin darse cuenta. Si no lo hubiera hecho, la idea no habría surgido tan fácilmente en su conversación con Haruhiro.

En algún momento, Kikkawa se encontró sentado, abrazando sus rodillas.

“¿Qué pasa?” Preguntó Tokimune, dándole un golpecito en el hombro. Si no lo hubiera hecho, Kikkawa podría haberse quedado así para siempre. Kikkawa levantó la vista.

“Nada...”

“Tienes una mirada como si el mundo se acabara.” Dijo Tokimune mostrando sus blancos dientes. Aunque estuviera agotado —y empezaba a notarse—, el rostro del héroe mostraba un buen ánimo infinito.

Su sonrisa siempre había animado a Kikkawa. No importaba en qué se metieran, le hacía pensar: *Bueno, supongo que tenemos que hacer lo que tenemos que hacer, siempre.*

Es tan increíble. Tokimune es totalmente el hombre. Quiero ser como él. El tipo es un héroe hasta la médula. ¿Cómo podría no admirar eso? Pero en este momento en particular, la sonrisa de Tokimune le parecía tan brillante que simplemente le dolía verla. Le dolía en el corazón. *En serio, es duro. Realmente duro. Duele mucho.*

Kikkawa era dolorosamente consciente ahora de que no había comprendido del todo lo grande que era la diferencia entre ambos. *Vaya, ¿pensar que quería ser como él? Eso es simplemente vergonzoso. Quiero decir, eso es imposible para mí, ¿sabes?* La diferencia entre Kikkawa y Tokimune era tan grande como la diferencia entre un águila que vuela y una tortuga de poca monta. No, más bien una mierda de tortuga humilde.

*Nunca podría ser como él. Nunca podría ni siquiera acercarme.
Porque soy una mierda de tortuga... Pero eso ya lo sabía.*

Así es.

Se había dado cuenta hace mucho tiempo.

Los Tokkis eran una banda de personalidades ruidosas con habilidades inusuales.

¿Y quién era Kikkawa en ese grupo?

Sr. Ordinario.

Kikkawa era tan soso comparado con el resto.

Se podría decir que era un completo cabeza hueca, pero ¿estaba su personalidad superficial y relajada tan lejos de lo normal? Sin embargo, a pesar de su superficialidad, también era desvergonzado, por lo que había sido capaz de andar por ahí como si fuera uno de ellos sin problemas.

Dicho esto, no podía negar que luchaba con sentimientos de inferioridad. Sinceramente, a veces se deprimía por ello. Normalmente, un buen sueño se encargaba de eso. Incluso si no podía dejar de preocuparse por ello, tendría que hacer todo lo posible. Todos eran buenos chicos. No le preocupaba que lo abandonaran.

Nadie iba a decir: “Por qué no puedes hacer nada, perdedor. Hemos terminado contigo. Lárgate”, o algo así. Era más bien, “Hombre, simplemente no puedes ayudarte a ti mismo, ¿eh? Bueno, lo que sea.

Así es como eres. Es parte de por qué eres uno de nosotros. Lo mejor es divertirse con ello.”

Así eran los Tokkis.

Los amo, chicos. Los amo a todos.

Entonces, ¿por qué estaba así ahora? ¿Por qué Kikkawa tenía una expresión que hizo que Tokimune dijera que parecía que el mundo acababa de terminar?

“Oh...”

Lo entiendo.

Así es, ¿eh?

Kikkawa finalmente comprendió sus sentimientos. Lo que le corroía no era la debilidad, la inferioridad, la ira por su propia ineptitud, la desesperación o la vergüenza. Tenía todos esos sentimientos, sí, pero la causa fundamental era otra.

Fue como dijo Tokimune.

El mundo se había acabado.

“Bien, vamos...” Dijo Kikkawa, colgando la cabeza. “El mundo se ha acabado en serio, ¿no? Con esas extrañas cosas negras. ¿Qué demonios son? He oído que también se han cargado a Alterna. Dicen que Shinoharacchi no sobrevivió o algo así, y que Jin Mogis huyó por su cuenta, ¿sabes? Básicamente los trajo aquí a la Riverside Iron Fortress con él. Ahora este lugar también está jodido. No podemos

defenderlo. Quiero decir, apenas hemos logrado resistir todo este tiempo. Estamos bien por el momento, pero un montón de otros soldados voluntarios han sido eliminados, ¿verdad? Es malo. Es realmente malo...”

“¡Maldita sea, Kikkawa! Lo que estás murmurando...” Anna-san comenzó enfadada, pero su voz se apagó en la nada.

“Urgh...” Mimori gimió.

Las respiraciones sibilantes, agitadas y jadeantes que escuchó eran probablemente las de Tada.

“Eh...” Inui se aclaró la garganta. “Veo que se acerca la hora del señor de los demonios. Heh...”

“¡Me sorprende cómo siempre se te ocurren esas tonterías!” Kikkawa intentó ponerse en pie, pero se desplomó a medio camino. “Bien, hablemos de verdad... El mundo se está acabando, ¿verdad? Nuestra situación no hace más que empeorar. Pasamos por esto, ¿y luego qué? No hay esperanza. Sin embargo, estoy bien con eso. No sé por qué... ¿Cómo puedo decir esto? No tengo muchos remordimientos, ¿sabes? Me he divertido. Cada día fue una explosión. Como, tengo todos estos grandes recuerdos. Porque ustedes estaban allí conmigo. Estábamos juntos. Hombre, he sido tan bendecido. Como, muchas gracias, todos ustedes. Gracias a ustedes, no me arrepiento de nada, pero... aun así... yo sólo... No quiero que termine. Como, no me importa el mundo. Pero si el mundo se acaba, todos vamos a morir, ¿verdad? No quiero eso.”

Kikkawa había vivido su vida como soldado voluntario, aunque no fuera uno muy bueno. Había tenido sus roces con la muerte. Había pensado mucho en la muerte. Por ejemplo, qué pasaría cuando muriera, o cómo era estar muerto. Bueno, tal vez era como dormir, pero sin soñar. Eso fue lo que Kikkawa pensó. Normalmente, cuando te duermes, te despiertas más tarde. Pero no te despiertas de la muerte. Aun así, si eso era todo, no era tan aterrador.

Le parecía bien. No le importaba el momento en que muriese.

Pero no quería que sus compañeros murieran.

Eso no estaba bien.

Eran los Tokkis, así que estaba seguro de que estaría bien. Como el hijo menor, sería el primero en irse. Metería la pata en algo de forma ridícula, y para cuando pensara: *Mierda, creo que voy a morir*, ya estaría inconsciente. Ya estaría muerto.

Quería al menos morir de una forma en la que sus compañeros pudieran reírse. Algo que les hiciera decir: “Vaya, ese tipo era un idiota. Un idiota hasta el final. Sé que no debería reírme y todo eso, pero, hombre, lo siento, me voy a reír.” Las cosas no se pondrían sombrías de esa manera.

Kikkawa creía en los Tokkis. Creía en ellos completamente, hasta el final.

Así que, sí, seguro que estará bien.

Ustedes nunca me abandonarian.

Estoy seguro de que probablemente me mataré antes que el resto de ustedes, pero hey, denme un respiro, ¿vale?

“¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? Quiero que sobrevivan. Eso es todo lo que quiero. Pero tengo la sensación de que no hay muchas esperanzas de eso. Este es el fin del mundo...”

“Sí.” Tokimune se agachó de repente y pasó su brazo por el hombro de Kikkawa. “Yo siento lo mismo. Este mundo se dirige hacia su fin. No sé cuál va a ser ese final, pero es genial.”

“¿Eh? ¿Genial...?”

“Es el fin del mundo, hombre. Es una gran cosa. No ocurre a menudo. ¿No te hace temblar de emoción?”

“Uh, tengo escalofríos... Pero no es realmente por la excitación.”

“Hey, eso está lo suficientemente cerca. Hay algo de coincidencia ahí. Puedes convertir el miedo en emoción.”

“Eso parece un poco exagerado...”

“¿Tienes miedo, Kikkawa?” Preguntó Tokimune, sonriendo ampliamente y acercando a Kikkawa a él. “¿Hmm? ¿Y tú?”

“Bueno, sí... lo tengo. Estoy... asustado, sí. Sólo soy... un tipo normal, a diferencia del resto de ustedes...”

“Yo también tengo miedo.”

“¿Eh?”

“Las cosas se han torcido de forma bastante seria.” Dijo Tokimune sin tapujos. “Ya era bastante malo con los orcos y los no-muertos que vienen a hacernos la guerra, pero ahora también tenemos esto encima. Parece que está ocurriendo algo que va a cambiar la cara de Grimgar. Aunque no tengo ni idea de lo que puede ser. Ninguna en absoluto. Eso también es malo. El mundo se acaba, ¿eh? Sí, suena bien. El mundo tal y como lo conocemos, al menos. Eso da miedo. Estarías loco si no tuvieras miedo.”

“Pero...” Kikkawa había empezado a temblar, aunque no estaba seguro de cuándo.

Asustado. Tokimune dijo que estaba asustado. Lo dijo claramente con palabras. ¿Incluso Tokimune estaba asustado?

“P-Pero...”

Kikkawa no quería aceptarlo. No podía creerlo.

“Dijiste que estabas emocionado.”

“Eso es lo que me digo a mí mismo. Pero, bueno, sólo intento hacerme el duro.”

“¿Intestas hacerse el duro? ¿Tú, Tokimune?”

“No puedo ver a dónde va todo esto. Pero quiero pasar cada segundo que pueda con ustedes. No, los segundos no son suficientes. Quiero más. Probablemente soy un tipo egoísta. Por eso nadie se siente más fuerte que yo sobre lo grande que es el desperdicio de no estar disfrutando cada momento. A menudo se me ocurre, antes de

quedarme dormido, que aunque no sepa cuándo va a ocurrir, habrá un momento en el que tenga que dejarlo todo. Podría perderlo *todo*. Cuando pienso en eso, me siento entumecido. Es pesado e insopportable.”

Tokimune nació para ser un héroe.

Kikkawa quería ser como él, si podía.

Pero para un tipo ordinario como Kikkawa, eso parecía una meta muy lejana. Por mucho que idolatrara a Tokimune, no podría convertirse en él. La distancia entre ellos era demasiado grande.

¿Incluso Tokimune estaba asustado?

De vez en cuando, pensaba en la muerte...

Tenía miedo de su propia muerte, cuando tuviera que dejarlo todo, y de las muertes de sus preciados camaradas...

“He tomado una decisión. Cuando empiezo a sentirme así, hay algo que me digo.”

“¿Qué es eso?”

“Simple: ‘No tengas miedo, cobarde’.”

“Cobarde... Espera, ¿quieres decir tú, Tokimune?”

“Bueno. Estamos vivos, pero hay mucha más gente que está muerta. Todos ellos vivían como nosotros, hasta que dejaron de hacerlo. Algunos de ellos debieron tener miedo a la muerte como yo. Algunos debieron temblar y decir cosas como: ‘Vaya, qué miedo’.

Algunos probablemente se fueron en paz con ellos mismos, totalmente satisfechos, y otros se fueron como unos auténticos malotes. Aun así, todos ellos, incluso los cobardes como yo, por muy buenos que hayan sido eventualmente morirán. Sé que yo también podré tener una buena muerte. Eso es lo que decidí decirme a mí mismo. Claro, todavía me asusto de vez en cuando, como es de esperar. Si puedo, prefiero evitar que mueran, o que me pierdan. Quiero aplazar eso todo lo que pueda. Soy esa clase de persona codiciosa y testaruda.”

“No... digas eso...” Kikkawa comenzó a decir, pero no pudo continuar.

Había querido que Tokimune siguiera siendo su héroe, siempre fuera de su alcance. Pero, por otro lado, esta era la primera vez que Tokimune no parecía más grande que la vida, y eso lo tranquilizaba.

Oh, vaya. Pensé que era una especie de héroe natural desordenado o algo así, pero es sólo un ser humano normal, como yo.

¿Estaba un poco decepcionado? No podía negarlo. Ahora que sabía que Tokimune sólo se había hecho el duro, no podía confiar en el paladín de la misma manera que lo había hecho hasta ahora. En última instancia, lo que dejó a Kikkawa sin poder hablar podría haber sido el hecho de que había expuesto su propia naturaleza como hijo menor mimado de la familia Tokkis.

“¿Ya has terminado de divagar?” Tada se puso en pie, tomó aire y se abrió el cuello a izquierda y derecha. Luego giró su martillo de guerra.

“¡Ah, sí!” Anna-san gritó con voz aguda, golpeando el aire. “¡Se acabó el tiempo de descanso, sí! ¡A toda velocidad! ¡¿De acuerdo?! ¡*Siguiente!* Porque ahora es el momento del Plan A, ¡sí!”

“Mm.” Mimori, que todo este tiempo había estado sentada, ajustó la posición de su sombrero de mago.

Inui estaba revisando su cola de caballo. Para ser un hombre, era muy exigente con su cabello.

Tokimune le dio una palmada en el hombro a Kikkawa. “Es hora de salir, Kikkawa. Vamos a ver el fin del mundo juntos.”

“Suena como un plan...” En el fondo de su corazón, Kikkawa susurró: *No tengas miedo, cobarde.*

Para cuando se levantara con Tokimune, volvería a ser el de siempre. Tenía que serlo.

Tenía un lugar entre los Tokkis, aunque no lo mereciera, así que no era propio de Kikkawa sentarse a compadecerse de sí mismo. Con su idiotez vino una personalidad relajada. Era tan cabeza de chorlito que se creía que iba a flotar. Ese era Kikkawa, el hijo menor de la familia Tokkis.

¿Era ese el papel que tenía que seguir interpretando para quedarse con ellos? Seguro que sí. Ser un bobo no era algo que Kikkawa pudiera hacer sin actuar. Pero incluso Tokimune no era siempre completamente él mismo. Todos tenían una persona que querían ser, y que no querían ser. Fingían esto o aquello, engañando a la gente que

les rodeaba, o quizás a ellos mismos, para que los vieran más grandes, o a veces más pequeños, de lo que realmente eran.

Todos eran adorables. Y Kikkawa quería a sus camaradas de los Tokkis más que a nadie.

“Vamos a la quinta torre.”

Tokimune los guio mientras bajaban las escaleras.

La torre en la que habían estado antes era la novena, y a la que habían cruzado a través del puente era aparentemente la decimotercera. Las torres novena y decimotercera tenían una función especial entre las catorce torres de la Riverside Iron Fortress. Estaban conectadas a otras torres por puentes, pero no tenían entradas en el nivel del suelo. También contaban con almacenes de suministros en la planta superior y en el subsuelo.

Además, las torres séptima y decimocuarta tenían pasajes subterráneos secretos que conducían al exterior de la fortaleza. Pero la decimocuarta torre había sido destruida en gran medida en las numerosas batallas que había vivido la fortaleza, y su pasaje secreto ya no era utilizable.

La séptima torre era su baza para salir de aquí. Las escaleras hacia el subsuelo estaban detrás de un fino muro de piedra. Si se trataba de eso, podían reunir las fuerzas que les quedaban, dirigirse allí y escapar.

Por cierto, destruir los puentes era algo que tenían generalmente prohibido. El complejo sistema de puentes que conectaba las torres les

permitía ir y venir de una a otra con facilidad. Los defensores utilizaban este sistema para retirarse cuando estaban en desventaja, apoyar a sus aliados y ganar tiempo. Mientras tanto, para el bando atacante, si dejaban caer los puentes no podrían perseguir a sus enemigos, y corrían el riesgo de aislarlos.

Sin embargo, la mano de los Tokkis había sido forzada. Si no hubieran hecho ese movimiento, alguien habría muerto definitivamente. Posiblemente todos ellos.

Finalmente, llegaron a algo parecido a un rellano, con un puente hacia la quinta torre. Parecía que había una pelea allí.

“¡¿Inui?!?” Preguntó Tokimune, e Inui abrió su ojo derecho —el que no estaba cubierto por su parche— y miró al otro lado del puente.

“¡Eh!”

“Aw, hombre, ¡¿está a punto de desatar su ojo demoniaco?! Lo está haciendo, ¿no es así?” Kikkawa gritó. Lo hizo con su tenor habitual. Eso le tranquilizó un poco, pero también le valió un codazo de Tada.

“¡¿Ay?!?”

“Inui no tiene nada de eso.”

“¡Taddacchi, en la nuca no, por favor! ¡Me vas a hacer más estúpido de lo que ya soy!”

“No hay cura para la estupidez. No hay manera de arreglar la estupidez de Kikkawa, ¡sí!” Anna-san le guiñó un ojo y le dio un pulgar hacia arriba.

Mimori asintió. “Así que está bien pegarle.”

“Oh, ya veo. No se puede arreglar mi idiotez, así que está bien que me pegues...” Kikkawa siguió la broma. Entonces, como siempre, “¡No, no lo está!” Proporcionó la réplica cómica.

“En la quinta torre...”

Inui estaba agachado, moviendo los brazos en todas direcciones. Hacía este tipo de cosas todo el tiempo. Era espeluznante y desagradable, pero uno se acostumbraba.

“¡Veo a Iron Knuckle y a los Berserkers...! ¡O eso debe ser lo que es...! ¡Je!”

“No pareces muy seguro de ti mismo, ¿sabes?” Dijo Kikkawa.

“¡Bien, vamos a apoyarlos!” Declaró Tokimune, arrancando a la carrera.

Tada, Kikkawa, Mimori, Anna-san e Inui les siguieron. Empezaban a hacerse una vaga idea de cómo era el otro lado del puente de la quinta torre. Había una persona con un pie fuera del puente. Era pelirrojo y estaba envuelto en una capa negruzca.

“¡Es él!” Gritó Kikkawa con una voz terriblemente alta, lo que hizo que el pelirrojo se girara y los mirara. No había muchos soldados

voluntarios en activo que tuvieran la presencia de este hombre. Era mayor que ellos, probablemente de unos cuarenta años.

“¡Han llegado los refuerzos!” Llamó el pelirrojo a la quinta torre con voz gutural. Tenía la espada desen vainada, pero no estaba claro si estaba luchando. Kikkawa tenía una mala opinión de la gente que se hacía la remolona como este tipo.

“¡Jin Mogis! ¡Tú eres el que trajo a esas cosas negras raras aquí!”

Los Tokkis estaban casi al otro lado del puente. Jin Mogis, mientras tanto, intentaba salir de la quinta torre. Se iban a cruzar.

Tokimune saltó a la quinta torre. Aunque acuchillar a Mogis podría haber sido ir demasiado lejos, Kikkawa deseó al menos haber hecho tropezar al bastardo cuando pasó. Estaba seguro de haber visto una ligera sonrisa en la cara del hombre.

“¡En serio, me molesta!”

Pero, bueno, no había tiempo para eso, así que corrió hacia la quinta torre tras Tokimune. En la planta baja, un grupo de soldados voluntarios se había agrupado. Parecía que los hombres de Iron Knuckle y los Berserkers habían hecho un muro de escudos, armaduras y su propia carne para bloquear a las criaturas negras que subían por las escaleras e intentar hacerlas retroceder. Los Tokkis sólo tenían seis miembros, pero Iron Knuckle y los Berserkers eran más numerosos, lo que les permitía utilizar tácticas como ésa.

No estaban cerca de ninguno de los otros clanes, pero al menos conocían al jefe de Iron Knuckle, “Uno a Uno” Max, y a su mano derecha, Aidan, así como a “Diablo Rojo” Ducky, de los Berserkers, y a su segundo al mando, Saga. Max tenía el aspecto de un joven líder de banda, y Ducky era un tipo grande con el cabello rojo, no natural, sino teñido de ese color. Ambos estaban en el grupo. Más arriba de su posición estaba Saga, de los Berserkers, con un sombrero de mago que le cubría los ojos.

“¡Anna-san, Mimori, quédense atrás!” Tokimune tomó una posición en la retaguardia del scrum y empezó a empujar a los hombres que tenía delante. “¡Kikkawa, Tada, Inui, vamos a empujar!”

“¡Sí!”

“¡Aburrido!”

“¡Eh!”

A Tada no le hizo mucha gracia la idea, pero los cuatro hombres de los Tokkis se unieron al grupo, empujando, empujando y empujando más. Kikkawa había pensado que estaba en la parte de atrás, pero de alguna manera terminó en medio de la prensa. Parecía que estaban manteniendo la posición intacta haciendo que los hombres de delante retrocedieran y los de atrás subieran por turnos. ¿Cómo lo hacían, exactamente? Era un misterio para Kikkawa. O más bien, estaba demasiado aplastado para pensar en ello. El hedor del sudor le ahogaba.

En algún momento, Kikkawa fue empujado al frente.

Las criaturas negras estaban allí, al otro lado de los escudos.

Estoy muerto. Muerto. Tan muerto. Kikkawa gimió, chilló y se lamentó. *Voy a morir. Así que voy a morir aquí.* Oh, mierda. Oh, mierda, mierda. *Esto es más que una locura. Me están presionando demasiado por detrás. Nuestros aliados van a matarme antes que el enemigo.* ¡Si empujan tan fuerte, me van a romper la espalda, chicos! No, peor que eso. Van a destrozar todos los huesos de mi cuerpo y me van a machacar. ¡Seré carne picada cuando esto termine!

No puedo aguantar más, nuh-uh, no hay manera, no hay cómo, imposibleeeeeeee—

Cuando estaba a punto de desmayarse, Kikkawa fue retirado de la primera fila a la segunda, luego a la tercera y a la cuarta, retrocediendo una fila tras otra. A medida que la presión sobre su cuerpo disminuía y volvía a ser capaz de respirar correctamente, su conciencia regresaba. Lo siguiente que supo fue que estaba ocurriendo de nuevo. Sí, otra vez. Fue succionado hacia adelante, hacia adelante, contra su voluntad.

No. No me gusta esto. Lo odio. No quiero ir al frente. Me gusta más atrás.

Pero no le dejaron quedarse allí. A nadie le importaba cómo se sentía Kikkawa. Una vez que llegara al frente, sólo tendría que soportarlo.

Después de varios viajes a través de la formación, ni siquiera estaba seguro de cuántos, Kikkawa estaba de nuevo en el fondo.

“¡Esto no va a ninguna parte!”

“¡No podemos retenerlos para siempre!”

Dos personas se estaban gritando. ¿Quiénes? No lo sabía, pero probablemente Max y Ducky. ¿Habían abandonado la formación?

“¡Parece que Britney y Kajiko se retiraran de la séptima!”

“¡¿Qué vamos a hacer?! ¡Si la séptima torre cae, no podremos escapar!”

“¡Concentremos nuestras fuerzas! ¡Nuestra única opción es abrirnos paso!”

Esa última voz gutural pertenecía a Jin Mogis.

“¡Necesitamos hacer contacto con nuestros aliados y reunirnos en una torre! Una vez que lo hagamos, ¡nos dirigimos a través de la puerta ya rota!”

“¡Que te den! ¿Quién dijo que podías hablar?”

“¡¿Has perdido tu ejército y ahora actúas como si estuvieras al mando aquí?!?”

Max y Ducky atacaron a Jin Mogis. Kikkawa tuvo algunas palabras para el hombre, pero fue arrastrado de vuelta a la formación contra su voluntad.

¡¿Esto otra vez?! ¡¿En serio?! ¡¿Voy a ser empujado aún más hacia adelante?! ¡¿Podrían darme un respiro?!

Kikkawa quería quejarse, pero recordó que alguien había dicho algo sobre que el juego se acababa en el momento en que te rendías. Espera, esto no era un juego. Era más serio e importante que eso. Lo cual era una razón más para no rendirse. No podía morir en medio de esta tontería.

No tengas miedo, cobarde.

Vamos a ver el fin del mundo juntos. Todavía no se ha acabado. No puedo morir hasta que termine. Sería una pena morir aquí.

0112A660. Era Feliz

Adachi se ajustó el puente de sus gafas de montura negra con el dedo corazón de la mano derecha.

Reunidos en la segunda torre de la Riverside Iron Fortress estaban los cuatro miembros del Equipo Renji, incluyendo a Adachi; Britney, la antigua jefa de la oficina del Cuerpo de Soldados Voluntarios, ya desaparecida; siete Wild Angels, lideradas por Kajiko; los seis miembros de los Tokkis; ocho personas de Iron Knuckle, incluyendo a Max y Aidan; once Berserkers, incluyendo a Ducky y Saga; tres soldados voluntarios que no pertenecían a ningún clan; y el comandante Jin Mogis del Ejército Fronterizo. Eran cuarenta y una personas en total.

Acababan de terminar de demoler el puente que conectaba esta segunda torre con la quinta, y otro que la conectaba con la sexta. Ahora no podrían pasar a ninguna otra torre a través de los puentes. Después de mirar a su alrededor, habían descubierto que ésta era la única torre en la que el enemigo no entraba por la planta baja. Por eso habían elegido reunirse aquí.

Habían tenido la opción de retomar la séptima torre y escapar por el pasaje subterráneo secreto del sótano, pero las torres novena y undécima, que estaban conectadas a ella por puentes, ya habían sido ocupadas. Aunque es probable que el pasaje secreto estuviera intacto,

nadie lo había confirmado. No tendría gracia que hubieran luchado por bajar hasta allí sólo para descubrir que el túnel de escape era ahora inutilizable. Iban a salir al patio desde la planta baja de la segunda torre, y luego se dirigirían a la puerta. Era la única opción.

“¿Pero va a funcionar?” Ron, un hombre con un corte rapado, murmuró para sí mismo.

“Si no lo hace, simplemente moriremos. Eso es todo.” Respondió Adachi, provocando un ceño exagerado.

“No digas esas cosas, hombre. Estás dañando nuestra moral.”

“Si no hubieras hecho una pregunta tan absurda en primer lugar, se deduce que nunca la habría comentado. En otras palabras, te equivocas. La culpa es tuya.”

“Si me preguntas, es tu culpa por ser demasiado sabio. *Todo* es culpa *tuya*.”

“No hay mucha lógica en ti, ¿verdad? Ni siquiera vale la pena discutir esto.”

“Déjame decirte que la lógica no lo es todo, ¿vale?”

“Ese sería el argumento de un perdedor que no puede pensar las cosas racionalmente, sí.”

“Oh, tengo *tantas* ganas de pegarte un buen puñetazo.”

“Si quieres hacerlo, entonces adelante. Haré que Chibi-san cure cualquier herida que me hagas. Tus acciones supondrían una carga

excesiva para nuestra pequeña sacerdote, pero no conseguirían nada más.”

“¡Sabes que no puedo causarle problemas a Chibi! Si dices eso, no puedo darte una paliza, ¡maldita sea!”

“Si esa es tu decisión, tendré que respetarla. Haz lo que quieras.”

Adachi volvió a ajustar la posición de sus gafas con el dedo corazón de su mano derecha. Ahora, Ron no era el único aquí que podía ser ruidoso y molesto. Mientras que los otros compañeros de Adachi, Renji y Chibi, eran especialmente silenciosos, la mayoría de los soldados voluntarios apiñados en esta apretada escalera se empujaban, bromeaban o contaban chistes estúpidos e historias soeces.

“Chibi.” Renji puso su gran mano sobre su pequeña cabeza. “¿Estás bien?”

“Sí...” Chibi respondió vacilante con un movimiento de cabeza, pero Renji no movió la mano.

Renji no era especialmente sociable, y había sido bastante frío con la ya fallecida Sassa. Pero cuando se trataba de Chibi, se notaba que confiaba implícitamente en ella. Siempre fue amable con Chibi.

Sin embargo, después de que dejaran el Continente Rojo para volver a Grimgar, Renji se había ablandado aún más con ella. A veces, la trataba casi como una mascota. Por un lado, a menudo le daba palmaditas en la cabeza. Es comprensible, dado lo acariciable que era, pero estaba exagerando. Sinceramente, era difícil de ver.

Si fuera cualquier otra persona que no fuera Chibi, Adachi le habría dicho que no la favoreciera tanto, pero sabía que a Chibi no se le subiría a la cabeza. Era una mujercita estoica. Siempre dura consigo misma, y poco exigente con los demás. Desde el principio, había tenido una fe ciega en Renji. Obviamente, sus sentimientos por él probablemente iban más allá. Adachi había acabado pensando que sus sentimientos merecían una respuesta, y deseaba su felicidad más que la de cualquier otra persona.

Aun así, cuando vio que Renji se preocupaba por ella de esa manera, la irritación empezó a nublar el corazón de Adachi.

¿Fueron los celos?

No cabe duda de que Adachi envidiaba a Chibi.

Se había dado cuenta de eso hace años.

Al principio, Adachi no había sido capaz de aceptarlo por sí mismo. *No. No es cierto. No puede serlo.* Había seguido negándolo hasta que no pudo más. Porque alguien se lo había señalado.

Fue en el continente rojo.

¿Por qué aquella vasta tierra al otro lado del mar azul tenía ese nombre? No era que el suelo fuera rojo, que los ríos corrieran rojos o que las hojas o los troncos de los árboles fueran rojos. Allí había una mayor variedad de razas que en Grimgar. La gente con cola, la gente de brazos largos, la gente de orejas altas, la gente de tres ojos, la gente de muchos ojos, la gente de cabeza de hierro, la gente peluda, la gente

de piel espinosa, la gente de huesos de pluma, la gente sin sombra, la gente con forma de bola, y más. Había todos estos grupos diferentes, como nada de lo que había visto u oído, y sin embargo todos se consideraban humanos. Había muchos países. Grandes y pequeños, demasiados para contarlos. Resulta que, hace algunos siglos, un gran emperador conocido como el Rey Rojo había reinado sobre todo el continente. Y de ahí vino el nombre.

Todo lo que vieron y tocaron allí fue nuevo para ellos. Pensando en ello ahora, el equipo Renji había actuado de forma inusual.

Una noche, habían estado acampando en el páramo. Adachi no podía dormir, como solía ocurrir, así que salió de su tienda para contemplar el cielo nocturno. Mientras lo hacía, Sassa le había llamado. Con una sonrisa, le dijo que ella tampoco había podido dormir.

“Lo llaman el Continente Rojo, pero la luna no es roja aquí, ¿eh? Aunque la luna que vemos en Grimgar siempre lo es.” Había dicho.

“¿Cuántas veces vas a sacar ese tema?” Había respondido con desprecio.

“Hey, Adachi.”

“¿Qué? ¿Por qué no te vas a dormir ya?”

“Tú...”

“Si tienes algo que decir, ¿podrías darte prisa ya?”

“Te gusta Renji, ¿verdad?”

“Bueno... a fin de cuentas somos camaradas.”

“No, no es así. *Te gusta*, no como persona sino como objeto de afecto. Me doy cuenta. Porque yo siento lo mismo.”

Pero él me gusta más, añadió con una sonrisa.

¿Por qué no había sido capaz de aceptarlo entonces?

“No podrías estar más equivocada...” Adachi había tratado de descartarlo como si fuera una broma. No, fue más allá. “No vuelvas a decir eso. O te haré pagar por ello.”

Se había enfadado. Adachi se había avergonzado. La había amenazado, como si le hubiera insultado de alguna manera. Pero no era eso.

“Lo siento, Adachi.” Se disculpó Sassa.

Le había hecho decir que lo sentía.

“No volveré a sacar el tema.”



No había ninguna conexión entre esa conversación y la forma en que perdió la vida en el Continente Rojo.

Había sido una ladrona. Como parte de su trabajo, había veces que tenía que actuar sola. Eso era algo que le parecía bien. *Me sentiría sola si estuviera siempre sola, pero a veces es bueno tener un tiempo a solas*, ella se había dicho.

En el Continente Rojo había un tipo de dragón llamado nihaloy. No eran tan grandes, pero eran inteligentes y podían cambiar de color para mezclarse con su entorno. Tendían a formar manadas y a acumular tesoros. Ella había salido a explorar uno de sus nidos y no regresó. No es que no pudiera, sino que no lo hizo, sospechó Adachi. Probablemente la habían detectado y herido en un ataque de los nihaloy. Pero si hubiera regresado al grupo, habría hecho caer a los nihaloy sobre ellos. Conociéndola, había decidido que no podía hacerles eso.

Cuando se hartaron de esperarla y cargaron contra el nido, tardaron no uno, sino dos días completos en encontrarla. Ya estaba muerta. En un estado irreconocible.

“Es mejor así.” Había dicho Ron, secándose las lágrimas de los ojos. “Ahora sólo la recordaremos como era cuando aún estaba viva.”

No fue mi culpa.

Eso es lo que pensó Adachi.

El hecho era que las probabilidades de que su intercambio con Adachi la hubiera llevado a la muerte eran nulas, o increíblemente cercanas a cero. Pero deseaba haber reconocido que ella tenía razón. ¿Qué habría perdido siendo sincero con ella? ¿Habría ido con el chisme? No. Podía decir eso con certeza. Ella no era de las que hacen eso.

No vuelvas a decir eso.

O te haré pagar por ello.

Adachi no debería haberle dicho esas cosas. No debería haberla obligado a disculparse con él. Pero incluso si Adachi no le hubiera mentido, ¿habría cambiado algo? De cualquier manera, ella habría muerto en el nido de nihaloy. De la misma manera. La habrían perdido sin importar lo que él hiciera, así que no necesitaba lamentarlo tanto. Y sin embargo, lo lamentó. Profundamente. ¿Por qué? Él tenía una teoría. Lo lamentaba por lo que significaba para él.

Debería haberse abierto a ella. Ella había visto a través de él. No tenía sentido que lo negara. Entonces, ¿por qué no salir y decirlo?

Sí, así es.

Así es. ¿Puedes culparme? He tratado de decirme a mí mismo que lo estaba imaginando. Lo he negado, diciendo: "No, no puedo sentirme así", innumerables veces. Pero es inútil. Los sentimientos no desaparecen. Son lo único de lo que no puedo deshacerme. Sí, tienes razón. Me gusta. Me gusta más de lo que sé manejar. ¿Soy raro?

Adelante, ríete de mí. No me importa. Yo también quiero reírme de mí mismo. La razón por la que quiero estar con él, con Renji, no es porque sea un importante camarada mío. No, debe ser porque lo quiero.

Ella no se habría reído. Él estaba seguro de que ella habría dicho: *No eres raro. No hay nada raro en ello.*

Tal vez él y ella habrían descubierto que tenían mucho en común. Renji era muy exigente. Si se iba a enamorar de alguien, no sería de uno de sus compañeros de viaje. Era del tipo que le gustaba compartmentar las cosas, decir que esto era esto, y aquello era aquello. Adachi nunca había esperado que Renji le correspondiera, obviamente, y tampoco Sassa.

Si Adachi no se hubiera mentido a sí mismo, tal vez podría haberse sincerado con ella. Podrían haber sido capaces de tener una auténtica conversación sincera sobre el tema. Podrían haber llegado a ser algo más que camaradas, verdaderos amigos.

No, no es eso. Ese no es el problema.

Adachi había querido compartir con alguien las emociones que había estado ocultando todo este tiempo. Ella le habría escuchado, pero le había faltado valor. Qué patético. Adachi había desperdiciado la oportunidad perfecta. Eso era lo único que lamentaba. Estos sentimientos no eran por su bien. Adachi ni siquiera tenía derecho a fingir que lloraba su muerte.

“Bueno, es momento de partir. ¿Están todos listos para irse, queridos?” La voz de Britney resonó en las escaleras de la segunda torre. Adachi no pudo verlo. Yendo de abajo hacia arriba, se ordenaron los grupos: Iron Knuckle, Britney, Jin Mogis, los Berserkers, las Wild Angels, el Equipo Renji, los Tokkis, y luego los tres soldados no afiliados. Adachi sólo podía ver hasta la mitad trasera de los Berserkers.

“¡Cuando quieras!”

“¡Estamos *listos*, sí!”

“¡Ah, sí!”

“¡Estoy aburrido! ¡Hagamos esto ya!”

“¡Eh!”

“Yayyyy.”

Al oír las enérgicas respuestas de los Tokkis por detrás de ellos, Ron gritó “¡Sí!” como el idiota que era, y los otros clanes también empezaron a exaltarse a su manera.

“¡Nosotros! ¡Somos! ¡Iron! ¡Knuckle!”

“¡Apástenlos bien, Berserkers!”

“¡Rahhhhhhhhhhhhhhh!”

“¡No mueran más, mis ángeles! ¡¿Entendido?!“

“¡Sí, señora!”

“¡Te queremos, Kajiko!”

“¡Las Wild Angels sí que están emocionadas!” Ron también estaba excitado, por alguna razón. Esa razón era que tenía a exagerar cuando había miembros del otro sexo cerca. No era popular entre las damas, pero le gustaban demasiado como para controlarse. Incluso había ido tras mujeres de piel espinosa y peluda en el Continente Rojo, sólo para terminar como siempre, rechazado. No era tanto que les cayera mal como que lo despreciaran. Era un tipo machista, con un corte rapado y una cara que daba miedo, pero algo debía delatar que, en el fondo, estaba demasiado desesperado por ello. Más de lo que debería ser humanamente posible. O, peor aún, era descaradamente obvio.

Renji se quedó en silencio. Aunque, uno podría leer eso como que él estaba tranquilamente hirviendo de entusiasmo. Estaba relajado. Como si no estuviera pensando en nada. Casi vegetativo, en cierto modo.

“Renji.” Adachi dijo su nombre.

“Sí.” Respondió Renji con voz grave, volviendo los ojos hacia el mago. “Dejaré que analices la situación. Tú das las órdenes.”

“Entendido.” Adachi mantuvo su respuesta lo más cortante posible. Le molestaba que el hecho de que le confiaran una tarea como ésta hiciera que su corazón se acelerara.

Haría lo necesario, como siempre.

Sassa.

A ella le había pasado lo mismo.

O tal vez había tenido la esperanza de algo. Si servía a Renji, esforzándose al máximo por el equipo, tal vez él le daría una oportunidad algún día. Aunque había pensado que era imposible, una parte de su corazón deseaba que sucediera. Rezaba por ello. Aunque fuera así, no podía burlarse de ella por ello.

“No dejaré que ninguno de nosotros muera.” Aunque sólo fuera de vez en cuando, Adachi a veces tenía sus propios sueños tontos. “Porque si perdemos incluso a uno de nosotros, mi propia supervivencia estará en riesgo.”

“¡Sí, eres bastante escuálido, después de todo!” Dijo Ron, dándole una palmada en la espalda a Adachi, lo que casi hizo que empezara a toser y a balbucear.

“*A ti* te usaré como peón de sacrificio si se da el caso.”

“Ve a por ello. Si crees que es lo que hay que hacer, dilo. Estoy más que listo.”

“¡Auhhh!” Chibi se estaba enfadando con Ron—una visión bastante inusual.

“C-Cierto...” Dijo, avergonzado, y bajó la cabeza mansamente. “Lo siento. Es que no podemos descartar...”

“Wuuuh.” Gimió Chibi.

“Lo siento, ¿vale? No debería haber dicho eso. Haré lo que pueda para que todos puedan salir de aquí con espacio de sobra.”

“Uuh...” Chibi sacudió la cabeza. Ron se rascó la cabeza.

“¿Eh? ¿Qué?”

“Está diciendo que, por mucho *que* lo intentes, está claro que eso no va a ser posible.” Explicó Adachi en su nombre, haciendo que Ron se pusiera rojo de ira.

“¡¿Qué?! ”

“No me grites. Chibi-san es la que no cree que estés a la altura.”

“¡Chibi es libre de pensar lo que quiera, pero no quiero oírlo de ti! ¡Ten cuidado con lo que sienten los demás, cuatro ojos!”

“¿*Cuatro ojos*? ”

Uno de los Tokkis golpeó la pared con su martillo de guerra. Era Tada, el sacerdote que no se comportaba como tal.

“¿Me dices algo, cerdo de mierda?”

“¡No estoy hablando contigo! ¡¿Y ‘cerdo de mierda’?! ¡¿Quieres pelear?! ”

“Con mucho gusto. Se que al final seré el que terminará en pie.”

“¡No, ese sería yo! ¡Obviamente ganaría! ”

“¡Es bueno ver que están llenos de energía! Es hora de que empiece la operación.” Gritó Britney. Ron y Tada enterraron al instante el hacha de guerra. La columna de tropas comenzó a moverse.

Ya habían examinado la situación de abajo desde el puente. El patio de la fortaleza estaba prácticamente lleno de extraños humanoides negros y de cosas negras que se arrastraban y que no habían conseguido tomar forma humana. Los soldados voluntarios iban a abrirse paso a través de esas criaturas negras hostiles hasta la puerta principal rota. Una vez que estuvieran fuera de la Riverside Iron Fortress, el Lonesome Field Outpost estaba a unos diez kilómetros al noreste. En cuanto a los lugares de los alrededores a los que podían huir, el Wonder Hole —que no estaba lejos de allí— era lo único que les quedaba.

Difícilmente podría llamarse seguro, pero el Wonder Hole era tan vasto —o largo y profundo, más bien— que nadie se acercaba a conocer toda su extensión. Se decía que llegaba hasta el extremo norte. El Wonder Hole también se conectaba a la superficie en otros lugares, por lo que podían utilizarlo para huir lejos. O al menos, no sería imposible para ellos.

Además, el Wonder Hole estaba conectado con otros muchos mundos. Era peligroso, porque los residentes de esos mundos a veces también se adentraban en éste, pero si la situación lo requería, evacuar a otro mundo no sería impensable.

También había soldados voluntarios que no habían vuelto de explorar el Wonder Hole. Si su grupo pudiera unirse a ellos, eso sería especialmente tranquilizador.

Sinceramente, los soldados voluntarios se encontraban en una situación en la que sus únicas opciones eran el optimismo fantasioso o la desesperación absoluta. Algunos de ellos debían estar deprimidos, o cediendo a la desesperación. Aun así, todos habían conseguido trabajar juntos, y estaban a punto de embarcarse en la que podría ser su última batalla.

A pesar de ser uno de ellos, a Adachi nunca le habían gustado mucho los soldados voluntarios, en general. Sin embargo, dejando a un lado sus preferencias personales, todos los supervivientes que estaban aquí con ellos eran camaradas. Si no reunían todas sus fuerzas, ninguno de ellos iba a llegar al Wonder Hole. Al menos de momento iba a tener que pensar en los soldados voluntarios, y en los antiguos soldados voluntarios como Britney, como parte de su equipo.

“¡Nos vamos!” Gritó ‘Uno a Uno’ Max de Iron Knuckle.

Mientras Adachi seguía a Renji por las escaleras, había un hombre en su mente. Jin Mogis. El general pelirrojo que había traído refuerzos desde el continente del Reino de Arabakia, al sur de las montañas Tenryu.

Increíblemente, había conseguido retomar Alterna después de que hubiera caído en manos de la Expedición del Sur. Pero lo que realmente había sorprendido a los soldados voluntarios fue el repentino

giro que dio al firmar un pacto de no agresión con los goblins de Damuro después de haberlos expulsado.

Adachi también se había sorprendido un poco, pero también pensó: *Nunca me di cuenta de que era una opción.*

La mayoría de los soldados voluntarios tenían experiencia en la masacre de goblins en la Ciudad Vieja de Damuro, por lo que tendían a tener una visión prejuiciosa de ellos. Partían de la base de que los goblins eran criaturas inferiores y brutas, por lo que no podían hablar con ellos.

Pero por lo que había oído desde entonces, no era la primera vez que había un acuerdo entre humanos y goblins.

Fue hace casi 140 años, en el año 521 del calendario del reino. La Alianza de Reyes liderada por el Rey Sin-Vida tomó la ciudad más meridional del Reino de Arabakia, Damuro.

Había sido el último refugio de la humanidad, y con ese último salvavidas cortado, no les quedaba ningún lugar donde pudieran resistir. Se vieron obligados a retirarse por completo más allá de los montes Tenryu, por lo que Damuro pasó a ser propiedad de los goblins. Por amargura, el pueblo de Arabakia llegó a llamar a las tierras al norte de los montes Tenryu la frontera, y a las tierras al sur de ella la tierra firme.

Sin embargo, treinta y tantos años después, en el año 555, el Reino de Arabakia volvió a la frontera.

En ese momento, la frontera se había reducido al caos debido a acontecimientos como la muerte del Rey Sin-Vida, pero incluso si se tiene en cuenta eso, la cabeza de puente que el reino construyó seguía estando demasiado cerca de Damuro. Sólo les separaban cuatro kilómetros. Era prácticamente un tiro de piedra. Esa fue la fortaleza que se desarrolló en Alterna.

Los goblins deben haber sido comprados por el Reino de Arabakia. Si no, no habrían pasado por alto la construcción de Alterna.

Tal y como lo veía Adachi, para un continental como Jin Mogis, hacer las paces con los goblins no era una idea tan descabellada. Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. El hombre tenía la capacidad de tomar decisiones y ponerlas en práctica. También era un comandante capaz, y también ambicioso.

Jin Mogis apareció como líder de la fuerza expedicionaria del Reino de Arabakia. Pero ya no era un general del reino. Había tomado sus fuerzas y se había separado del Reino de Arabakia. Adachi había oído que, tras reorganizar a sus hombres en una nueva fuerza independiente, los había rebautizado con el nombre de Ejército Fronterizo, y había asumido el título de comandante para sí mismo. Puede que sólo se abstuviera de llamarse rey porque en realidad era más bien el alcalde de Alterna y el jefe de su fuerza de defensa. Aun así, era el amo de una nación, por pequeña que fuera. O lo *había* sido.

Había abandonado su castillo y sus hombres, huyendo solo. Al parecer, al principio iba a caballo, pero cuando llegó a la Riverside Iron

Fortress iba a pie. Uno esperaría que un hombre que huye en desgracia tuviera un aspecto más cabizbajo, pero no él. Había dado órdenes a los soldados voluntarios como si no se sintiera culpable de lo sucedido, y a pesar de su desprecio por él, no le habían ignorado ni le habían expulsado. En cierto modo le habían aceptado.

Jin Mogis no era en absoluto un camarada. El hombre tiraría cualquier cosa y a cualquiera para salvar su propio pellejo. No era tanto un operador maquiavélico como un auténtico psicópata.

¿Cuál era su plan aquí?

Conseguir peones de sacrificio.

Dicen que un capitán se hunde con su barco, pero ese hombre fue el primero en huir de su propia ciudad, Alterna. Dejó morir a sus hombres. Peor aún, incluso podría haberlos usado como cebo para el enemigo. Sacrificándolos para salvarse a sí mismo.

En ese caso, ¿los soldados voluntarios iban a ser sus nuevos peones? ¿Exactamente cómo iba a conseguirlo?

Adachi no lo sabía, pero desconfiaba. Sin duda, ese hombre iba a intentar hacer algo. Lo mejor era suponerlo.

Renji y Ron estaban casi al final de las escaleras, a punto de salir de la segunda torre.

“¡Vamos!” Gritó Ron mientras salía a la carrera. Renji ni siquiera parecía estar corriendo. Salió por la puerta, llevando la espada de Ish Dogran como si fuera ligera.

Adachi y Chibi también entraron en el patio. Apenas sintió el frío del aire de la noche. Los soldados voluntarios ya estaban luchando violentamente con el enemigo. La oscuridad. En el interior de la torre había muchas linternas, pero en el patio sólo había hogueras de vigilancia encendidas aquí y allá, y éstas debían de haber sido derribadas por los invasores negros, porque no quedaba ni una sola a la vista. La luz de los fuegos de vigilancia de las torres y de la fortaleza apenas llegaba al patio.

“¡Enciéndanlas!” Gritó alguien.

¿Era Max de Iron Knuckle? Al instante, se lanzaron cuatro o cinco varillas luminosas. Eran varillas que si se introducía uno de sus extremos y se quitaba la vaina que las cubría, ardían durante unos dos minutos, proporcionando luz. Las fabricaban los gnomos que vivían bajo las montañas Tenryu, y las llevaban los mercaderes de Alterna especializados en este tipo de artículos. Antes habían sido caros, a pesar de ser de un solo uso, pero ahora no se podían comprar por cualquier precio. Eran así de valiosas.

Las barras luminosas mejoraron un poco la visibilidad. Iron Knuckle y los Berserkers se formaron en una sola masa, y parecía que estaban logrando empujar hacia la puerta principal. Max y Ducky iban a la cabeza, con Britney justo al lado de ellos, blandiendo su espada como si estuviera bailando, con el cabello suelto detrás de él. Kajiko y los Wild Angels también los seguían.

“¡Vamos a tomar la izquierda!” Tokimune declaró mientras corría junto a Adachi. Probablemente quería decir que los Tokkis iban a apoyar el flanco izquierdo del grupo de cabeza, por lo que quería que el Equipo Renji se encargara de la derecha.

“¡Renji, ve a la derecha!” Gritó Adachi, pero Renji y Ron ya se dirigían en esa dirección. Chibi se mantenía cerca de Adachi, pero pronto se puso en marcha tras Renji y Ron, que se encontraban bloqueados por el enemigo y no podían avanzar como querían.

“¡Uf, maldita sea! ¡Estos tipos son un maldito dolor!”

Ron utilizaba una gran espada que parecía un cuchillo de carnicero aumentado cinco o seis veces su tamaño habitual. Podía cortar la mayoría de las cosas, pero no las criaturas negras hostiles. No podía atravesarlas, por mucho que lo intentara, así que Ron se había rendido y había optado por acribillarlas o hacerlas volar.

No importaba cuántos derribaban, las criaturas negras hostiles seguían corriendo hacia ellos una tras otra. Ningún movimiento de su espada podía hacer mella en su número. Eso tenía que ser agotador y frustrante. La tensión era intensa. Sin embargo, no tenía más remedio que continuar. Tenía que seguir haciéndolo o no sería capaz de dar un solo paso adelante.

Pero parecía que Renji lo estaba pasando peor.

Renji prefería usar la espada de un solo filo que una vez perteneció a un orco llamado Ish Dogran. Era una obra maestra, varias veces más

afilada que el arma de Ron. Sin embargo, todo ese maravilloso filo no significaba nada aquí. Contra las hostiles criaturas negras, incluso una espada tan extraordinaria como aquella no era muy diferente de un garrote de hierro.

Además, a diferencia de Ron, que trataba de dominar a sus oponentes con pura fuerza, Renji era mucho más hábil. Si tuvieras que convertir su fuerza física en un valor numérico, la de Ron sería mayor que la de Renji. Puede que Ron no fuera el más alto de los dos, pero tenía una cantidad anormal de músculos. Y sin embargo, si entraran en un concurso de fuerza, Renji saldría victorioso. Ron usó el cien por cien de lo que tenía. Renji, por su parte, usaba más bien el noventa, pero utilizaba la delicadeza para convertirlo en el ciento diez. Sin embargo, ahora incluso Renji se estaba viendo obligado a manejar a las hostiles criaturas negras de la misma manera que Ron.

No, ¿había algo más?

Por lo que Adachi pudo ver, las criaturas negras hostiles parecían abalanzarse sobre Renji con más fuerza que sobre Ron. Sencillamente, Renji tenía más enemigos —un mayor número de ellos— a los que enfrentarse que Ron.

Empezaba a parecer menos que Ron estuviera rechazando a las criaturas que venían hacia él, y más que estuviera defendiendo a parte del enjambre que perseguía a Renji. Ron estaba ayudando a Renji.

“¡¿Están apuntando a Renji?!”

Adachi se ajustó las gafas con el dedo corazón de la mano derecha. El Equipo Renji se había quedado atascado a unos cinco o seis metros de la segunda torre. Iron Knuckle, los Berserkers, las Wild Angels y los Tokkis les estaban dejando atrás. Estaban inundados de enemigos. Las criaturas negras hostiles se abalanzaron sobre ellos desde todos los lados. Sin embargo, a pesar de ello, Adachi no percibía mucho peligro para sí mismo. ¿Era porque Chibi le protegía? Sí, Chibi estaba golpeando con su bastón de combate a las criaturas y haciéndolas retroceder. Pero, ¿estaba ahuyentando a los enemigos que se acercaban a ellos? No, estaba disparando a las criaturas que intentaban pasar por delante de ella, ¿no es así?

Así que en efecto, ella no estaba realmente protegiendo a Adachi. Ella también estaba ahuyentando a algunas de las criaturas negras que apuntaban a Renji...

En resumen, Chibi también estaba ayudando a Renji.

“¿Por qué...?”

Adachi lo pensó. Era todo lo que podían hacer en ese momento. Estas hostiles criaturas negras no sólo eran inmunes a los cortes, sino que también parecían impermeables a la magia. Incluso si los efectos secundarios —por ejemplo, una onda expansiva de una explosión mágica— podían hacerlas volar, se arriesgaban a herir a sus propios aliados en el proceso. Como mago, era prácticamente un peso muerto. Así que necesitaba al menos pensar. Su cabeza. Tenía que usar su cabeza.

¿Por qué las criaturas negras tenían como objetivo a Renji?

¿Qué buscaban?

No parecía que hubiera ninguna pista con la que trabajar.

Ahora no es el momento de rendirse. Sigue pensando, se dijo a sí mismo. *Las respuestas no son fáciles de encontrar. Hay que seguir pensando hasta encontrarlas. Míralo desde varios ángulos. Tienen como objetivo a Renji. ¿Sólo se centran en Renji? El enemigo. Esas criaturas negras hostiles. ¿Qué son, para empezar?*

Esas cosas no habían atacado Riverside Iron Fortress hasta después de que Jin Mogis huyera aquí. Por lo que había contado a los soldados voluntarios, los misteriosos enemigos habían aparecido en las afueras de Alterna esta mañana, antes del amanecer. El Ejército Fronterizo defendió la ciudad, mientras Shinohara conducía a Orion a través de la puerta sur, y luego desapareció. Finalmente, Alterna fue rodeada, y el enemigo empezó a entrar poco a poco en las murallas. Sin otra opción, el Ejército Fronterizo intentó evacuar la ciudad, pero perdió muchos hombres en el proceso. Finalmente, sólo Jin Mogis consiguió llegar a Riverside Iron Fortress. Justo después de que lo hiciera, el enemigo también invadió la fortaleza.

Por lo que parece, el enemigo perseguía a Jin Mogis. Las Wild Angels, que estaban de guardia en la puerta en ese momento, le dejaron entrar, y luego cerraron inmediatamente las puertas, contenido al enemigo. Eso era lo que le habían dicho a Adachi, y era la razón por la

que muchos soldados voluntarios creían que Jin Mogis les había traído al enemigo.

En otras palabras, el enemigo también había estado apuntando a Jin Mogis.

¿Dónde estaba ahora?

Allí. En medio del grupo de cabeza. No estaba al frente. Ese hombre se había puesto justo en el medio.

Los enemigos también los acosaban.

Pero no era que el enemigo estuviera apuntando al grupo líder. Era que el objetivo del enemigo, Jin Mogis, estaba en el centro del grupo líder. Por eso estaban siendo acosados.

Entonces, estaba obligando al grupo líder a defenderlo, ¿no es así?

¿Por qué el enemigo iba tras Jin Mogis y Renji?

“¡Renji! ¡¿Ahora qué?!?” Gritó Ron mientras lanzaba una criatura negra al aire.

Aragarfald. La carta de triunfo de Renji. Podría usar el poder de su reliquia para salir de esta situación.

Renji no respondió. Se limitó a seguir blandiendo la espada de Ish Dogran en silencio. Si no lo rechazaba de plano, entonces debía estar indeciso sobre qué hacer.

“¡Renji y su equipo se están quedando atrás!” Esa era la voz de Britney. Sonaba distante. Ahora había más de diez metros entre la vanguardia y el Equipo Renji. Posiblemente más cerca de veinte.

El grupo de cabeza intentaba abrirse paso en un espacio entre dos torres. Estaban casi en la puerta principal.

Jin Mogis. Adachi no pudo evitar concentrarse en ese hombre. Puede que no fuera el momento, pero se encontró incapaz de mirar a otra parte.

¿Estaba siendo irracional? Si es así, Adachi debería reconsiderar lo que estaba haciendo. Dejar de obsesionarse con ese hombre. Centrarse en el Equipo Renji. Necesitaba olvidar a Jin Mogis por el momento.

“Nostarem sanguis sacrifici.”

Fue entonces cuando Jin Mogis hizo su jugada. ¿Qué idioma era ése? Las palabras no le resultaban familiares, pero a Adachi le sonaban a latín.

¿Qué era el *latín*?

No lo sabía. ¿Era algún tipo de hechizo? ¿O tal vez una palabra clave? Fuera lo que fuera, provocó que algo sucediera.

Iron Knuckle, los Berserkers, las Wild Angels, los Tokkis, Britney y todos los demás se derrumbaron al mismo tiempo.

No, eso era lo que parecía. No es que todo el grupo de cabeza cayera al suelo simultáneamente. Algunos cayeron, otros cayeron de espaldas,

mientras que muchos consiguieron mantenerse en pie, pero de forma inestable. ¿Habían sido golpeados por algo? ¿Era algún tipo de magia? Se habría esperado un grito o dos si ese fuera el caso, pero ninguno de ellos había gritado así. Todo lo que Adachi escuchó fueron pequeños gruñidos y gemidos como “Agh...” y “Urk...” ¿Se habían mareado de repente? ¿O les habían fallado las piernas? ¿Se habían quedado sin fuerzas de alguna manera? ¿Qué había pasado? Fuera lo que fuera, *algo* les había pasado.

Ese hombre era la única excepción.

Sólo un hombre, el pelirrojo de la capa negra, Jin Mogis, estaba de pie.

Los soldados voluntarios del grupo de cabeza —ahora sentados, tumbados en el suelo o encorvados, apenas capaces de mantenerse en pie— parecían estar envueltos en una tenue niebla, o quizás en una neblina de calor.

¿Qué fue eso?

¿Y por qué Jin Mogis estaba completamente bien?

Bueno, esa parte era obvia.

Era porque él era el responsable. ¿Qué había hecho? Eso no estaba claro, pero cuando cantó “nostarem sangui sacrifici”, había hecho algo.

Jin Mogis absorbió la niebla o bruma en un abrir y cerrar de ojos. Se desvaneció en un instante. ¿Se había metido todo dentro de él? ¿Lo había absorbido el hombre? Si era así, eso significaba...

¿Qué?

¿Qué significaba todo esto? ¿Qué demonios estaba pasando?

Adachi no lo entendía. Le costaba poner en orden sus pensamientos. Jin Mogis había hecho *algo*, y había hecho que el grupo de cabeza no pudiera luchar. Tras separarse de la manada, el Equipo Renji —incluido Adachi— seguía bien. Pero las criaturas negras hostiles no habían dejado de moverse. Su ataque era implacable.

‘Uno a Uno’ Max y Aidan de Iron Knuckle habían estado en el frente con ‘Diablo Rojo’ Ducky de los Berserkers. Max y Ducky eran los líderes de sus respectivos clanes, y se habían encargado de liderar la carga, apartando uno tras otro a los enemigos negros que se acercaban. Habían luchado más que nadie en la vanguardia, haciendo gala de su poderío varonil, ganándose el respeto de sus compañeros al protegerlos, y manteniendo así unidos a sus clanes de mentalidad marcial. Era impensable que tales hombres fueran abatidos tan fácilmente. Naturalmente, la victoria y la derrota formaban parte de la vida de un guerrero. Incluso Max y Ducky, excelentes como eran, podían verse derrotados si su suerte se torcía. Pero incluso si eso ocurriera, habrían caído en una muestra heroica de valor tras una intensa lucha.

Sin embargo, Max y Ducky simplemente habían agachado la cabeza, cayendo de rodillas. Entonces las hostiles criaturas negras se abalanzaron sobre ellos en un instante. Simplemente habían sido

engullidos. Incapaces de resistir. Incapaces de huir. Desaparecieron en un segundo.

Lo mismo ocurrió con Aidan y los demás miembros de Iron Knuckle y los Berserkers en la vanguardia del grupo de cabeza. Varias Wild Angels de la retaguardia también habían sido eliminadas.

Los Tokkis estaban ligeramente separados de los demás, en su flanco izquierdo. Tal vez por eso varios de ellos aún podían resistir la ola negra.

En cualquier caso, Adachi había visto definitivamente a Max, Ducky y Aidan ser engullidos por el enemigo. Los dos líderes de clan habían sido la fuerza motriz del grupo líder. Ahora habían perdido a ambos al mismo tiempo.

Esto es malo. Podemos estar jodidos.

Justo cuando Adachi estaba pensando eso, sus enemigos, esa ola negra, se dispersaron en todas direcciones.

“¿Qué...?” Gritó Renji mientras obligaba a las criaturas negras hostiles a alejarse con la espada de Ish Dogran.

¿Qué está pasando? Averiguar la situación e informar. Eso era lo que Adachi tenía que hacer, pero realmente no lo entendía.

Las hostiles criaturas negras se habían tragado a Max, Ducky y muchos otros, y en estos momentos estaban devorando al grupo de cabeza.

Ahora se dirigían hacia Britney. Pero mientras Adachi observaba, las criaturas fueron derribadas.

¿Qué fue eso?

¿Lo hecho Britney por su cuenta?

No.

Probablemente no.

“¡Urgh!”

Britney intentó levantarse de nuevo, pero cayó de espaldas una vez más. Su cuerpo no seguía sus órdenes. Probablemente también les ocurría lo mismo al resto de los soldados voluntarios. Jin Mogis había hecho algo, y los había dejado a todos enervados. Algunos habían intentado blandir sus armas, pero estaban encorvados como si se hubieran convertido de repente en ancianos débiles. No podían presentar una pelea adecuada de esa manera. Sin embargo, la agresividad de las criaturas negras hostiles había disminuido claramente. Además, ese hombre había desaparecido. La figura clave en todo esto, Jin Mogis, no aparecía por ningún lado.

“¡Qué...!” Los ojos de Adachi se abrieron de par en par mientras miraba a su alrededor.

Algo se estaba moviendo. Rápido. Increíblemente rápido.

No era pequeño. Era bastante grande, en realidad. ¿Qué estaba haciendo? ¿Saltando de un lado a otro alrededor del grupo líder? Había

un constante clamor de sonidos silbantes y fuertes impactos. No podía ver claramente lo que estaba haciendo. Era demasiado rápido para eso. O tal vez *eran* demasiado rápidos. Puede que fueran varias cosas, no sólo una.

Eso, o ellos, estaba dispersando a las criaturas negras hostiles. Se estaba formando un camino hacia la puerta principal. El espacio se había llenado de enemigos negros hace un momento, pero ahora se estaban separando. El flujo había cambiado.

El enemigo seguía apuntando a Renji, así que la situación del Equipo Renji no había cambiado mucho. Sin embargo, la presión sobre ellos había disminuido un poco, aunque no era un cambio masivo.

Las criaturas negras hostiles estaban siendo exterminadas por alguien que se movía más rápido de lo que el ojo podía seguir, y el centro de la acción se estaba alejando del grupo líder, hacia la puerta principal.

“Lo que significa...”

No tenía ninguna prueba definitiva debido a los límites de su visión, pero en esta situación no la necesitaba para estar seguro de que tenía razón. El cerebro de Adachi había unido las piezas.

“¡Ese es Jin Mogis!”

Jin Mogis había hecho algo cantando “*nostarem sangui sacrifici*”. Eso fue lo que había hecho colapsar al grupo líder. Varios de ellos habían caído en manos del enemigo, pero sus acciones habían hecho

algo más que poner en peligro a los soldados voluntarios. Probablemente ese no había sido su objetivo. A cambio de ponerlos en peligro, Jin Mogis había ganado poder. Un poder especial que le permitía moverse a velocidades inhumanas, acribillando a las criaturas negras hostiles.

Seguía siendo difícil de creer, pero por el momento lo mejor era dejar de lado sus sentimientos de sorpresa, así como su sentido común sobre cómo funcionaban las cosas, y llegar a una conclusión basada puramente en los hechos. No podía dejar que sus pensamientos se vieran entorpecidos por argucias como: *No, eso no puede ser. No es posible que haya hecho eso. Es imposible.*

Además, Adachi sabía que había una forma —o un tipo de equipo, más bien— que permitía a la gente hacer cosas que parecían imposibles.

“¡Reliquias!”

En ese momento, todo encajó. Una reliquia. Jin Mogis tenía una reliquia y la había utilizado.

Las reliquias tenían una gran variedad de formas y tamaños, pero algunas de ellas podían hacer cosas increíbles. Con la reliquia adecuada, podías hacer lo imposible.

Además, las criaturas negras hostiles habían estado tras Jin Mogis. Al igual que iban tras Renji. Por una reliquia. Renji también tenía una reliquia. Llevaba Aragarfald. Esas dos reliquias eran la clave aquí.

“¡Renji, abandona Aragarfald!”

Adachi podría haber pedido algo poco razonable. Aragarfald cubría el torso, los brazos y las piernas de Renji. Pero no era como una armadura normal, que habría tenido broches por todas partes.

El propietario original de Aragarfald había sido un guerrero aberrante, el terrorífico demonio de la espada Arago, que había medido más de dos metros. Esa era una enorme diferencia de altura con respecto a Renji. Y sin embargo, algo sorprendente había ocurrido cuando Renji se acercó a los restos del demonio después de matarlo. La armadura que llevaba se había desprendido de su cuerpo y se arrastraba hacia Renji. Adachi y el resto del grupo le habían advertido que se alejara de ella, pero Renji no les hizo caso. La armadura del demonio de la espada se había movido como si estuviera viva, despojando a Renji de su otra armadura. Renji no se había puesto Aragarfald. La armadura demoníaca se había envuelto en él como si poseyera voluntad propia y estuviera eligiendo un nuevo dueño para sí misma.

Si Renji daba la orden, Aragarfald se desprendería de él. Dicho esto, ahora estaban en medio de una batalla. ¿Qué clase de idiota se quitaría la armadura en medio de la batalla?

“¡Ron!” Gritó Renji, barriendo a las criaturas negras hostiles con la espada de Ish Dogran y saltando hacia atrás. “¡Cúbreme!”

“¡Sí, a la orden!”

Ron se puso delante de Renji. A veces Ron hablaba de “quitarse el limitador”. Según él, había un interruptor dentro de su cabeza rapada. Normalmente estaba encendido, pero una vez que lo apagaba, se volvía totalmente loco.

“¡Urah, urah, urah, urah, urah, urah, urah, urah, urah, urahhh!” Ron blandió su gran espada como si fuera un palillo. Sin embargo, no hace falta decir que su gigantesca cuchilla *no era*, de hecho, un palillo. Una vez que un objeto comenzaba a moverse en una dirección específica, la inercia entraba en juego y se necesitaba una cantidad considerable de fuerza para detenerlo. Básicamente, en circunstancias normales, una vez que una enorme espada como esa empezaba a oscilar, tenía que hacerlo hasta el final. Para detenerla antes de que terminara de oscilar, era necesario que el que la empuñara se esforzara mucho. Así es como debería haber sido, pero con su limitador eliminado, Ron debe haber sido capaz de desatar increíbles ráfagas de fuerza o algo así. Fuera como fuera, era capaz de balancearse con una fuerza inhumana, detener su espada, saltar, balancearse hacia abajo, detenerse y volver a saltar. Todo esto a velocidades aterradoras.

Ron cerraba los ojos cada vez que lo hacía. No miraba a sus oponentes, a sus objetivos. Se limitaba a golpear al azar. Golpeaba y golpeaba, esperando tener suerte. Eso significaba que el enemigo podía mantenerse fuera de su alcance. Simplemente se alejaba de él. No importaba lo poderoso que fuera si no podía golpearlos. Si sus oponentes podían entender eso, entonces Ron liberando su limitador

hacía poca diferencia. Podía funcionar si les pillaba por sorpresa, pero más allá de eso no servía de nada más que para intimidarles.

Pero las criaturas negras hostiles cayeron en la trampa. Muchos de los enemigos tenían formas humanoides. También se movían de forma similar a los humanos. Pero algunos de los enemigos eran diferentes. Había unas criaturas con forma de babosa, o quizás de serpiente. ¿Qué eran? Era una incógnita total, pero aparentemente no tenían la capacidad de detectar una amenaza y apartarse del camino.

El enemigo cargó inmediatamente contra Ron cuando se puso delante de Renji. ¿Atacar a Renji era lo único que tenían en mente? ¿O no pensaban en absoluto? En cualquier caso, serían una presa ideal para Ron con su limitador eliminado. Todas las criaturas negras hostiles fueron enviadas a volar por el enorme cuchillo de carnicero de Ron. No podía mantenerlo por mucho tiempo, pero sería suficiente.

“¡Aragarfald!” Ordenó Renji, golpeando un puño en su peto. Fue casi instantáneo. Renji no se quitó a Aragarfald. Más bien parecía que la armadura demoníaca estaba abriendo sus ominosas fauces y expulsando a Renji de su interior.



Ahora Renji sólo llevaba la ropa que había estado bajo su armadura. Aragarfald estaba detrás de él, arrodillado. Parecía casi un caballero sin cabeza, un dullahan.

“¡Whoa!” Ron saltó a un lado y rodó. Debía estar al límite de su aliento y resistencia.

“¡A la puerta!” Adachi gritó y comenzó a correr.

Renji saltó hacia Ron y lo puso en pie. Chibi también lanzó algún tipo de hechizo sobre Ron.

Las cosas fueron como Adachi había esperado. Las hostiles criaturas negras no se interpusieron en el camino del Equipo Renji. Por un momento, se volvió a mirar a Aragarfald. El enemigo estaba pululando sobre la armadura demoníaca. Como había pensado, eran las reliquias. Todavía no tenía ni idea de qué eran esos enemigos, pero iban detrás de las reliquias.

“¡¿Qué pasa con ellos?!?” Gritó Ron. Debía de referirse a los miembros del grupo de cabeza, que estaban encorvados o tumbados en el suelo.

Renji se apresuró a acercarse a una soldado voluntaria que apenas lograba mantenerse en pie.

“Kajiko, ¿puedes moverte?”

“Renji... ¡No necesito tu preocupación!” La líder de las Wild Angels comenzó a dar órdenes a las otras soldados voluntarias.

Britney miraba al cielo. “¡¿Qué demonios ha pasado?!?”

“¡No importa! ¡Dirígete a la puerta!”

Mientras Renji les gritaba, Britney y los demás soldados voluntarios ayudaron a sus compañeros a ponerse en pie, animándose mutuamente mientras intentaban reagruparse. Sin embargo, sus movimientos seguían siendo notablemente lentos. Eran soldados voluntarios de élite. Todos ellos habían pasado por batallas realmente difíciles. Incluso los magos como Adachi, aunque no estuvieran hechos para el combate cuerpo a cuerpo, tenían la resistencia necesaria para seguir caminando toda la noche y todo el día. O deberían haberlo hecho. Ahora todo eso había desaparecido.

¿Quizás se las habían robado? Parecía que Jin Mogis seguía corriendo a supervelocidad, eliminando a las criaturas negras hostiles. La visión cinética de Adachi no era lo suficientemente buena como para captarlo. Sin embargo, había enemigos que no formaban parte del enjambre que perseguía a Aragarfald, y seguían moviéndose en una dirección, y luego cambiaban para dirigirse a otra. Parecía que estaban confundidos, y no que estuvieran deambulando. Mientras tanto, los impactos explosivos seguían sonando por todas partes, y cada uno de ellos hacía volar a otra criatura negra hostil.

“¡El enemigo no vendrá por nosotros!” Dijo Adachi, levantando la voz. Sonaba extrañamente estridente, pero ¿qué le importaba? “¡Deprisa! ¡Lleguen a la puerta! ¡Sigan moviéndose!”

Renji, Ron, Chibi, y varios de los Tokkis —todos los de su bando que aún podían moverse libremente— estaban ayudando a sus compañeros. Adachi también lo hacía. Prestaba su hombro a un soldado voluntario, lo hacía caminar y luego le daba el empujón que necesitaba para empezar a correr.

El Equipo Renji era más importante que nada para Adachi. Valoraba a Renji, Ron y Chibi por encima de sí mismo, y no quería perder a otro miembro del equipo nunca más. Sinceramente, deseaba poder centrarse sólo en su propio grupo. Pero dicho esto, no podía dejar morir a los otros soldados voluntarios aquí. Eso estaría mal.

No por humanidad o por un sentido de camaradería. Adachi no era tan emocional. Renji se había quitado Aragarfald por él sin cuestionarlo. Se había alegrado tanto de verlo que casi lloró. Tal vez realmente lloró un poco. Ahora, era él quien se emocionaba. Esto era diferente. Adachi sólo miraba a los otros soldados voluntarios como activos potenciales en el combate. No hace falta decirlo, pero más es siempre mejor cuando se trata de la batalla. Cuantos más soldados voluntarios salieran por la puerta principal, más brillantes serían sus perspectivas en el futuro. Quería asegurarse todo el potencial de combate que pudiera. Así que esa era la única razón por la que estaba haciendo esto.

Los supervivientes estaban por fin a punto de atravesar la puerta. Puede que Adachi no estuviera en la vanguardia, pero estaba cerca del frente. Había varias antorchas colocadas en lo alto de las paredes que

rodeaban la puerta principal. Gracias a ellas, Adachi podía ver más o menos cómo era la situación en la zona.

La puerta principal, que se había abierto por la fuerza hacia el interior, seguía atestada de criaturas negras hostiles, y cada vez se apresuraban más.

¿Se suponía que los soldados voluntarios iban a atravesar eso? ¿Era siquiera posible? Adachi no podía imaginar que lo fuera. No, no era sólo él. Ninguno de ellos podía. Y sin embargo, los supervivientes seguían corriendo de cabeza hacia la puerta. ¿No estaban siendo imprudentes? Esto era un suicidio. ¿No había otro camino? Adachi lo cuestionó, pero los supervivientes no se detuvieron. Y estando en medio del flujo del momento, Adachi tampoco podía.

No es que Adachi se haya olvidado de Jin Mogis. ¿Qué estaba haciendo ahora? Todo esto era culpa suya, ¿no? Adachi estaría resentido con el hombre para siempre después de lo que había hecho. No, no se podía esperar nada de él. Parecía poco probable que Jin Mogis hiciera algo que pudiera hacer que las cosas cambiaran a mejor.

Por eso lo que ocurrió a continuación le pilló por sorpresa. Una figura humanoide pasó entre los supervivientes a una velocidad increíble y luego cargó contra la puerta principal. Hizo saltar por los aires a todas las criaturas negras hostiles que habían estado bloqueando la puerta mientras entraban, empujándolas de nuevo hacia fuera.

Como si tuvieran un rumbo fijo, los supervivientes corrieron por la puerta principal. Algunos de ellos se sorprendieron, y Adachi incluso

soltó un “¡¿Qué?!”, pero siguieron corriendo hasta llegar al exterior. La oscuridad se extendía ante ellos.

El viento era bastante fuerte. Los cielos, nublados. Todavía faltaba mucho para el amanecer, y la luna roja y las estrellas no se veían por ninguna parte. Grimgar estaba cubierto por una oscuridad impenetrable, demasiado espesa para que las luces de Riverside Iron Fortress pudieran atravesarla.

Adachi desenfundó el bastón corto que colgaba de su cadera y comenzó a dibujar sigilos elementales frente a él.

“Delm, hel, en, trem, rig, arve.”

Una sola línea de llamas se elevó, extendiéndose hacia la oscuridad. No era sólo la oscuridad de la noche la que se extendía ante los supervivientes. Sin duda, toda la zona también estaría inundada de criaturas negras hostiles. Sin embargo, Adachi no había utilizado el hechizo Firewall para atacarlas. Por desgracia, parecía que los enemigos de los supervivientes no se podían quemar con la magia Arve. Adachi sólo esperaba utilizar la luz del fuego para identificar cuántas de las criaturas había allí.

Otros dos o tres magos también lanzaron Firewall.

Un total de cuatro muros de fuego aparecieron en un patrón de sol que se extendía desde la puerta principal.

Los supervivientes tragaron saliva.

Las criaturas negras hostiles estaban *por todas partes*.

Unas formas negras borraron el suelo. *No, eso no puede estar bien*, argumentó la razón de Adachi. *Mira más de cerca*. Al fin y al cabo, los supervivientes estaban de pie en el suelo. Algunos de ellos gritaban “¡eh!” y apartaban de una patada una de las cosas negras que se había enredado en su pierna, o “¡toma esto!” y las alejaban a golpes con sus armas. Si los supervivientes se quedaban quietos, podrían acabar enterrados entre los enemigos, ya fueran los humanoides o los reptantes, pero eso no había ocurrido todavía, al menos. Había hierba, tierra y piedras expuestas aquí y allá. Era una mala situación, pero no se habían quedado sin lugares donde pararse.

“Jin Mogis...” Adachi murmuró. Tenía la garganta apretada, y su voz se escapó como un gemido.

Había un hombre pelirrojo de pie entre dos de los muros de fuego que se extendían en la oscuridad, de espaldas a ellos. Su espada estaba desenvainada.

“Hrmm...” Jin Mogis dejó escapar un gemido bajo. Entonces, inmediatamente después de eso...

Desapareció.

Jin Mogis se había ido.

No, no sólo él. Dos de los muros de fuego también desaparecieron.

Los ojos de Adachi no podían distinguirlo, pero le pareció que algo parecido a un torbellino se había formado instantáneamente donde Jin

Mogis estaba parado. Eso había hecho desaparecer los muros de fuego y las criaturas negras hostiles.

“¡¿Cómo puede moverse así?! ¡¿Es ese tipo siquiera humano?!”
Gritó Ron.

“¡Wah-hah!”

Alguien reía en la oscuridad. ¿Era una risa humana? Seguramente era Jin Mogis, pero sonaba muy extraño. Si una risa saliera no sólo de la boca de alguien, sino también de sus ojos, nariz y orejas, podría haber sonado así.

“¡Increíble! ¡Así que esto es lo que significa ser liberado de la propia humanidad! ¡Qué pena que sólo pueda usarla una vez más!”

Había algo pálido y azul que brillaba en la oscuridad. Adachi entrecerró los ojos. No era una luz grande. De hecho, era bastante pequeña. No podía asegurarlo, pero probablemente era Jin Mogis. ¿Brillaba parte del cuerpo del hombre? ¿O era algo que llevaba, tal vez? Algo como una joya, quizás. Como un collar, o posiblemente un anillo.

Una piedra.

Una joya.

Una roca brillante.

“¡¿Es esa la reliquia?!”

Jin Mogis *había* utilizado una reliquia. Una que había minado la fuerza de docenas de soldados voluntarios, sólo para añadirla a la propia de Jin Mogis, sin duda.

“*¡Sólo puedo usarla una vez más!*”

¿Qué quiso decir con eso? ¿Que no era ilimitada? Esa reliquia tenía un límite de uso. Además, sus efectos no eran permanentes. Estaban en un temporizador. También debía tener un alcance limitado. Por eso no había drenado al Equipo Renji.

Pero le quedaba un uso.

Es decir, Jin Mogis podría volver a hacer lo mismo.

Si aquel hombre volvía a utilizar su reliquia, esta vez *todos* los supervivientes quedarían sin fuerzas. Adachi no lo había experimentado por sí mismo, así que no podía asegurarlo, pero había conseguido derribar a muchos soldados voluntarios experimentados, así que era poco probable que alguno de ellos pudiera resistirlo. Jin Mogis tendría entonces una fuerza sobrehumana, aunque tuviera un límite de tiempo.

Con su primer uso, el hombre había salido de Riverside Iron Fortress. ¿Qué haría con el segundo? La predicción de Adachi era que lo usaría para deshacerse de los supervivientes y huir. Probablemente intentaría llegar lo más lejos posible mientras durara el efecto.

Para empezar, Jin Mogis nunca había visto a los soldados voluntarios como aliados o camaradas. Apenas los consideraba peones

desechables. El hombre siempre había estado dispuesto a sacrificarlos si era necesario. Si esa reliquia tenía un límite de uso, probablemente evitaría utilizarla si era posible, pero la usaría si se veía obligado. El hombre había necesitado sacrificios. Y esos sacrificios eran los soldados voluntarios de Riverside Iron Fortress.

“¡Renji!”

Tenían que matarlo. Ese hombre tenía que morir inmediatamente. Si no lo eliminaban antes de que pudiera usar la reliquia, entonces esta vez los sobrevivientes serían eliminados con seguridad.

Una vez que lo mataran, ¿qué pasaría? Eso no importaba. Bueno, no, sí importaba, pero Renji —o alguien más, no tenía que ser Renji— tenía que matar a Jin Mogis primero.

Renji comprendió lo que Adachi quería decir incluso sin una explicación completa, y no fue el único. Ron y otros soldados voluntarios se lanzaron a la oscuridad tras el maníático Jin Mogis.

“¡Woah!”

Había una luz. Una diferente. No la luz azul pálido de la reliquia, sino una más cercana al blanco. La luz creció, y ahora Adachi pudo ver a Jin Mogis. La luz estaba en medio de su pecho. ¿Era una hoja? ¿Algo parecido a una espada? Una espada de luz, que atravesaba a Jin Mogis.

“¡Gworgh! Hurgh...”

Jin Mogis tosió una gota de sangre. El pelirrojo intentó levantar su temblorosa mano izquierda. El anillo estaba en su dedo índice, albergando una luz azul pálido con un dibujo de pétalos flotando en él.

“Nosta...rem...”

Sin duda, Jin Mogis intentaba decir el encantamiento. Probablemente era la frase clave para activar esa reliquia. Pero no pudo hacerlo. La espada que sobresalía de su cuerpo no le permitía hablar. Sus pies se levantaron del suelo mientras la espada de luz lo elevaba a lo alto, dejándolo suspendido como un ahorcado.

La espada de luz no era una entidad independiente. Claramente, no había empalado a Jin Mogis y lo había levantado por sí misma. Tenía un portador. Había alguien allí, detrás de Jin Mogis, que era el responsable. Era difícil distinguirlo en la oscuridad, pero quienquiera que fuese llevaba un escudo que emitía un tenue brillo, además de la espada de luz. La figura parecía humana. No era un gigante, al menos. No era especialmente grande ni pequeño. Un espadachín solitario, aparentemente vestido en la oscuridad de la noche.

“San... gui...” Jin Mogis intentó terminar la frase clave entre toses de sangre.

La figura vestida de noche comenzó a elevarse en el aire con Jin Mogis todavía empalado en su espada de luz. La figura cabalgaba en la oscuridad, en una especie de cosa negra. Como un caballero oscuro en un caballo negro. ¿Era todo un solo ser? ¿O había una criatura distinta que empujaba la figura hacia arriba?

Quien iba vestido de noche giró la espada de luz en diagonal hacia su retaguardia, lanzando a Jin Mogis fuera de ella. No hubo ningún sonido cuando el hombre impactó contra el suelo, porque no fue el suelo el que amortiguó su caída. Fueron las cosas negras.

“¡Oagh, argh!” El grito de muerte de Jin Mogis duró poco.

La figura vestida de noche se acercó en silencio a los soldados voluntarios. Al igual que las cosas negras que engullían a Jin Mogis. ¿Iba a atacar? Los supervivientes no tenían reliquias. ¿Aun así no se salvarían?

“La séptima—”

En cuanto Adachi abrió la boca, se dio cuenta de que ese plan había estado atascado en algún rincón de su cabeza todo el tiempo. Sería imposible abrirse paso a través de las fuerzas de la noche hasta la libertad. Por mucha suerte que tuvieran, ninguno de ellos saldría vivo.

La séptima torre. Una de las catorce torres de la Riverside Iron Fortress, la séptima, tenía una ruta de escape que llevaba al exterior de la fortaleza. Britney y los Wild Angels habían estado defendiendo la séptima torre, pero se habían visto obligados a retirarse. ¿Cómo era el lugar ahora? No lo sabía. No podía decir que tuviera muchas esperanzas, pero se enfrentaban a una muerte segura si seguían intentando avanzar aquí. Lo mismo ocurría si intentaban mantener su posición. Eso significaba que tenían que apostar por la ruta de escape de la fortaleza.

“¡Todos, vuelvan a la séptima torre! ¡Deprisa!” Adachi gritó. Algunos de los supervivientes se volvieron al instante. *Es el momento*, pensó Adachi. Durante esta batalla, no había desperdiciado su magia. Había estado conservando su poder. Este era el momento de usarlo. Claro, no podía dañar al enemigo con la magia. Pero podía destrozar edificios y otras cosas para bloquear su persecución. Adachi podía quedarse atrás y empezar a causar destrucción masiva para conseguir unos minutos para que el resto del grupo huyera. Si creía que eso era lo mejor para Renji, y para el Equipo Renji, no lo dudaría.

Para empezar, volaría la puerta principal una vez que todos los supervivientes se hubieran replegado a la fortaleza, aplastando la figura revestida de noche entre los escombros, si era posible.

“¡¿Qué estás haciendo, Adachi?!” Renji le gritó.

El cabello plateado de Renji era muy bonito. También lo eran sus ojos pálidos.

Una vez, Adachi había preguntado: *¿Así que ese es tu color natural?*

Eso parece, había respondido Renji.

Pensando en el pasado, casi no habían tenido conversaciones profundas que realmente tocaran lo que eran como personas. Quizá ni siquiera una. Ni Renji ni Adachi aceptaban a los demás con facilidad, y tampoco intentaban acercarse activamente a nadie. Como había

señalado Sassa, Adachi tenía sentimientos de cariño hacia Renji, impulsos y deseos que sentía que no tenía más remedio que ocultar.

¿Y Renji? ¿Sintió algo así?

Adachi deseaba saberlo.

Había estado al lado de Renji durante mucho tiempo. Debería haber preguntado, aunque tuviera que obligarse a hacerlo. Era imposible que Renji sintiera algo por él. No podía corresponderle con amor. Pero incluso si eso hacía que Renji lo odiara, debería haber tratado de aprender más. Deseó haberlo hecho.

“Bien, ¡vamos!”

Con un guiño a Renji, Adachi se dirigió a la puerta principal.

“¡Oh, Luz, oh Lumiaris, concede la luz de la protección a mi espada!”

La razón por la que se había detenido era porque alguien había saltado de entre el grupo de supervivientes.

¿Iban a atacar a la figura vestida de noche?

¿Quién era?

¿Britney?

“¡Saber!”

La espada de Britney estaba envuelta en una luz cegadora. Saber. Esa era la magia de luz de un paladín.

La figura vestida de noche iba montada sobre una cosa negra de cuatro patas. Al principio, Adachi pensó que era como un caballo, pero carecía de cuello y cabeza. De todos modos, esa montura le daba a la figura vestida de noche una ventaja de altura sobre Britney. No sería fácil asestarles un golpe.

“¡Me estaba aburriendo, sólo teniendo estas cosas espeluznantes para luchar!”

La forma en que Britney se movía no era tan rápida, pero era flexible y extrañamente fluida. La figura vestida de noche golpeó a Britney con la espada de luz, pero no pudo darle. Sin embargo, estuvo cerca. Britney esquivó el golpe con el mínimo movimiento y trepó rápidamente por la parte trasera del caballo sin cabeza hasta donde se encontraba su enemigo. Britney se había puesto detrás de ellos.

“Juega conmigo, ¿quieres?”

Britney sujetó su espada con ambas manos mientras la clavaba en el cuello de quien iba vestido de noche. Sin embargo, el enemigo sólo se estremeció un poco, y luego se giró para golpear a Britney con su escudo que brillaba débilmente. Britney tuvo que saltar ágilmente para esquivarlo, haciendo un giro en el aire. El enemigo debía de estar observando para ver dónde aterrizaba, porque inmediatamente giró su caballo para cargar hacia él.

“¡Sacrifice!”

Era un paladín. Pero no Britney. Otro paladín se precipitó, con su escudo brillando, y detuvo al caballo negro sin cabeza en su camino. Incluso logró empujarlo un poco hacia atrás.

“¡También me involucraré en esta pelea, Bri-chan!”

“¡¿Tokimuneeee?!?”

Esa voz era Kikkawa. De los Tokkis. Fue Tokimune quien apoyó a Britney.

“¡¿Sabes en lo que te metes, verdad?! ¡Niño tonto!”

Tras aterrizar a salvo con algo de ayuda de Tokimune, Britney comenzó a dibujar una especie de figura con la punta de la espada que había lanzado Saber y entonó un hechizo. Era el hexagrama que simbolizaba a Lumiaris.

“¡Oh luz, oh Lumiaris! ¡Concédenos determinación!”

Adachi había intentado aprender los nombres de todos los hechizos que podía encontrar, incluso los de magia de luz que sólo podían utilizar los sacerdotes y los paladines. Pero éste era nuevo para él.

“¡Altera!” Britney y Tokimune gritaron al unísono. Pero no fueron sólo sus voces las que se unieron. Sus espadas chocaron. Cuando lo hicieron, una luz roja y brillante comenzó a emanar de los dos paladines. Normalmente, las bendiciones de Lumiaris no tenían ningún color en particular. Eran de color blanco puro. Pero ésta no.

La luz que guía, Altera.

Había algo diferente en ella.

“¡Retiradaaaaaaaaaaaaaaaa!” Rugió alguien a un volumen increíble. A Adachi le dolían los oídos. Por un momento, incluso se cuestionó el sentido de quien gritaba así de repente.

“¡Pero!” Kikkawa empezó a protestar, pero Tada le agarró por el cuello y corrió hacia la puerta principal. ¿Ese grito provenía de Tada? Anna de los Tokkis y su maga Mimori siguieron a Tada. También debía de haber un tipo espeluznante con cola de caballo con ellos, pero no se le veía por ninguna parte.



Fue Adachi quien había ordenado a todos que llegaran a la séptima torre lo antes posible. Sin embargo, tuvo que cuestionar la forma en que los Tokkis corrían sin mirar atrás. ¿Estaban dejando atrás a Tokimune? En ese caso, ¿era Altera *ese* tipo de magia?

El Hechizo de Sangre, que Adachi había aprendido en el Continente Rojo, utilizaba su propia sangre como catalizador. Obviamente, si lo utilizaba en exceso, se quedaría anémico y, en el peor de los casos, podría incluso morir por pérdida de sangre.

Había una magia increíble ahí fuera. Artes secretas que sólo se enseñaban a unos pocos elegidos y que acortaban la vida del lanzador o la agotaban por completo a cambio de un poder asombroso.

Adachi conocía otro, Crime, que curaba instantáneamente todas las heridas del propio paladín a cambio de perder por completo las bendiciones de Lumiaris. Tal vez Altera era un hechizo en la misma línea.

Britney y Tokimune estaban probablemente a punto de pagar un gran precio. Habían utilizado Altera. No había vuelta atrás. Tada lo entendía, y por eso se había dirigido a la séptima torre sin dudarlo, ¿verdad? Si es así, esto es lo que Adachi tenía que pensar: Britney y Tokimune estaban arriesgando sus vidas para contener a la figura vestida de noche y a las innumerables criaturas hostiles. Estaban arriesgando sus propias vidas para salvar a tanta gente como fuera posible.

Parece que, después de todo, no era el momento adecuado, pensó Adachi mientras corría. Había estado preparado para hacerlo, pero Britney y Tokimune se le habían adelantado. Eso significaba que aún no era el momento de Adachi.

“¡Los amo a cada uno de ustedes!”

Aunque la voz de Britney le tiraba desde atrás, Adachi no miró atrás. Tenía que llegar a la séptima torre como fuera. Necesitaba llevar a Renji, Ron y Chibi allí. Por el bien del Equipo Renji, tenía que asegurarse de que el mayor número posible de personas escapara de la fortaleza. ¿Qué podía hacer para asegurarse de ello? Adachi movió con fuerza sus piernas mientras pensaba en ello. La espalda de Renji estaba frente a él. También la de Ron. Y Chibi corría a su lado. No sintió ni una pizca de miedo. No tenía miedo de lo que había perdido, ni de lo que podría perder en el futuro. Por ridículo que pudiera parecer, en este momento, Adachi se sentía satisfecho.

0113A660. Lo que Tú y Yo Queremos

Hiyo subía por una escalera de caracol. No había ninguna fuente de luz aparente, pero no estaba oscuro. Tampoco era brillante. Sólo había una escalera de caracol que se elevaba en el vacío. Sin embargo, tenía un pasamanos, así que, a menos que fuera excepcionalmente descuidada, no había riesgo de que se cayera por los lados.

¿Qué pasaría si se cayera? Hiyo no lo sabía. Había subido y bajado estas escaleras cientos, miles de veces, quizá más, pero nunca había intentado saltar por encima de la barandilla.

Hiyo no estaba sola. Tras ella subía una mujercita llamada Io, que no estaba nada mal en cuanto a su aspecto, dejando a un lado su baja estatura. Hiyo tenía buen ojo para la belleza, y tenía que reconocer que Io cumplía los requisitos. Le gustaban las personas bellas, independientemente de la raza o el sexo.

Ahora, ¿los dos lacayos de la mujer? No eran buenos. Horribles, en realidad. ¿Cómo puede alguien ser tan feo?

“Hey, tú. ¿Hasta dónde vamos?” La voz de Io no tuvo eco. No había eco en este espacio. Estaba subiendo las escaleras sólo dos pasos detrás de Hiyo, pero incluso desde una distancia tan corta, su voz sonaba apagada.

“Ya casi hemos llegado, ¿vale?” La voz de Hiyo tampoco tuvo eco cuando respondió. Sus pasos sonaban como latidos del corazón.

“Estas escaleras sí que son espeluznantes, ¿eh?”

Hiyo se alegró de ver a Io tan despreocupada. Unirse había sido la elección de la antigua soldado voluntaria. Ni siquiera le importaba dejar que los horribles secuaces de la mujer la acompañaran. Si estar sola hacía que Io se sintiera incómoda, entonces la chica era bienvenida a traerlos. Hiyo no tenía intención de hablar con nadie más que con Io, porque no tenía sentido charlar con los repugnantes matones de la chica. Había elegido dejar que Io decidiera qué hacer con ellos, y no le importaban ni un poco más allá de eso.

Aun así, Hiyo esperaba que Io la desafiara cuando la provocara, porque sabía que Io quería información más que nada.

Io no llevaba mucho tiempo sirviendo al maestro. Y, sin embargo, ya parecía valorarla por encima de un partidario de larga data como Hiyo. Dicho esto, el conocimiento de Io sobre esta torre era limitado. Ni siquiera sabía cómo funcionaba la escalera de caracol. Había una enorme brecha en la calidad y la cantidad de información disponible para las dos. Io no era idiota. Tenía que sospechar que el maestro sólo estaba haciendo ver que la valoraba a ella por encima de Hiyo para ganarse su confianza. Tenía una lengua de plata, después de todo, y estaba dotado para controlar a la gente.

Además, Io había sido una de las mejores sacerdotisas de los soldados voluntarios, así que Hiyo sabía que tendría un sentido inflado

de la autoestima. Io estaba acostumbrada a tener un montón de hombres despreciables en la órbita que atendían todas sus necesidades, pero nunca abrió su corazón a ninguno de ellos. Tampoco les concedió acceso a su cuerpo.

Aunque no lo sabía todo, Hiyo tenía mucha información sobre algo que Io había olvidado: el pasado de la mujer, que había sido borrado por la droga secreta del maestro.

El maestro había encargado a Hiyo que reuniera información sobre todos los soldados voluntarios. Cuando se aburría, también había investigado sus actividades en su tiempo libre. No se le permitía acercarse a ningún soldado voluntario sin las órdenes del maestro, pero tenía tiempo para vigilarlos.

La barandilla de la escalera de caracol llegó a un final abrupto.

Hiyo se detuvo y se volvió. “Estamos aquí.”

Io miró el lugar sin barandilla y frunció el ceño. “No veo nada...”

“Es curioso, ¿no? Esta torre está totalmente desordenada. ¿Lo sabías? Hace mucho, mucho tiempo, la llamaban la *estaca*.”

“La estaca...”

“Ha estado sobresaliendo del suelo aquí desde hace mucho, mucho, mucho tiempo. Antes de Alterna, incluso antes de Damuro. Cuando los humanos llegaron por primera vez, la estaca ya estaba aquí.”

“¿Cómo lo sabes?”

“¿Cuánto tiempo crees que lleva Hiyo en Grimgar?”

“No sabría decirte... Quiero decir, he perdido la memoria. Pero tú eres... mayor que yo, ¿no?”

“Veo que estás cuidando tus palabras. Eres tan adorable cuando estás sola, Io-san. Me gusta. Jugar al gatito lindo te sienta bien. Aunque sólo sea una actuación.”

Hiyo extendió su mano derecha hacia la rotura de la barandilla. No sintió nada. Realmente no había nada allí. Y, sin embargo, la mano derecha de Hiyo pareció ser tragada por el vacío. Desde la muñeca hacia abajo, y luego desde el codo hacia abajo, el brazo derecho de Hiyo fue desapareciendo poco a poco.

“Qué...” La bonita cara de Io se movió con angustia. Oh, esto fue muy divertido.

“Acompáñame, ¿quieres? No es peligroso.” Sonrió Hiyo y luego saltó al otro lado.

Hiyo apareció en una habitación amplia y poco iluminada. No fue como atravesar una puerta invisible. Fue más bien como haber sido transportada allí de repente, en el sentido de que Hiyo no había entrado por el borde de la habitación... No, estaba más o menos en el centro de la misma.

Io no tardó en aparecer detrás de Hiyo, sus ojos se abrieron de par en par al percibir rápidamente su entorno y se tensó como un gato tímido.

“¿Dónde estamos?”

“Se podría decir que algo así como un almacén.”

Hiyo comenzó a caminar.

El techo aquí era bastante alto. Debía de tener siete, tal vez ocho metros. La sala tenía veinticuatro o veinticinco metros de ancho y cerca del doble de largo. Había varias lámparas redondas que emitían suficiente luz verdosa para permitirles ver lo que había alrededor de sus pies, pero no tan brillante como para iluminar toda la habitación. Aun así, incluso a simple vista, estaba claro que este lugar no estaba totalmente vacío.

La sala estaba llena de una gran cantidad de cosas de formas y tamaños muy variados, distribuidas densamente por todo el lugar.

Algunas eran esféricas, otras cúbicas. Algunas eran planas, otras gruesas y otras con formas más complejas. Algunas parecían muebles, otras eran obviamente espadas o armaduras, o parecían que podrían ser armas decentes. Había lo que parecía ser material de papelería colocado sobre una mesa. Había recipientes, grandes y pequeños. Tanto frascos de arcilla como botellas de cristal. Algunos estaban vacíos, mientras que otros tenían tapa, ocultando el contenido que pudieran tener. También había botellas llenas de líquido. Y a veces ese líquido tenía algo que flotaba en él. O cosas que se habían hundido hasta el fondo. Había estanterías. También libros. Y pergaminos. Algunos de los objetos parecían seguir funcionando si los conectabas. Una radio inalámbrica. Un televisor. Un teléfono. Incluso Hiyo no

reconocía algunos de los aparatos electrónicos. Había cuadros enmarcados. Estantas y esculturas de arcilla. En particular, todos estos objetos más especiales estaban guardados de forma segura en sus propias áreas particulares, en lugar de estar dispersos al azar...

Había un espacio en el centro de la sala sin objetos, desde el que se extendía una cuadrícula de caminos como las líneas de un tablero de go. Hiyo e Io comenzaron a caminar por uno de esos caminos.

Hiyo había visto al maestro traer cosas aquí y también le había ayudado a hacerlo. Incluso había venido sola a dejar algunos objetos más pequeños bajo su dirección. La cantidad de cosas no paraba de crecer. Esto se estaba volviendo estrecho. Sin embargo, había otras habitaciones en la estaca. Hiyo sabía de al menos dos que estaban vacías, así que no se iban a quedar sin espacio de almacenamiento en un futuro inmediato.

Siendo la situación actual la que era, sería difícil salir a buscar posibles reliquias, o cosas que no fueran aptas para ser llamadas reliquias pero que pudieran tener una procedencia de otro mundo. En otras palabras, su problema por el momento era que *no iban a poder llenar* esta sala.

¿O tal vez el maestro había previsto una situación como ésta?

“Es todo tan misterioso...” Murmuró Io.

Hiyo se sentó en un sofá rojo que había visto por casualidad. Estaba un poco polvoriento, pero eso no era nada que no pudiera soportar.

Según el maestro, todas las habitaciones de la estaca, no sólo ésta, estaban climatizadas, con sistemas para limpiar el aire y mantener una temperatura constante.

“¿Tomas asiento?” Sugirió Hiyo, palmeando el lugar junto a ella.

Io dudó un momento, pero asintió y se acercó a Hiyo.

“Este sofá...” Dijo Hiyo, recostándose contra su respaldo y mirando al techo. “Era una reliquia, ya sabes. El maestro pasó mucho tiempo estudiándolo. Tenía el poder de hacer desaparecer a la persona que se sentaba en él, como un truco de mago.”

“Sin embargo, pude verte muy bien.”

“Ahora es sólo un viejo sofá. Las reliquias, tienen esta energía especial en ellas llamada elixir. Aunque, sólo estoy repitiendo lo que he escuchado del maestro. Tal vez la nombró él mismo, o tal vez lo aprendió de alguien más. Hiyo no podría decirte una cosa u otra. Llevo mucho tiempo sirviéndole, pero no es que me lo cuente *todo*.”

“Entonces, este sofá... ¿Perdió su energía?”

“Más bien el maestro la arrancó.”

“¿El... maestro?”

“Oh, niña tonta. Él también es *tu* maestro, ¿no?”

“Oh, sí. Eso es lo que decidí, y no creo que haya tomado la decisión equivocada.” La respuesta de Io fue instantánea, y vino con una sonrisa. Siempre que intentaba fingir una sonrisa, por muy cuidada que

fueras, sus ojos parecían muertos, pero ahora mismo brillaban. Qué sonrisa tan perfecta.

“Sin embargo, fueron el Maestro y Hiyo los que robaron tus recuerdos.”

“Tenían sus razones, ¿verdad?”

“Hay algunas cosas que es mejor que la gente no sepa. La raza humana vino originalmente de otro mundo. Luego, aplastaron a los elfos y a los enanos que ya habían construido civilizaciones aquí, y reclamaron las fértiles llanuras para ellos. Somos invasores, ¿sabes?”

“¿Nuestros antepasados lo eran, quieres decir?”

“No sé nada de eso. Pero tú y la gente que está contigo entienden el lenguaje que usan en Grimgar, ¿verdad? Incluso pueden leer su escritura. Bueno, resulta que los humanos fueron los primeros en traer la escritura a Grimgar. Comenzó a extenderse después de su aparición. Si lo piensas, los invasores fueron probablemente tus antepasados, ¿no?”

Hiyo miró la mano derecha de Io que descansaba en el asiento del sofá, y luego extendió la izquierda y la colocó encima. Por un momento, Io se puso rígida. Pero eso fue todo. No intentó apartar la mano de Hiyo.

“Han pasado todo tipo de cosas. Hay una larga historia aquí. Como la de un grupo de bárbaros que intentaron apoderarse de Alterna. El

conocimiento no es sólo una forma de defendernos. Puede ser un arma para dañar a otros, y una razón o motivación para hacer lo mismo.”

“¿Has... visto pasar ese tipo de cosas?”

“Bueno, no he estado observando tanto tiempo como el maestro. No parezco *tan* vieja, ¿verdad? Aunque, entre nosotras...” Hiyo apretó con fuerza la mano derecha de Io. Era una mano bonita, no como la que se espera de alguien que solía ser un toscos soldado voluntario. “Ya debería ser una vieja abuela arrugada, la verdad. Pero no lo parezco, ¿verdad?”

“No es así. En absoluto.”

“Eso es gracias al maestro. Parece que está planeando algo increíble—no, no es así como debería decirlo... Se le ha ocurrido algo que va a ser absolutamente increíble. Algo que hará que todas las recompensas que ha dado a gente como Hiyo que ha tenido el honor de servirle parezcan insignificantes en comparación. Insignificante para él, eso es. No para nosotras. Creo que en todo mundo con vida inteligente, debe haber gente que desee vivir más tiempo, o combatir los efectos del envejecimiento. El maestro no nos enseñará sobre ellas, pero parece que hay muchas reliquias que pueden hacer ese tipo de cosas.”

“Lo que significa que podría recibir los mismos beneficios...” Io apretó la mano de Hiyo en respuesta. “Si sigo mostrando mi lealtad como tú lo has hecho, claro.”

“Si lo quieres, Io-san... Y si el maestro lo ve necesario, podría hacerlo por ti, sí. ¿Quieres seguir siendo joven y hermosa?”

“¿Soy hermosa?”

“Sí, creo que eres bastante atractiva.”

“No me lo esperaba.”

“¿Te refieres a que te hiciera un cumplido sincero?”

“No parece que estés mintiendo.”

“Porque lo digo en serio. De verdad. A Hiyo le gustan las chicas, ya sabes. Sobre todo las guapas como tú.”

“Entonces, ¿dices que me quieres?” Los ojos de Io se entrecerraron, su ceño fruncido. Las comisuras de su boca se levantaron un poco.

Hiyo se lamió los labios. “Así es como haces tu magia con la gente, ¿verdad, Io-san?”

“¿Qué quieras decir?” Preguntó Io, sin mostrar ninguna emoción. Su mano, que seguía agarrando la de Hiyo, no estaba tensa en absoluto. Io había jugado antes a estos juegos, una y otra vez, para manipular a los hombres. Incluso con sus recuerdos perdidos, sus habilidades no habían desaparecido del todo. “Sólo te estoy preguntando. ¿Me quieres? No podría querer a alguien asqueroso, pero tú no eres tan mala.”

“¿Incluso si soy una anciana por dentro?”

“Si fueras una vieja y asquerosa abuelita, me alejaría. Pero no lo pareces.”

“No puedes seducir a Hiyo, Io-san.”

“¿Ah, sí?”

“Hiyo no es lo que realmente quieres, ¿verdad?”

“¿Qué... quiero?” Por un instante, los ojos de Io perdieron el enfoque. Parecía que la habían pillado por sorpresa.

Los hombres querían a Io. La deseaban. Cuanto más la deseaban, más aumentaba su valor. La oferta nunca debe ser igual a la demanda. Si siempre mantenía la oferta de sí misma lo más limitada posible, la demanda la superaría con creces. Cuando Hiyo había estado observando a Io, le había parecido que el único objetivo de la chica era preservar ese desequilibrio. Probablemente lo era.

“¿Qué quieres, Io-san?” Hiyo tiró de Io de la mano, atrayendo a la chica un poco más hacia ella. Io no se resistió.

“El maestro le dijo a Hiyo que podía mostrarte este lugar. Es una recompensa, básicamente. Aunque todo lo que hay aquí es sólo basura a la que se le ha quitado el elixir. Hay otras habitaciones llenas de muchos tesoros. Algunas en las que Hiyo puede entrar, y otras reservadas únicamente para el maestro.”

Hiyo frotó suavemente su mejilla contra el hombro izquierdo de Io. “Si haces lo que te dice, tal vez algún día puedas volver a tu mundo original. No es que vaya a ser fácil. Ni siquiera el maestro puede

hacerlo todavía. Aun así, esa no es la única recompensa que puede ofrecer. Es imposible revertir el envejecimiento, por lo que Hiyo puede decir, pero podemos prevenirlo...”

Ahora, Hiyo apoyó su cabeza en el hombro derecho de Io. Tomando aliento, ajustó su agarre en la mano de la muchacha, entrelazando firmemente sus dedos para que sus palmas estuvieran presionadas. “Haz lo que dice el maestro, y no te faltará de nada. El mundo exterior está invadido por el sekaishu, pero utilizando las funciones de la estaca aún podemos salir. Sin embargo, no podemos predecir lo que ocurrirá si las usamos, así que el maestro está siendo precavido. Parece que nunca se han vuelto tan salvajes.”

“Así que, lo que estás diciendo es... ‘Contribuye más’. ¿Es eso?”

“No. Lo has entendido mal.”

“¿En serio?”

“No tenemos otra opción que servir al maestro. Ya sabes... Servir, y servir, y servir, y servir, y servir... Servir, y servir, y servir, y servir, y servir... Tenemos que seguir sirviéndole, sin parar.”

Hiyo podía sentir claramente la respiración de Io. Parecía un poco apresurada.

“El maestro tiene una gran ambición. Ni siquiera él comprende completamente la estaca, y no puede hacer uso de todas sus funciones. El maestro quiere activar completamente la estaca. Por eso reúne el elixir. Y Hiyo se ha dejado la piel para hacerlo por él.”

“Y yo haré lo mismo, ¿eh?” Se dijo Io.

Sus ojos estaban ligeramente bajados mientras miraba al frente. No es que hubiera nada delante de ella que estuviera mirando. Sólo miraba distraídamente. Incluso si hubiera algo allí, no habría mucha diferencia.

“Pero si me recompensan por mi trabajo, no está tan mal. Es mejor que nada, al menos.”

“Hmm...” Hiyo acercó sus labios al oído de Io. “... ¿Realmente piensas eso?”

Io se sobresaltó y se estremeció, mirando de reojo a Hiyo por un instante. La chica empezó a decir algo, pero no le salieron las palabras. Tal vez se lo había pensado mejor y se detuvo.

Hiyo plantó un pequeño beso en la frente de Io. La sentía tan suave y flexible. Quería comerse a la chica. Los celos eran insoportables.

Aunque el don del maestro hubiera impedido que Hiyo envejeciera, era imposible evitar por completo la degeneración del cuerpo. Cada vez que encontraba una nueva arruga, cada vez que una se hacía más profunda, sentía una renovada sensación de urgencia. A veces incluso empezaba a sentir pánico. Tocar su cuerpo ya no se sentía como antes. Incluso ella lo notaba. Su piel había sido más flexible hace una década. Y aunque sus músculos no habían ganado masa, se sentían más duros.

Y además, mental y emocionalmente, Hiyo estaba definitivamente envejeciendo. Cuanto más se esforzaba por parecer joven y vivaz, más se daba cuenta de lo torpe y forzada que era su actuación.

Por mucho que sirviera, por mucho que se sacrificara, no podía seguir siendo joven para siempre.

Ya no soy joven.

Nunca recuperaré esos años.

Cada segundo que paso es un segundo que ya no tengo.

Puedo alargar mi vida útil, pero sigue siendo limitada.

No, ya no soy joven.

Y es posible que haya estado perdiendo el tiempo que tengo.

“Io-san, yo...”

Hiyo susurró tan cerca que prácticamente estaba mordisqueando la oreja de la chica.



“Soy tú, dentro de décadas. ¿Quieres ser como yo? Yo sé más del maestro y de la estaca que tú. Poco a poco, paso a paso, he servido, y servido, y servido, y servido, y servido mientras él me alimentaba con pequeñas piezas del rompecabezas, una a una, como cebo. Juntándolas, he llegado al punto de poder decir que tengo un conocimiento más amplio y profundo de Grimgar que los soldados voluntarios, la gente de Arabakia, los elfos, los enanos, los orcos e incluso la mayoría de los no-muertos. ¿Quieres ser como yo, Io-san? Bueno, si quieres o no, todo depende del maestro de todos modos. Si alguna vez lo hago enojar, si alguna vez le hago pensar que ya no me necesita, me desprenderá en un segundo. Tú podrías ser mi sustituto. O tal vez Alice. O Shihoru. *Todo* depende del maestro. ¿Quieres ser como yo, Io-san? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué crees que pasará cuando activemos completamente la estaca? Incluso cuando llegue el momento, dudo que el maestro me lo diga. Porque sólo soy un esclavo. El leal esclavo del maestro. Hey, Io-san, ¿quieres ser como yo?”

0117A660. Canción del Fin, Eco a lo Largo y Ancho

Cientos, tal vez miles de carros negros como el carbón atravesaron la tierra, dejando tras de sí oscuras huellas que no se desvanecían. La hierba de Quickwind Plains, que había soportado durante mucho tiempo el duro sol y los caprichosos vendavales tan comunes en la zona, parecía recibir la invasión de los sekaishu con total indiferencia. Sin embargo, las bestias de la zona no podían permitirse ese lujo.

Haruhiro y el grupo a veces veían un animal corriendo en la distancia. No con frecuencia. Uno, quizás dos al día, como mucho. Los pájaros habían desaparecido casi por completo. Era su sexto día en las Quickwind Plains, pero ni Haruhiro ni Ranta habían visto un solo pájaro volando en el cielo. De vez en cuando, Yume o Itsukushima, cuyos ojos eran mucho mejores, señalaban alguno. Así de raros se habían vuelto.

Incluso era difícil encontrar animales que solían ser comunes no sólo en las Quickwind Plains, sino en todo Grimgar, como los chimos redondos, esponjosos y de cola fina, o los pebies de patas largas, parecidos a los conejos. Según Itsukushima, los lagartos y las serpientes también eran increíblemente escasos.

No hacía mucho más de un mes que habían viajado hacia el norte a través de estas llanuras mientras se dirigían al Reino Ironblood. Todo

había cambiado desde entonces. Era como si estuvieran en un mundo completamente diferente. Haruhiro y el grupo se dirigían ahora hacia el sur. No había forma de evitar los sekaishu, que se extendían por la tierra como venas negras. El grupo a veces tenía que pasar por encima de ellos para avanzar. O saltar sobre ellos, en algunos casos. Cada vez que se veían cortados por una vena sekaishu que era como una cinta ancha, o que se había formado en una tubería gruesa como el cuello de un dragón, daban la vuelta para estar seguros. Hasta ahora, habían determinado que los sekaishu no atacaban en respuesta a estímulos físicos, pero eso no descartaba la posibilidad de peligro.

La mayoría de los cuerpos de los sekaishu parecían estar inmóviles, permaneciendo donde estaban. Sin embargo, se encontraron con algunos que se movían plácidamente. En varias ocasiones, el grupo fue testigo de cómo las criaturas en forma de cuerda se enroscaban para formar algo más grueso. También vieron restos de animales que habían sido medio tragados por los sekaishu aquí y allá.

Lo mejor era mantener la distancia. Acercarse demasiado sería imprudente.

El problema era que el sekaishu estaba en todas partes.

Las formas parecían salir del suelo y se dirigían a alguna parte. Las que el grupo había visto en las Llanuras de Bordo se dirigían al este, probablemente hacia la cordillera Kurogane y el Reino Ironblood. Pero no todas las formas sekaishu se dirigían hacia allí. Algunas parecían

dirigirse al norte, otras al sur. Y no podían descartar la posibilidad de que algunas se dirigieran también al este o al oeste.

Las Crown Mountains se alzaban delante del grupo. Tomaron su nombre del hecho de que su contorno se asemejaba a una corona, independientemente del ángulo desde el que se viera.

Alterna estaba a ciento cincuenta kilómetros al sur y a cien kilómetros al oeste de las Crown Mountains.

Hacia allí se dirigía el grupo. O eso pensaba Haruhiro, pero no estaba totalmente seguro.

No, tenía que ser Alterna. Definitivamente tenían que volver allí primero. Eso fue lo que decidieron después de hablarlo varias veces.

La fiebre había remitido, pero aún le dolían las manos. Había decidido no hablar de ello. De todos modos, no habría servido de nada. No habría hecho que le dolieran menos. Sinceramente, no quería hablar en absoluto.

Convenientemente, Itsukushima y Yume estaban concentrados en vigilar la zona que les rodeaba y en trazar su rumbo, y Ranta se mantenía callado para no estorbar. En cuanto a Poochie, el perro-lobo, no ladraría si no fuera necesario.

Incluso cuando alguien decía algo, Haruhiro permanecía en silencio. Hasta hace un par de días, Yume le había insistido con frecuencia, pero él sólo había respondido que estaba bien, por lo que finalmente dejó de hacerlo. Cada vez, Ranta le había dicho que debía

dejarlo en paz. Nunca se lo habría agradecido a Ranta, pero el caballero del terror tenía razón. Haruhiro quería que ella lo dejara en paz.

Ahora todo se sentía como una carga demasiado pesada. Cada sentimiento, ya sea doloroso, difícil o triste, pesaba a Haruhiro. Necesitaba hacer algo. Lo sabía, pero sólo podía concluir que cualquier cosa que hiciera sería en vano.

Caminaron, y caminaron, y caminaron, pero probablemente nunca llegarían a su destino.

¿Destino?

¿Tenían siquiera uno?

¿Una meta?

¿Un propósito?

¿Alguna esperanza para el futuro?

¿Un fin?

¿Un camino?

Podía decir que la dirección de su cuerpo era “hacia adelante”, y eso era todo lo que entendía por el momento. Que se estaba moviendo hacia adelante, tal vez. Hacia adelante. Paso a paso. Y por medios pasos cuando uno completo era demasiado para él. Eso era lo que había estado haciendo todo el tiempo. Él había creído que había estado caminando lo mejor que pudo. ¿Y a dónde le había llevado eso?

A este triste estado de las cosas.

Haruhiro no quería pensar. Pero por mucho que lo intentara, no podía parar.

Todos intentan tomar la decisión correcta para la situación en la que se encuentran. No quieren equivocarse. No quieren meter la pata. Quieren beneficiarse de ella, si es posible. E incluso si es completamente imposible, les resulta difícil aceptar perder algo. Nadie querría que eso ocurriera. Si tuvieran que salir perjudicados, que les quitaran algo, querrían que las pérdidas fueran las mínimas posibles. Para poder pensar, *puede que no haya hecho lo mejor que podía hacer. Pero lo intenté. Lo hice bien.*

Todo fue en vano.

Al final, fue como si Haruhiro hubiera estado cavando un agujero. Poco a poco, cavó, y cavó, y cavó, amontonando la tierra al lado. Incluso se sintió orgulloso cuando miró el agujero que había hecho sudando, o el montículo que estaba al lado. Se sentía como si hubiera mejorado en la excavación, y ese montón de tierra había crecido. Vaya. Era realmente impresionante. Realmente podía hacer algo si se lo proponía.

¿Y?

¿Y el agujero?

¿Para qué era?

¿Era sólo un agujero?

¿Qué había estado haciendo todo este tiempo? ¿Cavando un agujero? ¿Era eso?

No, eso no es cierto, podría decir alguien para consolarlo si hablara de ello. Todo tipo de cosas habían sucedido desde que despertó en Grimgar. Había conocido a gente. Se despidió de ellos. Había visto muchas cosas. Había cosas que había logrado, trabajando junto a sus camaradas, ¿no? Tal vez no podía verlo así ahora, pero todos y cada uno de esos momentos debían tener sus propios colores vibrantes que los hacían brillar. No era como cavar un agujero que no servía para nada. No todo había sido para nada. Incluso si, al final, todo ese trabajo quedó sin recompensa, no debería haber negado el valor del proceso. Si lo hiciera, sería como decir que todo el mundo iba a morir de todos modos, por lo que no tenía sentido vivir, así como tampoco nacer.

Bueno, sí, como tal es el caso, pensó Haruhiro. El significado no era algo que estuviera por ahí. Había que encontrarlo. Incluso si todo lo que Haruhiro había estado haciendo era cavar un agujero, si podía encontrar el significado en el acto de cavar, entonces no era sin sentido. Cavar no era del todo divertido, pero había tenido días en los que se sentía bastante satisfecho. Haruhiro había visto el significado en esos días.

Ahora, sólo estaba vacío.

No, los recuerdos de los tiempos en que había disfrutado cavando eran ahora un verdadero tormento.

Si iba a llegar a esto, nunca debería haber cavado. Si iba a perder tanto, ojalá nunca hubiera tenido nada, nunca hubiera querido nada, para empezar.

Tiempo. Lo que necesito es tiempo. Así fue con Manato, y con Moguzo, ¿no? Sólo necesito aguantar por ahora.

¿Y? ¿Cuánto tiempo tengo que aguantar? ¿No puedo terminar? ¿Está tan mal? ¿Quién lo dice?

Lo siento.

¿Debo disculparme con Yume y Ranta?

Lo siento. Ya no puedo hacer esto.

Pero eso se siente irresponsable. No sé si está bien que abandone ahora. Todavía tengo a los dos. Sería como huir. Eso es cobarde.

Pero... aun así, ¿sabes? Ranta tiene a Yume, y Yume tiene a Ranta, ¿verdad? Y Yume también tiene a Itsukushima y a Poochie. ¿Y yo qué? ¿A quién tengo yo? ¿Qué tengo yo?

Sí, lo sé. Sé cómo se sentirían Yume y Ranta si los abandonara ahora. Cómo les dolería. Pero aun así. ¿De verdad tengo que esforzarme tanto por esos dos? ¿No puedo huir? No es gran cosa, ¿verdad?

No tienen que hacer nada especial. Sólo déjenme en paz. Si sólo hicieran eso, estaría bien. No voy a hacer nada. Sólo estaré aquí. Sentado. Luego acostado, eventualmente. Una vez que me acueste,

probablemente no me vuelva a levantar. Dudo que sea capaz de hacerlo. Pero estoy bien con eso.

Eso es lo que me conviene.

Quiero terminar con esto.

Quiero que se acabe.

Terminemos con esto.

Deja que termine.

Voy a terminar.

Está bien si lo termino, ¿verdad?

Eso será el final de las cosas.

Simplemente terminará.

El final está cerca.

Increíblemente cerca.

Así que vamos a terminar.

Que nadie se queje.

Va a terminar de cualquier manera.

Terminemos todos.

Todo terminará.

Desde el momento en que comenzó, tenía que terminar eventualmente.

El principio fue el principio del fin.

Sólo falta que se acabe.

El final se está desarrollando ante nosotros.

Lo mire como lo mire, el sekaishu destrozando las Quickwind Plains es una escena del fin de los tiempos.

Tal vez no sea yo quien necesariamente tenga que correr las cortinas, porque las cosas ya se dirigen hacia el final.

Va a terminar.

Fin.

Deja que termine.

No necesito decir nada, ¿verdad?

No necesito el permiso de nadie, ¿verdad?

Nadie tiene que aceptarlo.

Sólo tienen que terminar.

Sólo tienen que dejar que termine.

En algún momento, sintió a Poochie a su lado. Pensó que estaba imaginando cosas. Tal vez fuera sólo una coincidencia, pero Poochie estaba pegado a él, acurrucándose en su vientre.

Vete.

Déjame en paz.

Quiero terminar con esto.

Estoy tratando de dejar que las cosas terminen aquí.

Basta ya.

Quiero dejar que termine, así que no te metas en el camino.

Deja de girarte y mirarme de vez en cuando.

Detente tú también, Yume.

No te acerques y apoyes tu hombro en el mío cuando estemos descansando.

No me hables de los viejos tiempos.

Y tú también, Ranta.

Deja de contar chistes groseros y de reírte de ellos.

Itsukushima miraba las estrellas. “Estoy vivo.” Dijo.

“¿A qué viene eso?” Dijo Ranta, riendo.

Yume se puso en pie de un salto y gritó: “¡Miauuuuuu! ¡Yume también está vivaaaaaaaaaa!”

“¡Eh! ¡Tú y yo, los dos!” Gritó Ranta, como si fuera una competición. “¡Estoy vivooooo! ¿Qué les parece, pedazos de mierdaaaaaaaaa?”

Basta ya.

Quiero dejar que termine.

Estoy tratando de dejar que termine.

Quiero dejar que termine, pero por alguna razón no puedo.

No sé a qué me aferro, qué me mantiene aquí.

Debería ser sencillo.

Sólo tengo que dejar que termine.

Si sólo hago eso, se acabará.

No veré nada.

No voy a escuchar nada.

No voy a sentir nada.

No habrá nada.

Y eso está bien.

Dejar que todo desaparezca.

Sin arrepentimientos, sin deseos, no necesito nada de eso.

¿Por qué no puedo dejar que termine?

¿Qué me retiene?

No tengo miedo. ¿Cómo podría tenerlo, teniendo en cuenta todo lo que he pasado? No tengo remordimientos persistentes. Nada en lo que pensar. Y si los tuviera, lo único que querría es deshacerme de ellos. Sería mucho más fácil dejar que terminen.

Se acerca la mañana.

La mañana llegará una vez más.

El sol saldrá sobre la tierra desgarrada por el sekaishu.

Quiero sujetar mis rodillas y despedirme del sol cuando se asoma por el horizonte.

Esta es la última vez.

Adiós, esta vez de verdad.

Te lo prometo.

No nos volveremos a encontrar.

Entonces, dime.

¿No te parece que brillar sobre nosotros día tras día sin falta es algo vacío?

Tú le das calor a este inútil cuerpo mío, pero yo nunca podré hacer nada por ti a cambio.

¿Nunca te has planteado acabar con este ciclo que no te aporta nada?

El perro-lobo le pinchó con su húmedo hocico y le lamió la cara.
Sus ojos parecían saberlo todo.

No sé nada, trató de decir entre dientes.

“Nos vamos, idiota.” Dijo Ranta, dándole un golpe en la nuca.

“¡Caramba! ¡Te han dicho que dejes de hacer eso!” Protestó Yume, hinchando las mejillas, pero Ranta arrugó la cara, que aún tenía horribles cicatrices, y sacó el labio inferior.

“¡Me estoy conteniendo, maldita sea! ¡Esto entra en el ámbito de la comunicación! ¡No seas tan gruñona o te voy a besar!”

“¡Ya besaste a Yume antes, y ella no hizo nada para merecerlo entonces!”

“¡¿Qué?!”

“¡Whoaaaaaa! ¡Viejo! ¡No me apunes con tu arco así! Quiero decir, ¡vaya, eso fue rápido! ¡Sacaste tu arco y clavaste esa flecha tan jodidamente rápido! ¡E-E-Escucha! ¡Lo has entendido todo mal! Yume estaba pasando demasiado tiempo con el estúpido Parupiro, así que yo estaba como, no sé, ¡joye, todavía existo! ¡O algo así! ¡¿De acuerdo?! ¡Tenía que recordárselo! Tú también eres un hombre, así que lo entiendes, ¡verdad?”

“¿Cómo voy a saberlo?” Dijo Itsukushima.

“¡N-N-N-No tenses el arco de esa manera!”

“¡No más besos para ti, Ranta!” Yume declaró.

“Fue realmente sorprendente. No está mal, pero es un poco repentino, ¿sabes?”

“¡Ves! ¡No le importó! ¡¿Vesssss?!”

“Y-Yume...”

“¡El viejo está deprimido! ¡Nunca he visto a un hombre adulto tan triste! Bueno, ¡mala suerte!”

“¿Qué pasa, profesor? ¿Estás bien?”

“¡Está bien! ¡Está bien, Yume! ¡Qué me consuele ahora sólo lo empeoraría!”

“¿Ngh? ¿En serio?”

Tal vez esté bien terminarlo, pensó Haruhiro.

Estoy retrasando a todo el mundo.

Pueden seguir sin mí.

No puedo caminar.

Ya no quiero.

No puedo decirlo.

No podría hacerlo.

Por eso me callo y les sigo.

Soy un desastre.

Lo que tenga que pasar, pasará.

Sólo tengo que caminar, ¿verdad?

Bien, caminaré.

Entre estos tubos negros, esas cosas llamadas sekaishu que empiezan y terminan quién sabe dónde.

“¡Augh! ¡Maldita sea!”

Ranta pateó el suelo y dio media vuelta. Los sekaishu habían formado una celosía más adelante. Iba a ser demasiado difícil interponerse entre ellos.

Ranta, Itsukushima y Yume se dieron la vuelta para irse y Poochie miró a Haruhiro, que estaba allí de pie.

Haruhiro empezó a caminar.

“Hey...” Ranta lo llamó al poco de empezar a moverse.

Haruhiro siguió caminando como si no le hubiera oído. No pisó con fuerza los sekaishu. Sólo los pisó mientras continuaba su camino. ¿Qué tenía que temer a estas alturas? No tenía miedo. Debería haber estado haciendo esto todo el tiempo.

Dejemos que termine. Que se acabe. Quiero terminarlo. Sí.

Haruhiro caminaba hacia el final. Eso era lo que había en la dirección en la que caminaba. ¿Cómo terminaría? ¿Qué terminaría? Él no lo sabía. No le importaba. Acabaría como sea que fuese a acabarse. Eso era seguro.

Haruhiro mantenía la vista fija en las Crown Mountains, a lo lejos, mientras caminaba sin parar. No le importaba si pisaba tierra, hierba o sekaishu. Todo era lo mismo.

Ranta, Yume e Itsukushima le perseguían. ¿Cómo lo estaban haciendo? ¿Estaban pisando el sekaishu? No era asunto suyo.

Poochie aparecía ocasionalmente delante de Haruhiro, aunque a veces también desaparecía de su vista.

Cuento más se acercaba a las Crown Mountains, más cubría el suelo el sekaishu, y los agujeros de la red que formaban se hacían cada vez más pequeños. La superficie estaba casi completamente cubierta de ellos.

En algún momento, el sol empezó a ponerse. La luz deslumbrante no podía iluminar a los sekaishu. Los gusanos no tenían ningún brillo. Su negro era más oscuro que la propia oscuridad. Parecía infinitamente profundo, como si no tuviera fondo.

Haruhiro estaba de pie encima del sekaishu.

Frente a él, sólo había sekaishu y el cielo crepuscular. Había pensado que las Crown Mountains estarían allí. Que vería su forma que parecía una corona desde cualquier ángulo que las viera.

No, esas son las Crown Mountains.

Las montañas también estaban cubiertas de sekaishu. No había podido distinguirlo desde la distancia. Pero había cosas retorciéndose en las estribaciones y a mitad de la montaña. ¿Eran parte del sekaishu?

¿Era una amalgama de sekaishu que se elevaba y adoptaba esas formas?

No, no es eso. ¿Por qué Haruhiro pensó que no lo eran? Porque sé lo que son.

Haruhiro los había visto antes en las Quickwind Plains. No, más que verlos. Había montado en la pierna de uno.

“Gigantes...”

Son los gigantes desgarbados.

Aquellos gigantes, con sus inconfundibles contornos desgarbados, habían vagado libremente por las Quickwind Plains. Eran tan enormes que era imposible saber cómo eran sus rostros cuando se les miraba, pero aun así se podía imaginar que llevaban expresiones como si se creyeran los dueños de este lugar. Aunque un gran cataclismo hubiera transformado el terreno de las Quickwind Plains, los gigantes desgarbados ni siquiera se habrían inmutado. Seguramente seguirían paseando a su ritmo relajado mucho después de que los humanos, elfos, enanos y orcos se hubieran extinguido.

Haruhiro intuyó más que pensó que los gigantes podrían haber estado más cerca de los dioses que de los seres vivos. Pero aquellos gigantes desgarbados habían sido atrapados por los sekaishu.

De un vistazo, Haruhiro vio dos al pie de las Crown Mountains, uno más a mitad de camino y otro cerca de la cima. Esos eran todos los que vio en pie, pero la cosa que se retorcía en el suelo varios cientos de

metros por delante de él podría haber sido también un gigante desgarbado. Todo estaba muy oscuro, así que era imposible distinguirlo completamente de su entorno, pero parecía el torso superior ennegrecido de un gigante desgarbado que sobresalía del suelo. Quizá había una depresión y el gigante desgarbado estaba a punto de caer en ella. Parecía un insecto en la trampa de una hormiga león, intentando no ser arrastrado hacia abajo.

Quizá siempre había habido agujeros en las estribaciones lo bastante grandes como para que los gigantes desgarbados se metieran en ellos. El sekaishu había surgido de las entrañas del planeta. Tal vez fuera de esos agujeros de donde había salido. ¿Existían realmente agujeros así? Haruhiro no lo sabía. Nunca había visto ninguno. Y no recordaba haber oído hablar de ninguno de Itsukushima.

Los sekaishu también habían salido del fondo de un valle en las Llanuras de Bordo. ¿Quizás fue aquí donde los sekaishu habían surgido en esta zona? Las Crown Mountains parecían haberse convertido ellas mismas en un tipo de sekaishu.

Tal vez lo habían hecho. Tal vez no eran sólo las Crown Mountains. Algo similar también podría estar sucediendo en otros lugares. Podría haber sekaishu surgiendo por todo Grimgar. Tal vez iban a cubrir toda la masa continental. Tal vez el sekaishu era una enfermedad que aquejaba a Grimgar, una enfermedad intratable y, en última instancia, mortal. Tal vez Grimgar se estaba muriendo.

Él no lo sabía. Haruhiro no lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? Las cosas podrían estar llegando a su fin sin que él las terminara. Tal vez todo terminaría pronto a pesar de todo. Este podría ser el verdadero final.

0118A660. Por el Futuro

Las cosas negras vendrán y se tragarán el mundo.

Acecha en las profundidades hasta que las cosas negras se marchen.

Nos espera un nuevo amanecer tras la calamidad provocada por las cosas negras.

Esta fue la profecía de un terrible futuro prevista por el primer sabio ugoth, Togorogo, el mejor espécimen de la raza goblin, un vidente del que se dice que es insuperable hasta el día de hoy.

El deber del modago, el rey de los goblins, no era simplemente proteger a su raza, permitirle prosperar y transmitir su autoridad a la siguiente generación. También debían prepararse para la calamidad que Togorogo había visto en sus visiones.

Togorogo había servido al décimo predecesor del actual mogado. Aquel mogado había hecho caso de su advertencia y había empezado a excavar Ohdongo, el Valle Más Profundo. Iba a ser el lugar al que evacuarían cuando llegara la calamidad. Con el tiempo, Togorogo murió. El quinto predecesor del mogado había terminado por fin de excavar Ohdongo, albergando allí a los ugoths con todos los tesoros de su raza como preparación para ese día.

Debemos evitar una situación en la que lo único que quede de nuestra raza después de que pase la calamidad sea lo poco que

consigamos esconder en el Valle Más Profundo. Ese había sido el pensamiento del quinto predecesor del mogado. *No todos sobreviviremos a la calamidad. Habrá que decidir quién sobrevive.*

Mogado Gwagajin se encontraba en lo más profundo de Ohdongo, incapaz de pegar ojo. Los tesoros de su pueblo estaban expuestos aquí, con los asientos de los ugoths colocados alrededor de su propio trono, y un dibujo coloreado que representaba la profecía de Togorogo tallado en la pared.

El quinto predecesor del mogado, que había ampliado el pozo vertical de Ohdongo para añadir un pozo horizontal con ocho salas, llamó a esta sala, la más profunda de todas, la Sala de la Profecía. No había forma de llegar a ella sin atravesar las puertas de hierro de la base del pozo vertical y pasar por todas las demás salas.

En una ocasión, el mogado que precedió a Gwagajin enloqueció, creyendo que la calamidad se cernía sobre ellos, y se encerró en la Sala de la Profecía. Cuando, tiempo después, salió por su propio pie, empezó a delirar diciendo que la Sala de la Profecía estaba maldita. No lo estaba. Cuando se cerró la puerta, la Sala de la Profecía estaba completamente sellada, por lo que el rey simplemente había estado luchando por respirar.

“Hay veneno en el aire que exhalamos los goblins, y permanecer en un lugar denso con ese veneno hará que te ahogues como si estuvieras bajo el agua.”

El tonto del rey no había creído a sus ugoths cuando le presentaron este hecho, pero Gwagajin era diferente. Cuando subió al trono, siguió inmediatamente su consejo e instaló pasadizos laterales entre las ocho habitaciones, así como tanques de aire. Se habían enterado de que el fuego también producía el veneno, así que iniciaron un programa de cruces para producir los gusanos voladores que emitían luz, que se habían convertido en su principal fuente de iluminación.

Ahora había innumerables gusanos de luz volando por la Sala de la Profecía, compartiendo su resplandor con Gwagajin, los ugoths, sus cinco esposas que estaban encogidas en un rincón y los dieciséis jóvenes príncipes.

Gwagajin nunca había pensado que el día en que serían necesarios estos preparativos llegaría durante su reinado. No podía ignorar la profecía, pero no había fijado una fecha para la llegada de las cosas negras. Podría haber sido durante su tiempo. Podría haber sido durante el del siguiente rey, o cinco reyes más adelante. Tal vez incluso diez.

Si ese es el caso, entonces en lugar de prepararse para el día de la profecía, ¿no sería mejor expandirse audazmente hacia el mundo exterior?

Si querían expandirse más allá de Damuro, primero había que resolver algunos problemas. Nada más que problemas, podría decirse.

Para empezar, por regla general, somos demasiado efímeros.

Incluso a los de estirpe real, como Gwagajin, les iba bien si vivían más de treinta centenares de días. La mayoría de los goblins estaban demasiado débiles para mantenerse en pie cuando alcanzaban los diez centenares de días. Los ugoths eran tan longevos que algunos superaban los cuarenta centenares de días, pero sólo porque estos goblins tan inteligentes eran seleccionados, se les impedía hacer ejercicio, se les alimentaba bien y se les protegía con esmero. La variedad más grande de goblins, los hobs —que nacían en raras ocasiones— podían vivir tanto como los de linaje real, pero aprendían lentamente y eran increíblemente estúpidos.

Está claro que necesitamos ser más sabios, pero si la mayoría de nosotros sólo puede esperar vivir diez centenares de días, no pueden aprender mucho, y lo que aprendan se perderá al morir.

Gwagajin reconocía que eran inferiores a los humanos y los orcos. Cuando se convirtió en mogado, había llegado a la conclusión de que la mayor razón de ello era la brevedad de sus vidas.

Gwagajin se sentó en silencio en su trono de la Sala de la Profecía. Los ugoths que lo rodeaban también mantuvieron la boca cerrada. Sus esposas y los príncipes susurraban entre sí de vez en cuando, pero la mayoría guardaba silencio. Esto se debía a que era importante que exhalaran el menor veneno posible mientras esperaban en la Sala de la Profecía a que pasara la calamidad.

Cuando recibieron informes de que las cosas negras habían entrado en Damuro, Gwagajin había dudado en evacuar a Ohdongo. ¿Debía él,

el mogado, huir a la Sala de la Profecía mientras su pueblo entraba en pánico porque la calamidad que tanto habían temido se estaba haciendo realidad? En contra de las advertencias de sus ugoths, Gwagajin había intentado detener la invasión de las cosas negras.

Todo fue en vano. Tenía que admitirlo ahora.

Ya no había forma de saber la hora, pero Gwagajin había resistido en Ahsvasin, el Cielo Superior, durante seis días y seis noches. Sin embargo, cuando las cosas negras estaban por fin a punto de llegar a Ohdongo, se vio obligado a tomar una decisión.

Gwagajin había bajado corriendo con su séquito las escaleras que recorrían las paredes del Valle Profundo. Antes de que pudieran llegar abajo, las cosas negras ya empezaban a fluir por las paredes. Nunca olvidaría la visión de las cosas negras cayendo sobre ellos. Había gritado, sin vergüenza ni preocupación por las apariencias.

Había enviado a sus esposas y a los príncipes a Ohdongo días antes, y los ugoths más importantes estaban reunidos en la Sala de la Profecía.

Gwagajin recordaba el momento en que las puertas de la Sala de la Profecía se cerraron herméticamente. Estaba sentado en su trono, rodeado de ugoths y tesoros, dolorosamente consciente de que, incluso con todas sus esposas y príncipes a su alrededor, ya no era un rey.

Gwagajin se había arrepentido desde entonces.

Tal vez nunca debería haberse movido de Ahsvasin. Si sólo le esperaba la muerte, el Cielo Supremo era el lugar donde un rey debía encontrarla.

Desde que se había convertido en mogado —no, incluso antes—, los ugoths habían sido los únicos con los que podía mantener una conversación decente. Cuando Gwagajin les hablaba de su creencia de que ellos también debían convertirse en una raza longeva, le ofrecían tibias refutaciones. Algunos incluso le advirtieron de que la clase privilegiada nunca lo aceptaría, y que podría enfrentarse a la rebelión de sus compañeros de la realeza.

Pero, ¿qué habían hecho los miembros de la realeza? ¿Vivir más que los demás y dedicar ese tiempo a su propio placer? Los miembros de la realeza se reproducían entre sí, mientras miraban a los miembros más jóvenes de su raza como inferiores a ellos, sumergiéndose en luchas de poder, comida gourmet e indulgencia sexual. Obligaban a los efímeros a matarse unos a otros, sin considerar malo el canibalismo que practicaban. ¿Acaso no eran lo peor de su propia especie?

Y Gwagajin procedía de esa misma estirpe real.

“Es el canibalismo.” Murmuró Gwagajin para sí mismo.

Todos los ugoths agacharon la cabeza. Algunos miraron al mogado.

Las puertas de la Sala de la Profecía crujían bajo una gran presión procedente del exterior. Hacía tiempo que lo hacían. Primero los ugoths, y luego sus esposas y príncipes, habían montado un escándalo

al respecto, pero ahora nadie le prestaba atención. Tal vez se habían acostumbrado al terror.

“La realeza y ugoths no se comen a los suyos. ¿Verdad? Son los efímeros los que se comen unos a otros. Los mientras de la realeza son los descendientes de aquellos que dejaron de practicar el canibalismo hace mucho tiempo. Mis ugoths, hice que investigaran las causas de muerte de nuestra gente. Para los de corta vida, primero empiezan a temer a la noche. Luego sus miembros se marchitan, y comienzan a hablar sin sentido. Hablan arrastrando las palabras, caminan con dificultad, se postran en cama y dejan de respirar. Esta es la muerte típica de un efímero. ¿Sí? Pero es raro que un miembro de la realeza o un ugoth muera así, ¿no? Que yo sepa, sólo ha habido uno. Mi tío, el anterior mogado, Bodojin. Bodojin tenía un comportamiento excéntrico, maldecía a todos a su alrededor, se aferraba al trono y se ensuciaba mientras echaba espuma por la boca. Mis ugoths, deben saberlo. Bodojin tenía la horrible costumbre de matar a los efímeros y comérselos. Estaba practicando el canibalismo en secreto. ¿No deberíamos haber priorizado el detener esa práctica?”

Gwagajin vestía una armadura del tesoro, con la corona en la cabeza y el cetro real en la mano. Por no hablar de todos los demás accesorios brillantes que pudo conseguir. Pero deseaba poder deshacerse de todos ellos. No era lo que Gwagajin había querido.

“Deberíamos haber prohibido el canibalismo. Podríamos haber encontrado una solución a la crisis alimentaria que habría provocado.

Sabía que deberíamos haber salido al mundo. Fuimos demasiado tímidos. Sí, la profecía era cierta. Togorogo era un verdadero vidente. Pero no hemos tenido videntes desde entonces. En la época de Togorogo, incluso los ugoths practicaban el canibalismo. Si no lo hubieran hecho, Togorogo podría haber vivido aún más tiempo. Podría haber visto más del futuro, y mostrarnos el camino. Si los efímeros pueden vivir tanto como la realeza cuando no se comen unos a otros, entonces podríamos haber producido muchos individuos inteligentes y poderosos de sus filas. Habríamos sido más fuertes y sabios por ello, estoy seguro. Sin canibalismo, nuestras mujeres no tendrían que temer que se comieran a los niños que dieran a luz y criaran. No tendrían que producir y desechar tantas crías desechables. Habríamos aprendido a valorar a todos y cada uno de los nuestros. No es suficiente para mí, Gwagajin real, pensar estas cosas por mi cuenta. Nuestras vidas son demasiado cortas para cultivar plenamente estas ideas y transmitirlas. Necesitamos detener el canibalismo. ¿Por qué no vi esto antes? Díganme, mis ugoths. ¿Fui yo, Gwagajin real, un tonto? ¿Demasiado tonto para darme cuenta?”

Los ugoths reunidos agacharon la cabeza y lloraron. Sus esposas y los príncipes mayores lloraban. Los príncipes más jóvenes estaban abatidos.

Los gusanos de luz, que probablemente habían vivido docenas de centenas de días, volaron rápidamente alrededor de la Sala de la Profecía.

Ahora no eran sólo las puertas. El suelo de baldosas de la sala, la pared que mostraba la visión de Togorogo de la calamidad, los robustos pilares y vigas que sostenían el techo... no, toda la Sala de la Profecía temblaba.

“¿No hay mañana para nosotros?”

Gwagajin no pudo contener un sollozo.

“¿Dónde nos hemos equivocado? ¿Qué son las cosas negras? ¿Qué está a punto de destruirnos? Mis ugoths, se los ruego, díganmelo. ¡Fui yo, Gwagajin real, un tonto? Si esto es sólo culpa mía, entonces que perezca sólo Gwagajin. ¿Qué necesidad hay de destruirnos a todos? No nos aniquilen. Oh cosas negras, oh calamidad, por favor, no nos maten a todos. Detendremos el canibalismo. ¡Nuestra gente puede volverse más sabia, más fuerte! Una vez, el Rey Sin-Vida nos tomó de la mano, nos acercó a su pecho, y nos dijo que nos alzáramos con él, nos dijo que podíamos. Sí. Podemos levantarnos por nosotros mismos. No somos bárbaros. Al menos, no estamos dispuestos a soportar que otros nos llamen salvajes y nos miren por encima del hombro. Podemos seguir adelante. Si tenemos futuro, podemos caminar. Oh calamidad, no nos destruyas. Danos una oportunidad, por favor...”

La puerta, que había estado cerrada a cal y canto varias veces, se estaba abriendo.

Gwagajin se levantó del trono. La armadura, el collar, los pendientes, los brazaletes y otros tesoros que se habían guardado en la Sala de la Profecía —y que Gwagajin llevaba ahora— supuestamente

albergaban poderes especiales en su interior. Algunos habían sido encontrados en diversos lugares de Alterna. Otros eran tesoros que habían recibido del comercio con los humanos en el pasado. Muchos habían sido traídos por aventureros de lugares desconocidos. ¿No era el momento de utilizar sus poderes ocultos?

“¡No podemos extinguirnos!”

La puerta se estaba abriendo.

Las cosas negras entrarían corriendo en la Sala de la Profecía.

Gwagajin levantó su cetro.

“¡Oh tesoros, denme su poder!”

0119A660. Eres Mi Destino

Un castillo parecido a un cisne blanco con las alas plegadas se reflejaba en la superficie negra del lago que había debajo, iluminado por la luz de muchas antorchas. Sus dueños lo llamaban el Palacio del Cisne—Wehagoran, en lengua orca.

El lago Gandah, con forma de calabaza achatada, era supuestamente el mayor de todo Grimgar. El Palacio del Cisne y su ciudad castillo, Grozdendahl, la Ciudad de los Gritos de Batalla, estaban situados en la orilla occidental del lago Gandah, en la zona donde el cuello de la calabaza se estrechaba y torcía hacia el sur de una forma única. Kuzaku y Setora, que se encontraban ahora en la orilla sur, estaban a sólo cinco o seis kilómetros del Palacio del Cisne. Era una noche sin viento, que dejaba el lago tan liso como el cristal y hacía que pareciera que había otro Palacio del Cisne en su superficie reflectante.

Kuzaku se cruzó de brazos y asintió repetidamente. “Las estrellas también son muy bonitas.” Murmuró para sí, lo que le valió un rápido golpe de Setora en la cabeza. Kuzaku estuvo a punto de soltar un involuntario “¡Ay!”, pero pudo taparse la boca a tiempo para contenerlo.

Lo sé, lo sé. Lo sé, ¿vale? Kuzaku le hizo una señal.

Kuzaku y Setora no estaban solos aquí en la orilla sur. Ella le decía, *deja de parlotear y cállate.*

Sin embargo, no había necesidad de ser tan cauteloso, ¿verdad? Kuzaku y Setora estaban justo en la orilla. Una playa de arena, a escasos metros de la línea de flotación. Si miraban a la izquierda, había un campamento de la Expedición del Sur. Las fuerzas de la expedición, compuestas por orcos, no-muertos y elfos grises, habían llegado lentamente hasta aquí desde la cordillera de Kurogane, y finalmente se habían asentado para acampar cerca de un pueblo de pescadores a orillas del lago Gandah.

Aunque, dicho esto, no habían levantado vallas ni torres de vigilancia. Había hogueras de vigilancia y exploradores de pie o caminando con antorchas, pero no parecía que estuvieran en alerta máxima. Más bien al contrario. La noche estaba a medio terminar. La mayoría de los soldados llevaban ya un rato roncando.

Al llegar la mañana, las fuerzas de la Expedición del Sur avanzarían un puñado de kilómetros hacia el oeste y cruzarían el puente sobre el río Ruko que desembocaba en el lago Gandah. Setora había dicho que en ese punto estarían “a tiro de piedra” de Grozdendahl, lo que aparentemente significaba que estarían muy cerca de él.



No, mañana no. Era más de medianoche, así que hoy. La Expedición del Sur entraría en Grozdendahl hoy. Habían pasado muchas cosas. Habían expulsado a los elfos del Bosque Sombrío, tomado Alterna, y matado al rey enano y a sus ayudantes, así que los soldados debían estar de fiesta.

Sí, habían pasado *muchas cosas*, así que esta no era realmente la fuerza principal. Era un destacamento. La fuerza principal, incluyendo a Jumbo, se había quedado atrás en la cordillera Kurogane, mientras que un orco llamado Maga Odoha había liderado esta fuerza destacada.

A diferencia de los soldados rasos, un oficial como, por ejemplo, Maga Odoha probablemente tenía sentimientos encontrados sobre la situación. Como mínimo, no estaría pensando: *Sí, hemos ganado un montón, ahora es el momento de ir a casa para descansar y relajarse.*

“Porque han pasado *muchas cosas...*” Kuzaku volvió a murmurar para sí mismo sin querer.

Obviamente, Setora lo golpeó de nuevo.

Lo siento, lo siento, Kuzaku agitó las manos disculpándose. Setora parecía harta de él. Esa parte de ella no había cambiado.

Kuzaku sentía que él tampoco había cambiado mucho. Obviamente, no podía decir que no había cambiado *en absoluto*.

Por poner un ejemplo, aunque la oscuridad era total en el lugar donde se encontraban, a orillas del lago Gandah, Kuzaku podía ver

claramente el rostro de Setora. Probablemente a ella le ocurría lo mismo.

Su cuerpo también se sentía terriblemente ligero. Para llamar menos la atención, no llevaba armadura, sino un atuendo negruzco. Pero ese no era el motivo del cambio. Incluso cuando estaba desnudo, se sentía diferente. Extrañamente enérgico.

Tenía recuerdos. No había olvidado lo que había sucedido antes de esto. Recordaba a Haruhiro, Ranta y Yume.

Setora y Kuzaku habían muerto tras escapar del Reino Ironblood en la Cordillera Kurogane. Esa parte estaba un poco borrosa, para ser honesto. Probablemente pensó, *Oh, mierda. Voy a morir*, y entonces eso es exactamente lo que le había pasado.

Después de volver a la vida, aparentemente había sido un completo desastre tanto en mente como en cuerpo. Las cosas se fueron recomponiendo poco a poco, y en algún momento se encontró pensando: *Oh, sólo tengo que escuchar a Merry-san*. Bueno, había parecido Merry, pero no lo era. Kuzaku también lo sabía, pero aun así había decidido: *De momento, haré lo que me diga Merry-san*. Podía decir que ese sería el mejor camino a tomar. El camino correcto.

Seguía siendo el mismo en muchos aspectos, pero Kuzaku intuía que debía de ser una persona diferente a la de antes. Eso no era malo. No le importaba ser quien era ahora. ¿Le gustaba? Bueno, diría que se divertía bastante. Disfrutaba de su yo actual.

Setora le dio un ligero empujón por detrás. Eso significaba que *era hora de ponerse en marcha*. Kuzaku asintió en respuesta.

Se subieron el pañuelo hasta debajo de los ojos y se bajaron la capucha por delante para cubrirse la frente. Era como llevar una máscara. Apenas se les veía la piel. También vestían ropas oscuras.

Setora iba delante, Kuzaku le seguía.

De repente, se le ocurrió un pensamiento: *¿Siempre caminé tan rápido?*

Recordaba ser más torpe y sentirse frustrado porque nada de lo que intentaba hacer le salía bien. Pensaba que quería hacer esto o aquello, y quería hacerlo de una manera específica, pero nunca salía como lo había imaginado. Debía de ser por lo grande que era. Eso era lo que Kuzaku siempre había pensado.

Era demasiado alto. Sus piernas, demasiado largas. Su tronco también. Había demasiado de él. ¿No tenía suficiente músculo? Había intentado entrenar, pero el peso añadido de su mayor masa muscular le había causado otros problemas. Nunca había sido capaz de encontrar un buen equilibrio, y no había sabido averiguar cuál era la mejor manera de fortalecerse. Tampoco era algo sobre lo que pudiera pedir consejo a los demás, porque era un problema de su propio cuerpo. Al final, Kuzaku había tenido que arreglárselas solo. Siempre que no estaba concentrado, pensaba cosas como: *En serio, soy lento, ¿Por qué tengo que ser tan desgarbado?* o *Si soy tan grande, ¿cómo es que no*

tengo suficiente potencia? No había podido evitar darse cuenta de sus debilidades.

Aun así, el viejo Kuzaku no se había tomado demasiado en serio sus muchos defectos. Creía que no había sido especialmente duro con los demás y, sin duda, había sido blando consigo mismo. Le gustaba que la gente fuera blanda con él, así que trataba a los demás como esperaba ser tratado.

En serio, era una mierda, ¿eh? Así se sentía Kuzaku ahora. *No es que hubiera ningún problema en tener a un tipo así cerca.* Era como si estuviera pensando en una persona diferente.

Setora y Kuzaku se acercaban con paso firme al campamento de la Expedición del Sur.

Había centinelas dispersos por los bordes del campamento, como era de esperar. Setora caminó con valentía e indiferencia entre dos de ellos. Kuzaku la siguió. Los orcos dormían al raso. Algunos tenían gruesas telas o pieles tendidas bajo ellos, mientras que otros dormían directamente en el suelo. Había cientos de orcos durmiendo así, todos alrededor de un grupo de tiendas situadas más o menos en el centro del campamento. Los comandantes dormirían en las tiendas, sin duda. Una ventaja del puesto. Había guardias con antorchas cerca de las tiendas. También vigilaban los fuegos. De vez en cuando, un orco se ponía en pie y se alejaba. Probablemente a mear.

Nadie se fijó en Setora y Kuzaku. Incluso los que los vieron nunca pensaron que pudieran ser intrusos.

Había una impresionante tienda circular en medio del campamento, lo bastante grande como para albergar a una o dos familias. Al parecer, la mayoría de los orcos vivían en los páramos en tiendas como ésta. ¿Eso convertiría a esta tienda en la casa del líder de un clan?

La tienda grande tenía cinco o seis tiendas más pequeñas a su alrededor. Había mucha luz en aquella zona y, por supuesto, muchos guardias. Los orcos criaban enormes jabalíes que utilizaban como monturas, y Kuzaku pudo ver varios de ellos atados aquí y allá.

Maga Odoha, el líder de la fuerza destacada de la Expedición del Sur, probablemente estaba dentro de esa gran tienda.

Kuzaku y Setora habían estado defendiendo el antiguo Reino Ironblood hasta que el Rey Sin-Vida los había enviado aquí, a Grozdendahl, hacía tres días.

Al principio, el rey sólo había contado con ellos dos, pero, afortunadamente, en los alrededores del antiguo Reino Ironblood abundaban los cadáveres de elfos, enanos y orcos. Ahora que había despertado del todo, podía usar sus poderes —que eran tan increíbles que sólo podías reírte— para resucitar esos cuerpos. Básicamente, el rey había creado nuevos súbditos no-muertos. Los no-muertos rotos que habían dejado de moverse también podían reciclarse como piezas de repuesto para los nuevos no-muertos.

Y lo que es más importante, los no-muertos eran fuertes contra los sekaishu. De hecho, el rey había ideado inicialmente a los no-muertos

como una de sus contramedidas contra él. Si ponía un muro de no-muertos en el camino del sekaishu, no le sería fácil acercarse a él.

Aun así, había otros enemigos aparte de los sekaishu, y la fuerza principal de la Expedición del Sur había estado probando diversas tácticas para adentrarse en el antiguo Reino Ironblood. A petición del rey, Kuzaku y Setora se habían centrado principalmente en ellos.

Mataban cuando era necesario, pero también se llevaban a varios cautivos para que el rey los interrogara. El rey hablaba con fluidez el idioma humano, orco y, obviamente, no-muerto.

Utilizando la información que había obtenido de los prisioneros, el rey había ideado un plan y había pedido a Kuzaku y Setora que lo llevaran a cabo. Podría haberles ordenado que lo hicieran y no se habrían negado, pero el hecho de que siempre se lo pidiera era tan típico del rey. Al parecer, ni siquiera le gustaba que le llamaran rey. Estaría bien que pronto se le ocurriera otra cosa para llamarle.

Maga Odoha era el jefe del influyente Clan Odoha, y no siempre se había llevado tan bien con el Gran Rey Dif Gogun.

Dif Gogun y Maga Odoha eran líderes de clan, y el Clan Gogun no había sido muy superior al Clan Odoha. Los dos habían estado más o menos al mismo nivel. Rivales, básicamente. Desde la perspectiva de Maga Odoha, no había ninguna razón real por la que tuviera que obedecer a Dif Gogun, su igual.

Por eso, al principio, había adoptado una postura combativa, del tipo: *¿Quieres luchar, desgraciado?* Había iniciado peleas que perdió, había sido acosado, sus seguidores habían sido cazados furtivamente, había perdido los estribos y había ido a asaltar el territorio de Dif Gogun sólo para caer en una emboscada, y finalmente, sin más remedio, había doblado la rodilla.

Aun así, Maga Odoha había mostrado su determinación: *Me someteré, pero será mejor que des al Clan Odoha un trato preferente. Si no lo haces, lucharemos hasta que nos mates a todos. Te mataré y luego seré el próximo en morir.*

Dif Gogun estaba impresionado, como, *Esas son palabras con peso. Veo que lo dices en serio. Eres tan varonil* y lo aceptase con gusto.

Maga Odoha era un valiente guerrero que blandía una gran naganata y se teñía todo el cabello de verde y amarillo según la tradición del Clan Odoha. Pero era más un pensador que un luchador, y en general se le consideraba un individuo inteligente. Era culto, sabía leer y escribir, y se decía que era versado en el estudio de idiomas, aunque no al mismo nivel que el rey de Kuzaku. Podía hablar otros idiomas además del orco, y era relativamente parecido a Jumbo de Forgan. También era un buen amigo del Gran Rey Dif Gogun, y podía apelar a él directamente.

Setora se deslizó entre dos de las tiendas que rodeaban la de Maga Odoha. Kuzaku la siguió. Había un centinela a menos de cinco metros,

así que le sorprendió que no les hubieran descubierto. El viejo Kuzaku habría sudado a mares. Eso sí, el actual tampoco estaba pensando precisamente: *Todo irá bien, seguro que podemos lograrlo*. Estaba preocupado. *No sé. ¿No nos descubrirá?* Bueno, tal vez no preocupado. Casi no tenía sentido del miedo. No, no casi, no tenía ninguno en absoluto. Si las cosas se ponían feas, que así fuera. Estaba deseando ver lo que pasaría entonces, incluso lo que podría pasarle a él.

Tenía mucho que esperar.

Como volver a encontrarse con Haruhiro, para empezar.

¿Cómo reaccionaría Haruhiro cuando volvieran a encontrarse? ¿Lloraría al ver en qué se había convertido Kuzaku? ¿O se reiría? Podría estar asustado y confuso.

¿Cómo se sentiría Kuzaku matando a Haruhiro con sus propias manos?

Al viejo Kuzaku le había gustado Haruhiro. Y no sólo un poco. Había amado y respetado todo de ese hombre. Lo había adorado.

¿Y ahora qué?

No creía que le odiara. Seguramente al actual Kuzaku también le gustaba Haruhiro.

Pero si se tratara de si podía matarlo o no, probablemente sí.

No importa lo que pasara, el viejo Kuzaku nunca podría haber hecho eso. Se habría suicidado.

Ahora, simplemente le intrigaba la perspectiva.

¿Cómo había cambiado exactamente Kuzaku? Si se encontraba con Haruhiro, sería capaz de averiguarlo, hasta cierto punto. Si mataba a Haruhiro, aún más. Incluso si no se levantaba y mataba al ladrón de inmediato, ¿qué sentiría Kuzaku sosteniendo a un Haruhiro medio muerto por el cuello, capaz de acabar con la vida del otro en cualquier momento? ¿Qué diría? ¿Qué haría Haruhiro? Si podía, quería averiguarlo.

Setora no se detuvo después de deslizarse entre las tiendas. Desde aquí se iba directamente a la de Maga Odoha. La entrada a la tienda grande estaba en la parte delantera. Ésta era la trasera. Había guardias cerca. Orcos armados, a menos de tres metros de distancia. El cabello que salía de debajo de sus cascós era verde y amarillo. Eran del Clan Odoha. Los centinelas aún no se habían percatado de la presencia de Setora y Kuzaku, pero era cuestión de tiempo que lo hicieran. Los dos intrusos pasaban junto a ellos en dirección a la tienda, así que era imposible que no se dieran cuenta.

Setora desenvainó su espada y la clavó en la gran tienda.

Sin duda, al oír el ruido, los centinelas se volvieron en su dirección.

Despreocupada, Setora continuó haciendo un desgarro vertical tanto en la gruesa tela de la tienda como en su armazón.

Los orcos gritaban algo en su idioma, pero para entonces, Setora y Kuzaku ya estaban atravesando el agujero que ella había hecho en la tienda. Había hecho un daño considerable a la estructura, pero no iba a derrumbarse tan fácilmente. Esta gran tienda era resistente. Había un horno con chimenea en el centro, una cama baja, una mesa, un cofre, sillas, estanterías y barriles. El orco que yacía en la cama se levantó de un salto. Era el único que estaba allí.

“Kuzaku.”

Kuzaku se movió antes de que Setora pudiera darle la orden. Sabía que era un poco lento de cabeza. Sin embargo, no era tan imbécil como para olvidar lo que tenía que hacer en un momento así.

El orco era más alto que Kuzaku, que medía 190 centímetros, y su anchura era aún más impresionante que su altura. Tenía el cabello largo y alborotado teñido de verde y amarillo, y vestía un traje tipo kimono atado por delante con un cinturón. ¿Era eso lo que llevaba siempre a la cama?

El orco sacó una daga de su bolsillo e intentó desenvainarla. Kuzaku se movió más rápido y asestó un golpe de kárate en la muñeca izquierda del orco. Dejó caer la daga con un gruñido de dolor.

Lo siento, pensó Kuzaku mientras enterraba su puño izquierdo en el plexo solar del orco. Casi simultáneamente, su puño derecho chocó contra la mandíbula del orco. Sí, definitivamente el cuerpo de Kuzaku se movía mejor que antes. Tampoco se cansaba. Estaba en plena forma.

Hacer que su cuerpo hiciera exactamente lo que él le decía se sentía realmente bien.

“¡Nwaghaw!”

El orco intentó agarrar a Kuzaku. Era impresionante que hubiera preferido luchar a huir. Pero no había sido por una decisión lúcida por parte del orco. Fue instinto, o desesperación. Kuzaku esquivó con facilidad el agarre del orco y se colocó detrás de él, luego le inmovilizó los brazos a la espalda y se sentó en la cama. El orco intentó resistirse, por supuesto. Entendía por qué, pero no le serviría de nada.

“General Maga Odoha.” Setora apuntó su espada a la garganta del orco. “Somos emisarios del Rey Sin-Vida.”

“¡Ngh!”

En cuanto oyó ese nombre, Maga Odoha dejó de forcejear. Parecía bastante sorprendido, al menos por ahora.

Los soldados orcos entraron corriendo en la tienda, gritando algo. Setora ni siquiera miró a la entrada. Sus ojos se centraron únicamente en Maga Odoha. La punta de su espada, que podría haber acabado con su vida en cualquier momento, no vaciló lo más mínimo.

“Que se retiren. Simplemente queremos hablar.”

“Wagah guddoah...” Dijo Maga en voz baja, dando una orden a los soldados. Uno de ellos intentó discutir, pero Maga Odoha repitió su orden en un tono más duro. Los soldados salieron de la tienda sin dar la espalda a Kuzaku y Setora. Todavía había varios de ellos

asomándose por el agujero que Setora había abierto, pero no parecía que estuvieran a punto de entrar a la carga.

“Noddorago... ¿El Rey Sin-Vida...?” Maga Odoha habló con un bajo rumor en su garganta. “Ustedes son... humanos. ¿Dicen que son humanos... al servicio del Rey Sin-Vida?”

“Exacto.” Respondió Setora, sin que su espada se moviera lo más mínimo.

¿*Y Setora-san?* Se preguntó Kuzaku.

La antigua Setora y la nueva. ¿Qué había cambiado en ella y qué no? Kuzaku la había acosado repetidas veces, pero ella no le daba una respuesta adecuada. A él le parecía más tranquila que antes, al menos. Siempre había tenido una personalidad increíblemente apagada, pero ahora mostraba aún menos emociones.

“Morimos una vez. El Rey Sin-Vida compartió una parte de sí mismo con nosotros, y nos convirtió en algo no humano.”

“¿No... humano?”

“Hace mucho tiempo, estaban los cinco niños, o los cinco príncipes. ¿Los conoces?”

“Así es... Incluso ahora, el Rey Ishi, Deres Pain, Architekra y Gyabigo... aún viven.”

“Pueden pensar que somos iguales que ellos. Nuevos príncipes, esencialmente.”

Setora sonaba tan seria cuando dijo aquello, que Kuzaku no pudo evitar esbozar una sonrisa.

“No sé, no es mi estilo, y tú me pareces más una princesa que un príncipe, Setora-san.”

“No hables más de lo necesario.” Dijo ella sin mirarle. Eso le entristeció un poco. Si ella iba a reprenderle, él preferiría que le lanzara una verdadera mirada de desprecio y le diera puñetazos y patadas y esas cosas.

Creo que podría ser masoquista, empezó a sospechar Kuzaku. No es que quisiera que cualquiera le tratara así. Simplemente le gustaba cuando Setora era malo con él.

“Príncipes del Rey Sin-Vida...” Maga resopló, sacudiendo un poco la cabeza. “¿Esperas que... me crea eso?”

“No.”

Setora retiró de repente su espada. Y además, la soltó. Cayó sobre la alfombra con un ruido sordo.

“Espero que nos creas, pero no te obligaré. Creo que ya se lo he dicho. Simplemente queremos hablar. Kuzaku.”

“Entendido.”

Kuzaku soltó a Maga Odoha y se apartó de la cama para situarse junto a Setora. Setora fue la primera en inclinar la cabeza y arrodillarse. Kuzaku siguió su ejemplo.

“Le pido disculpas por nuestra descortesía, General Maga Odoha.”

Dijo Setora, con la cabeza aún baja. “Sin embargo, dudo que hubiéramos podido acercarnos a usted si no hubiéramos recurrido a estas medidas. No pretendemos luchar. Ni matar ni a uno solo de tus soldados. Por eso elegimos hacer las cosas de esta manera. Por favor, compréndalo.”

Kuzaku podría sujetar la espada de Setora y pasar al ataque en cualquier momento. Probablemente no les resultaría imposible abrirse paso fuera del campamento a través de los soldados orcos. No lo sabría hasta que lo intentara, pero se imaginaba que los dos podrían conseguirlo con la fuerza que tenían ahora. Pero sólo como último recurso.

“¿Tú no... buscas pelear?” Maga Odoha seguía sentado en la cama. Podía haber ido a por la daga que Kuzaku le había arrancado de las manos, o a por la gran naginata que estaba cerca de la cama, pero no lo estaba haciendo.

“Quieres hablar. ¿Eso es lo que intentas decirme?”

“Precisamente.” Setora aún no había levantado la cara. Sus ojos miraban directamente hacia abajo. “El rey busca diálogo. Desea ser su amigo. Ese es su verdadero deseo, igual que en la época de la Alianza de Reyes.”

“Amigos...”

“Debo añadir que el rey no nos ordenó hacer esto. Nos lo pidió. Esperaba que viniéramos en su nombre y le comunicáramos sus intenciones.”

Mientras escuchaba hablar a Setora, Kuzaku recordó la voz y el rostro del Rey Sin-Vida. Si el rey no se hubiera parecido a quien aparentaba ser, ¿lo habrían hecho? Quizá no habrían respondido a *¿Podrías hacerme un recadito? ¿Por favor? Cuento contigo*, con un instantáneo, *Ya lo creo*. O tal vez no importaba el aspecto del rey. Si lo pensaba bien, le debían la vida al rey. El rey había hecho a los nuevos Kuzaku y Setora de los viejos. En cierto modo, él los había dado a luz.

¿Podrían Kuzaku y Setora desafiar al rey? Era posible que no pudieran negársele. Puede que hubiera algún tipo de compulsión que les impidiera hacerlo, aunque sus peticiones fueran poco razonables. Kuzaku no podía estar seguro, aunque se sentía con la capacidad de decir: *Sí, no sé, preferiría no hacerlo*.

¿Pero con esa cara? ¿Y esa voz también? Sinceramente, una parte de él pensó: *Es Merry-san*.

Kuzaku lo entendió. El rey era como Merry, pero no era ella. Ni siquiera estaba claro si Merry aún existía dentro de él. Podría ser que ella fuera sólo un envoltorio en este momento.

Aun así, no pudo evitar pensar: *Pero si es Merry*.

Aunque no lo recordaba, sospechaba que Kuzaku podría haber estado enamorado de Merry. Pero Haruhiro amaba a Merry, y Merry le correspondía. Ambos eran tan inocentes y tímidos que no podía estar seguro de hasta qué punto habían llegado las cosas. Sin embargo, estaba seguro de que su amor era mutuo.

Kuzaku probablemente había sentido afecto por Merry. Se había enamorado de ella.

Conociendo su personalidad, debía de llevar el corazón en la manga. No podía imaginar que no le hubiera dicho lo que sentía. Y ella lo había rechazado. ¿Se le había roto seriamente el corazón, o ella le había decepcionado suavemente? De cualquier manera, Haruhiro se había acercado a Merry después de eso. Ahora que lo pensaba, Haruhiro conocía a Merry desde hacía más tiempo, así que tal vez el ladrón la había amado desde el principio.

Pero, bueno, se trataba de Haruhiro. Él sabía cómo era Haruhiro. Conociéndolo, probablemente había arrastrado los pies por siempre. Pero a pesar de eso, después de todo lo que había pasado, los dos finalmente se juntaron. Sin embargo, ¿hasta dónde *habían llegado*? Kuzaku sentía una gran curiosidad, pero no había forma de saberlo. Sin embargo, había habido mucha energía positiva yendo y viniendo entre ellos. Y *eso* tenía que pasar.

El antiguo Kuzaku se habría sentido bastante golpeado por ello, pero el actual quería levantarse y bailar.

Aw, hombre. Me siento mal por ti, Haruhiro. Como, ¿qué demonios? ¿Cómo es eso justo? ¿Cómo puede pasar eso? Quiero decir, en serio. Me siento ridículamente mal por ti. Debes haberte sorprendido tontamente, Haruhiro.

¿Podría Haruhiro recuperarse de lo que había pasado? Suponiendo que no estuviera muerto, por supuesto, pero Kuzaku supuso que había sobrevivido de alguna manera. Era un testarudo, ese Haruhiro. Oh, y también muy afortunado. Puede que Haruhiro no pensara lo mismo, pero los hechos hablaban por sí solos. Haruhiro había logrado escapar de situaciones que deberían haberlo matado más veces de las que a Kuzaku le importaba contar. Si no hubiera sido por la buena suerte, ya habría muerto. Como Kuzaku. Era cuestión de suerte, y la de Haruhiro era buena. Se necesitaría mucho para matarlo.

Por eso estaba seguro de que Haruhiro estaba bien.

Estaba ahí fuera, en alguna parte. Vivo.

Parecía que el Rey Sin-Vida quería hablar con Maga Odoha, y por extensión, con el gran rey de los orcos, Dif Gogun. Pero con quien Kuzaku quería hablar era sin duda con Haruhiro.

Haruhiro, hombre, estoy con Merry-san. Bueno, no estoy con ella en este momento, pero estoy trabajando con ella. Puede que haya cambiado por dentro, pero sigue siendo Merry-san, ¿verdad? Parte de ella está en mí ahora. Me doy cuenta. Merry y yo somos diferentes, pero estamos conectadas de alguna manera.

Sabes que quería a Merry, ¿verdad? No sé si me rechazó, o qué, pero al final, se juntó contigo, ¿no? Bueno, en realidad no fue “el final”, ¿verdad? Hubo más después de eso. Ahora yo estoy con Merry-san, y tú no. Y tal y como yo lo veo, probablemente ahora esté con Merry-san para siempre.

Quiero que sepas que no quería que fuera así. ¿De acuerdo? Esto es sólo cómo todo salió. Y pienso que las cosas no están tan mal así. Setora-san también está con nosotros. No me siento solo. Soy lo opuesto a eso, supongo. Y no me siento incómodo. Probablemente me estoy engañando, pero siento que no hay nada que no pueda hacer.

Si Kuzaku le contara todo eso a Haruhiro, ¿cuál sería su reacción? ¿Lloraría? Empezaría a llorar, ¿verdad? *Me encantaría ver eso*, pensó Kuzaku. Quería ver a Haruhiro llorar como un niño. ¿Qué sentiría entonces? La idea le fascinaba.

Setora estaba negociando con Maga Odoha para que actuara como su intermediario y organizara una reunión con el Gran Rey Dif Gogun. Ese era el deseo del rey, pero el de Kuzaku era ver a Haruhiro. Al final tendría su oportunidad. La anticipación lo estaba matando.

“Eh.” Setora le dio un codazo a Kuzaku en las costillas.

“¿Eh...? ¿Qué? ¿Qué pasa?”

“¿No estabas escuchando?” Setora envió a Kuzaku una mirada que podía matar.

Qué miedo. Kuzaku se rió y le dedicó una sonrisa bobalicona. “¿Ah, sí? Estaba escuchando. Más o menos. Algo así. ¿Eh? ¿Ya terminaste?”

“En vista de la situación entre nuestros grupos, inicialmente seremos llevados a Grozdendahl como detenidos. Después, el General Maga Odoha nos concertará una audiencia con el Gran Rey Dif Gogun.”

“¿Detenidos?”

“Prisioneros.”

“¿Qué? ¿Vamos a dejar que nos atrapen? ¿Es realmente una buena idea?”

“Considera cómo se ve esto para el general. No se puede esperar que nos trate como invitados de honor después de que de repente invadimos su campamento.”

“Sin embargo, nos abstuvimos de matar a nadie para demostrar que no éramos enemigos. Esto parece mucho trabajo sólo para hablar con un tipo. Bueno, como sea.”

Kuzaku se levantó antes de que ella pudiera decir nada más y empezó a despojarse de todas las armas que llevaba. Preguntó a Maga Odoha si debía desnudarse para que el orco pudiera asegurarse de que estaba completamente desarmado, pero le dijeron que no sería necesario, así que se dejó la ropa puesta y levantó las manos.

“De acuerdo. Ahora átame, o lo que sea que vayas a hacer.”

“¿No puedes tomarte esto un poco más en serio?” Se quejó Setora. Se había desarmado como Kuzaku. Maga Odoha parecía sorprendido por este giro de los acontecimientos, lo cual era bastante gracioso.

Y así fue como Kuzaku y Setora acabaron atados y capturados. Eso sí, aunque tenían los brazos esposados a la espalda, no estaban atados a una estaca ni metidos en una jaula ni nada por el estilo. Aún quedaba algo de tiempo antes del amanecer, pero Maga Odoha ordenó que despertaran a sus fuerzas y las hizo prepararse para partir. La fuerza destacada de la Expedición del Sur partió antes del amanecer.

Durante la marcha, Kuzaku y Setora caminaban rodeados de muchos soldados orcos. Los soldados, a diferencia del general, olían como bestias salvajes, lo que hacía difícil soportar su hedor, pero teniendo en cuenta que volvían de una campaña, probablemente era de esperar. Los dos acabaron por acostumbrarse al olor.

Cruzaron el río Ruko alrededor de la hora en que empezaba a salir el sol. El puente, flanqueado por arcos de piedra, parecía a la vez robusto y fresco.

Kuzaku ya había visto Grozdendahl desde el otro lado del lago Gandah. Había estado pensando: *Eh, el Palacio del Cisne parece bastante genial. Supongo que tendrá una ciudad considerable, ¿eh?* Pero eso ni siquiera se acercaba a la realidad del lugar. No era sólo “grande”. El número de edificios era ridículo. Los orcos eran grandes. No podían vivir en casas pequeñas, por lo que sus edificios generalmente también tenían que ser grandes.

Las tierras de labranza que se extienden alrededor de la ciudad de Grozdendahl son también un espectáculo para la vista. Los campos, perfectamente separados por caminos y cortavientos, estaban repletos de productos verdes, y a su alrededor había molinos de viento y grupos de cabañas y almacenes. Parecía no tener fin. Había tanta civilización que era una locura. Claro que había campos y pastos alrededor de Alterna, pero no a esta escala. La brecha era insalvable. Como la diferencia entre el cielo y la tierra.

El camino desde el puente hasta Grozdendahl estaba pavimentado con piedra. Tenía fácilmente quince metros de ancho, lo que facilitaba la marcha por él del destacamento de Maga Odoha de la Expedición del Sur. No se sentía apretado en absoluto.

La fuerza destacada de la Expedición del Sur tuvo que detenerse frente a Grozdendahl y desviarse hacia los caminos laterales que se extendían alrededor de los campos cubiertos de hierba, donde esperarían. Mientras esperaban, podían matar el tiempo contemplando la ciudad.

Finalmente, lo que parecían ser civiles orcos, jóvenes y viejos, se acercaron a ellos, vitoreando, aplaudiendo, silbando y ofreciendo a los soldados de la fuerza destacada flores y bebidas probablemente alcohólicas.

Toda esta celebración era únicamente por el regreso de los soldados, obviamente, así que Setora estaba completamente inexpresiva, sin reaccionar a ello en lo más mínimo. Kuzaku, en

cambio, estaba entusiasmado. Claro, no tenía nada que ver con él. Pero, ¿quién iba a quejarse si él también se emocionaba y hacía algo de ruido?

Setora, ciertamente.

Sí, apuesto a que lo hará. Estará totalmente molesta. Bueno, lo que sea. Deja que se enfade.

“¡Yayyyyyy! ¡Yahoooo...!” Kuzaku soltó un grito de celebración y, como era de esperar, Setora le pisó el pie con todas sus fuerzas, haciéndole gritar de dolor.

“Vas a romperme algo, Setora-san... Mis huesos están casi pulverizados. Duele cuando haces eso, ¿vale?”

“Te pondrás mejor.”

“Bueno, sí.”

Al cabo de un rato, Kuzaku y Setora fueron separados de los soldados y llevados a Grozdendahl bajo vigilancia. Por diversas razones, los subieron a un carro para llevarlos. Aunque, teniendo en cuenta que se suponía que los carros eran tirados por caballos, no por jabalíes gigantes, ¿seguía siendo correcto llamarlo así? Dos orcos iban con Kuzaku y Setora en el interior del carro-que-no-sería-un-carro con las ventanas bien cerradas. Para vigilarlos, presumiblemente.

“Hey, hey, Setora-san. ¿Sabes cómo llaman a esas grandes criaturas parecidas a jabalíes?”

“No tengo ni idea.”

“Bueno, pregunta. Haz que los orcos que nos vigilan te lo digan.”

“No hablo orco más que tú. Si realmente necesitas saberlo, tendrás que preguntártelos tú.”

“Al diablo con eso. Es demasiado esfuerzo.”

“De alguna manera, te has vuelto aún más insufrible...”

“¿Ah, sí? ¿En serio? Estoy bastante seguro de que siempre he sido así. ¿Y tú? Definitivamente te esfuerzas más que antes en hacerte la difícil. Seamos amables. Quiero decir, somos camaradas y todo, ¿verdad? Y estamos en el mismo barco, ¿no? ¡Oh, hey! Tengo una idea. ¿Qué tal si hacemos un bebé juntos alguna vez?”

“¿Disculpa...?”

“Sí, un bebé. Tú y yo. ¿Qué te parece? No me importaría hacerlo más de una vez. ¿Crees que *podemos* hacer bebés? Si somos capaces, me pregunto cómo saldrían. ¿No te interesa?”

“¿Lo preguntas por *curiosidad*? ”

“No. Si tú eres la madre, creo que realmente podría dedicarme a hacer bebés. Escucha, sé que es incómodo si digo que quiero hacerlo contigo. Pero no estoy haciendo una broma sucia, ¿de acuerdo? Lo digo en serio. Me gusta cómo te ves, y tu personalidad es linda, en cierto modo.”

“¿Qué quieras decir con ‘en cierto modo’?”

“Sabes, no estoy muy seguro.”

“Tú lo has dicho.”

“Bueno, lo que viene a ser... me gustas. No sé si te *quiero*, eso es un poco más dudoso, pero ¿me gustas? Sí, me gustas, Setora-san.”

Setora dejó escapar un exagerado suspiro, pero no dio más respuesta.

El carruaje-que-no-sería-un-carruaje siguió traqueteando durante mucho tiempo. Los dos orcos no dijeron ni una palabra en todo el trayecto. Se limitaron a observar en silencio a Kuzaku y Setora. Estos orcos, por cierto, tenían el cabello teñido de rojo y azul. Kuzaku intentó charlar con ellos, diciéndoles que su cabello era impresionante, entre otras cosas, pero simplemente le ignoraron. Eran espantosamente estoicos. También eran grandes, con ropas naranjas y armaduras plateadas, y llevaban lo que parecían ser hachas de mano y espadas largas de gran calidad. Podían ser de la élite, no guardias comunes y corrientes.

Cuando se apearon del carruaje-que-no-sería-un-carruaje, se encontraban justo delante del Palacio del Cisne. Desde esta perspectiva, parecía un gran pájaro blanco, listo para despegar hacia el cielo cerúleo.

A ambos lados de los escalones de piedra que conducían al Palacio del Cisne —que parecía completamente blanco— había filas de soldados orcos vestidos con ropas naranjas y armaduras plateadas,

portando no sólo hachas de mano y espadas largas, sino también lanzas y escudos. El cabello que asomaba bajo sus yelmos también era rojo y azul. Probablemente pertenecían al mismo clan.

¿Cómo se suponía que debían actuar los dos aquí? Kuzaku no tenía ni idea, así que tendría que hacer lo que Setora dijera. Con orcos delante y detrás de ellos, subieron los escalones de piedra y atravesaron una grandiosa puerta en la parte superior: diez metros de ancho, quince de alto y decorada con motivos en oro y marfil. Más allá estaba el interior del Palacio del Cisne.

El techo era muy alto. Era un espacio increíblemente grande y abierto, y los pasillos se extendían quién sabía hasta dónde en todas direcciones, hasta el punto de que resultaba difícil abarcarlo todo a la vez. Las únicas ventanas estaban en lo alto, y la luz que entraba por ellas se reflejaba en un suelo pulido hasta que brillaba. Algunos orcos iban armados, mientras que otros vestían de paisano, o llevaban llamativos trajes tipo kimono en lugar de armadura, y no portaban armas. Todo eran orcos, no había rastro de otras razas. Sólo orcos por todas partes.

Tal vez fuera porque Kuzaku era humano —o tal vez un ex humano a estas alturas—, pero le pilló por sorpresa. Aquellos orcos, erguidos con sus kimonos, el cabello teñido de bonitos colores y recogido o trenzado, le parecieron bastante elegantes.

No sólo había hombres en el castillo. También había mujeres. Las mujeres eran corpulentas para los estándares humanos, pero sus largos

cuellos y pequeñas cabezas hacían que sus figuras parecieran bastante atractivas.

Su piel verde parecía una especie de reptil, lo que siempre le iba a parecer extraño, pero encajaba con los vibrantes colores que parecían gustarles tanto.

Resultó que los orcos eran una raza más consciente de la moda de lo que Kuzaku nunca les había dado crédito. Gracias a eso, Kuzaku no se aburrió ni un momento de su largo paseo por el castillo. En lugar de hartarse de la caminata, le ponía de buen humor. ¿Podría salirse con la suya y parar a una de las damas orcas a su paso y decirle: *Oye, ¿qué te parece si bailamos?* Sí, no. Eso no iba a funcionar. Era un prisionero y todo eso. ¿Lo era? No parecía que trataran así a los prisioneros. ¿Tal vez *podría ligar* con ellas? Sí, ¿por qué no? ¿Debería?

Tras una larga batalla interna, Kuzaku reprimió el impulso.

Vaya. Eso fue admirable de mi parte. Quiero elogiarme por ello.

Después de dar muchas vueltas, Kuzaku y Setora fueron conducidos a una habitación. No era tan grande. Si considerabas la escala del Palacio del Cisne, en realidad era bastante pequeña. El techo también era bajo. Aunque sólo comparativamente —seguía estando a cuatro metros de altura—, pero los techos de los pasillos eran tan altos que, en comparación, aquí se estaba un poco apretado. Había una alfombra de pelo grueso en el suelo, sobre la que se sentaban orcos vestidos con kimonos de seda o algo igualmente elegante. Ninguno utilizaba sillas, sino que se sentaban con las piernas cruzadas sobre

cojines de zabuton. Eran siete, y parecían miembros de la clase alta. Kuzaku no sabía cómo decir la edad de un orco, pero no tenía la sensación de que ninguno de ellos fuera joven.

Los soldados de élite que habían traído hasta aquí a Kuzaku y Setora les quitaron los grilletes y salieron de la sala.

Kuzaku no sabía qué hacer y Setora contemplaba la escena con aire sereno.

“Siéntense.” Les instruyó en lengua humana un orco huesudo que debía de tener una edad considerablemente avanzada.

Había un gran número de cojines apilados en un rincón de la habitación. Setora fue y tomó dos, entregándole uno a Kuzaku.

“¿Dónde crees que deberíamos sentarnos?” Le preguntó Kuzaku, pero fue el orco anciano quien hizo un gesto con una mano para indicar que debían sentarse a su izquierda.

“Toma.”

Los siete orcos estaban sentados aproximadamente en círculo. Sin embargo, no era perfectamente redondo ni estaba muy apretado. Había mucho espacio entre ellos. Setora se sentó a la izquierda del viejo orco, así que Kuzaku dejó su cojín a la derecha del orco y se sentó allí.

“Tú...” Setora arrugó la frente.

Los orcos parecían un poco desconcertados. ¿El viejo orco estaba confundido? Miró repetidamente a Setora y a Kuzaku.

“¿Eh? ¿Aquí no está bien? No sé, estaba pensando que si me sentara al lado de Setora-san, quedaría un poco apretado, ¿no? También rompería la simetría...”

Alguien entró con elegancia en la habitación mientras Kuzaku se quedaba callado. Un orco, por supuesto. Vestía una túnica naranja, una chaqueta negra y un abrigo tricolor rojo, blanco y azul. Era un conjunto bastante llamativo, pero no de mal gusto. Llevaba el cabello rojo y azul perfectamente peinado, sin un solo cabello fuera de su sitio, y los colmillos que asomaban por las comisuras de sus labios eran de un blanco brillante. Era un impresionante espécimen de hombría. Incluso hermoso. La corona dorada de su cabeza era elegante y le sentaba increíblemente bien.

“¿Es el gran rey, tal vez?”

Era difícil imaginar que no hubiera oído el susurro de Kuzaku. Pero el orco, presumiblemente Dif Gogun, ni siquiera miró al ex humano, sino que tomó un cojín con ambas manos y lo colocó frente al orco anciano. De la cintura del gran rey colgaba una espada brillante. La sacó de su cinturón de espadas, la dejó en el suelo y se sentó, todo en una elegante y refinada serie de movimientos.

Fue inesperado. El tipo era el gran rey de los orcos, así que Kuzaku había supuesto que sería más rudo, con la cara más dura que cualquiera de ellos hubiera visto jamás, con un aspecto absolutamente feroz, pero también astuto y taimado al mismo tiempo. El tipo era un orco, después

de todo. El prejuicio era algo aterrador. Parecía que Kuzaku se había dejado llevar por sus prejuicios.

“Están en presencia del Gran Rey Dif Gogun.” Dijo el orco anciano, poniendo las manos sobre las rodillas e inclinando la cabeza. Los demás orcos hicieron lo mismo. Kuzaku se apresuró a imitarlos, pero Setora permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el gran rey. ¿Le parecía bien? ¿No presentarle sus respetos? Bueno, si Setora quería interpretarlo así, supuso que le parecía bien.

El gran rey dijo algo. En orco, presumiblemente. El anciano orco levantó la cabeza.

“El gran rey ha dicho que en esta sala, el tonak, no es necesario andarse con ceremonias. Mientras todos actuemos con respeto, no habrá necesidad de excesivas muestras de cortesía.”

“Hombres, hablas muy bien, ¿eh? Apuesto a que incluso conoces palabras más grandes que yo.” Dijo Kuzaku sin querer, lo que le valió una leve carcajada del gran rey. Más bien un bufido, en realidad. Pero se reía de lo que decía Kuzaku, ¿no? El gran rey también debía de ser capaz de entender el lenguaje humano. Probablemente era bueno tenerlo en cuenta.

Dicho esto, hablar con el gran rey con el anciano orco como intérprete era el trabajo de Setora. A Kuzaku le habría gustado decir que estaba aquí como su guardaespaldas, pero, francamente, ella no necesitaba protección. Si le hubiera dicho: “¡Te protegeré con cada fibra de mi ser!” Setora habría bufado burlonamente. O le habría

ignorado por completo. Como mucho, era un asistente. No es que estuviera haciendo nada para cuidarla. Sólo estaba allí. Acompañándola. Si Setora le decía que hiciera algo, tenía que hacerlo. Eso facilitaba las cosas.

Setora explicó a Dif Gogun que su señor era el mismo Rey Sin-Vida que el anterior, que no tenía intención de oponerse a los orcos y que en ese momento estaba creando nuevos no-muertos, a los que llamaba renacidos, en el antiguo Reino Ironblood.

Sí. Eso es. Ahora que lo pensaba, Kuzaku y Setora también eran renacidos, y el Rey Sin-Vida era su creador y líder. A Kuzaku no le importaba el nombre. De hecho, le gustaba bastante. Sí, Setora era el emisario de los renacidos ante el Gran Rey Dif Gogun, y Kuzaku era simplemente un acompañante.

Cuando explicaron que los renacidos tenían un objetivo —la derrota del Rey Ishi y del Archiduque Deres Pain en Undead DC—, la expresión del gran rey Dif Gogun cambió antes de que el orco anciano tuviera tiempo de traducir. Sí, definitivamente el gran rey entendía el idioma humano.

Los renacidos querían eliminar al Rey Ishi y a Deres Pain para traer la libertad a todos los no-muertos. Y para ello, deseaban unirse a los orcos. De hecho, deseaban establecer una relación de cooperación con el Gran Rey de los Orcos, Dif Gogun, más que con cualquier otra persona o grupo del mundo. Esa era la razón por la que el Rey Sin-Vida buscaba una reunión con el gran rey.

El gran rey hizo callar al anciano orco, respondiendo finalmente por sí mismo. “A mí también me gustaría conocerlo. Si tu Rey Sin-Vida es realmente *el* Rey Sin-Vida. Pero, ¿qué pruebas hay de ello?”

Era una voz profunda que parecía resonar en tus entrañas si la oías, aunque su tono no era amenazador en modo alguno. Sin embargo, era muy intimidante. “Llena de majestuosidad” podría haber sido una buena manera de describirla.

“Humanos. Dicen que fueron enviados aquí como mensajeros del Rey Sin-Vida. ¿Cómo voy a creer eso? Conocemos el nombre del Rey Sin-Vida. Conocemos su historia. Pero ninguno de nosotros conoce al Rey Sin-Vida mismo.”

“Tus preocupaciones son razonables.” Setora estaba completamente calmada. Tan calmada que asustó un poco a Kuzaku. “Mi rey lucha contra su incapacidad para demostrar quién es. Sin embargo, si le conocieras en persona, estoy segura de que comprobarías por ti mismo que, en efecto, es el Rey Sin-Vida.”

“Entonces debería haber venido él mismo, no enviar meros mensajeros.”

“A mi rey le hubiera gustado.”

“¿Afirmas que no puede?”

“El sekaishu está detrás de nuestro rey.”

“Sekaishu...”

El gran rey miró a los siete orcos. Todos menos uno negaron con la cabeza. El que no lo hizo estaba sentado en su cojín con la boca abierta. Kuzaku no hablaba su idioma, así que no pudo saber qué dijo aquel orco a continuación, pero todos los demás empezaron a hablar con los orcos sentados a su lado, y la sala se llenó rápidamente de ruido.

El orco anciano preguntó a Setora: “¿Se refiere el sekaishu a la calamidad provocada por las criaturas negras? Hemos recibido informes de ellas de todos los sectores...”

Ella asintió. “Eso es precisamente lo que es el sekaishu. Se ha arrastrado desde las entrañas del mundo, con la intención de devorar a nuestro rey. El viejo cuerpo del rey debería estar escondido en Everest, en Undead DC. Hace quinientos años, el Rey Ishi y Deres Pain conspiraron para sellarlo. Sin embargo, sin que ellos lo supieran, una parte de nuestro rey consiguió escapar por los pelos, pero tardó muchos años en ser restaurado. La reliquia que una vez llevó consigo en todo momento para mantener alejados a los sekaishu está con su antiguo cuerpo. Ahora, desea recuperarla.”

La información que Setora les presentó debió de resultarles muy chocante. Sus rostros cambiaron de color mientras la colmaban de preguntas. El debate entre ellos también se intensificó rápidamente. El gran rey escuchaba en silencio, pero no dejaba de tocarse las mejillas y acariciarse el cabello, que no era como actuaría si estuviera tranquilo por esta revelación.

Kuzaku estuvo a punto de bostezar, pero logró contenerse. No tenía sueño, pero se había cansado de estar aquí. ¿Por qué Setora se tomaba tan en serio el trabajo de enviado? Por su parte, Kuzaku sólo había venido porque Setora iba a ir y él no tenía nada que hacer en aquel momento. ¿Quizás debería haber intentado pensar más por sí mismo? No era su fuerte, pero no tener deseos propios no era bueno.

Algo que quiero hacer. ¿Qué quiera hacer? ¿Qué es lo que quiero hacer? Si hay algo que me viene a la mente, tiene que ser encontrarme de nuevo con Haruhiro, supongo.

Mientras Kuzaku pensaba, la conversación pareció resolverse por sí sola.

Dif Gogun pretendía reunirse con el Rey Sin-Vida. Sin embargo, no tenía pruebas claras de que la persona en cuestión fuera *el Rey Sin-Vida*, y no podía salir de sus dominios para reunirse con alguien cuando no tenía ni idea de quién era en realidad. Tal vez pudiera invitar a Grozdendahl al que decían que era el Rey Sin-Vida, pero habría que determinar las condiciones del encuentro. Así que no fue un *Bien, reunámonos*, sino más bien un *Consideraremos activamente tu propuesta*.

Aunque no había amor perdido entre los orcos que seguían al gran rey y los no-muertos que seguían al Rey Ishi o a Deres Pain, no eran abiertamente hostiles. Había no-muertos en la Expedición del Sur, pero pertenecían a una facción separada de las de los dos príncipes. En principio, los orcos *podrían* colaborar con el Rey Sin-Vida para

derrotar a esas dos facciones. O al menos, había margen de negociación en ese punto.

Por su parte, los orcos buscaban información sobre otros mundos. “Estamos dispuestos a ofrecérselas.” Fue la respuesta de Setora. Kuzaku supuso que eso significaba: *Si se hacen amigos nuestros, les contaremos todo lo que sepamos.*

Setora pidió al gran rey que la Expedición del Sur dejara de intentar invadir el antiguo Reino Ironblood y se retirara. En respuesta a su petición, el gran rey prometió que ordenaría el cese inmediato de todas las acciones ofensivas. ¿Bastaba con detener los ataques? ¿No necesitaban expulsar a los orcos? Bueno, todo esto era parte de un proceso de negociación, así que tal vez tenía que haber algo de toma y daca.

Ahora bien, en cuanto a lo que lograron en última instancia, podría decirse que sentaron las bases de una relación que les permitiría hablar las cosas y decidir lo que había que hacer más adelante.

Setora y Kuzaku iban a regresar al antiguo Reino Ironblood e informar sobre lo que había sucedido en su encuentro con el Gran Rey Dif Gogun. Y eso a pesar de que el gran rey les había invitado a cenar. Kuzaku se había sentido bastante decepcionado cuando Setora declinó inmediatamente la oferta. Subieron al carro-que-podría-no-ser-un-carroaje y fueron llevados a las afueras de Grozdendahl. También a petición de Setora. Kuzaku quiso gemir: *¿En serio vamos a hacer el viaje a pie?, pero se contuvo.*

El sol se ponía mientras caminaban por el puente que cruzaba el río Ruko. Contemplando el río y el lago Gandah a sus espaldas hasta las calles de Grozdendahl, iluminadas por la luz de las lámparas, todo constituía una escena increíblemente hermosa. Kuzaku no pudo contenerse.

“¡Mira eso, Setora-san! ¡Maldita sea, es precioso! ¡Qué espectáculo! ¡¿No es esto lo mejor?!”

“Qué tontería. Pongámonos en marcha.”

“Oh, vamos. ¿No puedes estar un poco más, no sé, más de chill? Disfruta un poco del paisaje...”

“Estoy bastante de ‘chill’. El paisaje simplemente no me interesa.”

“Bueno, pon interés. ¿Por qué no intentas disfrutar un poco de la vida?”

“La vida, ¿eh?”

“¡Sí! Esta es tu segunda vida, ¿verdad? Aunque, entre la pre-Grimgar, la post-Grimgar y ahora, puede que esté en la tercera.”

“No es que no la haya disfrutado.”

“Bueno, no parece que la estés disfrutando mucho, ¿verdad? Aunque, supongo que así es como eres, ¿eh, Setora-san?”

Había un grupo de personas con capas de color rojo oscuro reunidas justo al otro lado del puente. Cinco, quizá seis, merodeaban junto al camino. No estaban bloqueando el paso de nadie, pero eran las únicas

personas de la zona que estaban simplemente de pie, aparte de los soldados orcos, por lo que era evidente que había algo raro en ellos.

“Oye, esos son...” Kuzaku le dijo a Setora.

Sacudió ligeramente la cabeza. Probablemente significaba *cállate*.

Los de la capa roja llevaban la capucha baja sobre los ojos. No tenían la piel al descubierto y no se les distinguía la cara. ¿Eran orcos? No, eran demasiado delgados para eso. ¿No-muertos, tal vez?

Los dos pasaron junto al grupo y, un instante después, éste se puso en marcha, siguiéndolos a corta distancia.

A un kilómetro del puente, sus perseguidores aumentaron la velocidad.

Llevaba colgada a la espalda la katana de gran tamaño que Kuzaku había estado usando durante mucho tiempo, pero también tenía colgada a la cintura una espada que era más de su tamaño, que había encontrado en el Reino Ironblood. Una obra maestra de la artesanía enana. Esa fue la espada que Kuzaku tomó.

“Puedo matarlos, ¿verdad?” Kuzaku preguntó en voz baja.

“Espera.” Respondió Setora mientras reducía la velocidad hasta detenerse.

Kuzaku había pensado desenvainar la espada al girarse, pero los de las capas rojo oscuro se habían echado la capucha hacia atrás e inclinado la cabeza, así que se lo pensó mejor.

Definitivamente no eran orcos. Pero tampoco eran no-muertos. Tenían el cabello pálido, no brillante, y la piel algo cenicienta, sin sangre. Sus esbeltos rostros estaban perfectamente proporcionados, pero eran inexpresivos.

“¿Elfos...?” Murmuró Kuzaku, con la mano aún en la empuñadura de su espada.

Tenían orejas puntiagudas.

“Entonces son elfos grises.” Dijo Setora.

Uno de los seis, el líder del grupo, asintió. “Así es. Me llamo Melderheid. He estado participando en la Expedición del Sur bajo las órdenes de mi señor, Zwarzfeld. Me he enterado de que son enviados del Rey Sin-Vida.”

“Ah, ya veo. Uno de los vicecomandantes de la Expedición del Sur *era* Sir Melderheid. La mano derecha del rey del Broken Valley, ¿no?”

“Huh. Parece que es bastante importante.” Kuzaku miró alrededor de la zona. “¿Qué hace aquí un pez gordo como tú, acechándonos?”

“Deseo entregar un mensaje.”

No era sólo Melderheid. Todos los elfos grises mostraban tan poca emoción que uno pensaría que eran plantas o algo así. Sus labios apenas se movían cuando hablaban. Era imposible saber lo que pensaban.

“Nosotros, los elfos grises del Broken Valley, fuimos leales amigos del Rey Sin-Vida. Durante mucho tiempo hemos deseado y esperado su regreso. Si el Rey Sin-Vida ha vuelto, debe saber que no le hicimos ningún daño. Todo fue un complot del Rey Ishi y Deres Pain. Por favor, dile al Rey Sin-Vida que nosotros, los elfos del Broken Valley, seguimos siendo sus amigos ahora, como siempre.”

“¿Puedo tomar eso como la voluntad del Rey Zwarzfeld?” Preguntó Setora, y Melderheid asintió sin dudarlo un instante.

“Si el Rey Sin-Vida lo ordenara, estoy seguro de que mi señor dejaría a un lado el Broken Valley y correría a su lado de inmediato. Si el Rey Sin-Vida dice que matemos al Rey Ishi y a Deres Pain, pondremos todas nuestras fuerzas contra ellos. Los principes son como los hijos del Rey Sin-Vida. Por eso hemos elegido no oponernos a ellos. No tenemos cuchillas que volcaríamos contra los hijos de nuestros amigos. Sin embargo, si nuestro amigo dice que no son hijos tuyos, no les mostraremos piedad.”

“Entendido. Me encargaré de que nuestro rey escuche.”

“Gracias.

“Puede que visite el Broken Valley en un futuro no muy lejano. Dale recuerdos al Rey Zwarzfeld.”

“Lo haré.”

Melderheid sacó del bolsillo una ficha cuadrada transparente. ¿Era de cristal? ¿O tal vez algo parecido al cristal? Tenía un borde metálico y un dibujo tallado en forma de cresta.

“Por favor, toma esto. Servirá como prueba de tu estatus, en nombre de mi señor.”

“Gracias.

Una vez que Setora hubo aceptado la ficha, Melderheid hizo una reverencia y dio un paso atrás, bajándose la capucha. Los elfos grises se dieron la vuelta y se marcharon. Con eso, Kuzaku por fin pudo apartar la mano de la empuñadura de su espada.

“¿Esto está bien? Se supone que los elfos grises son los aliados de los orcos, ¿no? El gran rey sigue actuando como si no se hubiera decidido sobre qué hacer con nosotros, pero esos elfos grises fueron bastante acogedores, ¿no? Si un pez gordo como él va y se pone en contacto con nosotros aquí, ¿no se van a enterar los orcos?”

Setora resopló. “Entonces, resulta que sí eres capaz de pensar en los temas que nos ocupan.”

“Siempre eres tan rápida para burlarte de mí. Sí, no soy muy bueno usando la cabeza, pero claro que pienso en las cosas.”

“Por eso acabo de decir que sí.”

“Ah, bien. Entonces, me estabas alabando, ¿eh?”

“No te estoy alabando. Estaba siendo sarcástica. En otras palabras, te estaba menospreciando.”

“¿Ves? A fin de cuentas te estabas burlando de mí. Ese es el problema contigo, ¿sabes? Siempre eres así. ¿Es divertido, tratarme como si fuera idiota?”

“¿Qué razón tendría para hacer algo que fuera aburrido?”

“¿Hm? ¿Qué significa eso?”

Setora echó a andar sin darle una respuesta, haciendo que él se apresurara a alcanzarla y caminar a su lado. Al menos no parecía que pensara abandonarle.

¿Qué razón tendría para hacer algo aburrido?

Tal y como ella lo decía, la respuesta era que no había ninguna razón. Si no quería hacer algo, lo decía. Nunca hacía nada que no quisiera. Así había sido siempre Setora. No, tal vez eso no era del todo cierto. Era posible que su antiguo yo hubiera hecho el esfuerzo de leer la situación en la que se encontraba y contenerse cuando lo necesitaba.

Los dos se salieron de la carretera y siguieron la orilla del lago Gandah. El tiempo había sido bueno la noche anterior, y esta noche no fue diferente, sin viento y sólo unas pocas olas pequeñas. En esta parte de la orilla había muchos guijarros en el suelo, que hacían un sonido relajante cuando caminaban sobre ellos.

“Hey, Setora-san. ¿Sabes eso de lo que te hablaba antes?”

“¿Antes? ¿Cuándo?”

“Sobre cómo debemos disfrutar de nuestra segunda o tercera vida.
¿Estás disfrutando de la tuya?”

“Siento curiosidad por el Rey Sin-Vida. Su historia y su pasado. Y el gran rey de los orcos también es un hombre interesante.”

“¿Qué? ¿Es el tipo de chico que te gusta?”

“Que me guste o no es irrelevante.”

“Huh. No sé, creo que es bastante importante. Pero es tu vida, supongo.”

“Tomando prestada tu expresión, estoy disfrutando de mi ‘segunda vida’ a mi manera.”

“¿Ah, sí? Yo también. Ya que igual tengo que vivirla, quiero seguir divirtiéndome más y más. Así que he estado pensando en lo que quiero hacer.”

“Puedes hacer lo que quieras.”

“Uh, estoy de acuerdo en que ambos hagamos lo que queramos, ¿pero, en ese caso, la conversación no termina ahí? Puedes pasar por alto lo que voy a decir, pero escúchame, ¿quieres?”

“Escucharé, al menos.”

“¿Qué piensas de matar a Haruhiro?”

Kuzaku se echó a reír nada más decirlo. Se tapó la boca con las manos, tratando de contener la risa, pero se le escapaba sin parar,

mientras Setora le miraba de reojo. El diafragma no dejaba de temblarle. Quería repetirlo. No podría calmarse hasta que lo hiciera.

“Estaba pensando que podría matar a Haruhiro.”

“¿Por qué?” Preguntó Setora, su tono plano.

Kuzaku no paraba de reír. Se reía tanto que lloraba. *Oh, mierda.*

Setora suspiró. Estaba a punto de hartarse de él. Quizá ya lo estaba, pero Kuzaku no quería reírse. Simplemente no podía evitarlo.

“No, escucha, ¿vale? No es eso. No odio al tipo ni nada. Sabes que siempre me gustó Haruhiro, ¿verdad? Quiero decir, todavía me gusta. Es el número uno en mi lista de gente que quiero ver.”

“¿Quieres verlo o matarlo? ¿Qué quieres?”

“¿Ambas cosas, supongo? Cuando pienso en la cara que pondrá Haruhiro cuando nos volvamos a ver, me emociono. Y entonces, me puse a pensar, ya que lo quiero tanto, ¿cómo sería matarlo con mis propias manos? Quiero probar cómo me haría sentir. Como, emocionalmente, y esas cosas. No sé. Siento que en el momento en que mate a Haruhiro, estaré como, ‘whooaaa’. Más que por cualquier otra persona que pueda matar. Yo ya he experimentado la muerte una vez, así que estaba pensando que matar a alguien que quiero debería ser lo siguiente en la lista.”

“Ya veo.”

“¿Lo entiendes, Setora-san? ¿Lo que siento?”

“No tengo ningún deseo de matar a nadie, personalmente, pero puedo entender tu razonamiento.”

“Puedes entenderlo, ¿eh? Así eres tú, Setora-san.”

“No me imagino que me entiendas lo suficiente como para hablar de lo que es o no es como yo.”

“Sí, supongo que no. Algunas cosas son demasiado complicadas para mí. Eres un enigma que nunca podría descifrar, ¿sabes? Pero he estado pensando en todo tipo de cosas que son más propias de mí. Como, no es sólo matar a Haruhiro. Incluso he pensado en lo que haría después de eso.”

Setora se detuvo y miró a Kuzaku. Parpadeó. Parecía que ahora tenía su atención.

“¿Qué pasa? Habla.” Dijo.

“Estaba pensando que tal vez podríamos preguntarle al rey.”

“¿Preguntar qué?”

“¿Si pudiera hacer a Haruhiro como nosotros?”

“¿Como... nosotros?”

“Sí. Verás, no sé qué es posible, así que antes tendríamos que consultarla con el rey, pero estaba pensando: ¿Y si matamos a Haruhiro y hacemos que sea como nosotros?”

Kuzaku sujetó con sus manos los hombros de Setora. Ella le devolvió la mirada sin inmutarse.

“Entonces, ¿qué piensas, Setora-san? ¿No sería otra cosa, ver cómo resulta Haruhiro? Quiero decir, él sería Haruhiro no importa cómo vaya, y yo nunca podría odiar a Haruhiro. Y conociéndolo, probablemente no me eche en cara lo de matarlo. Incluso si lo hace, creo que también sería bastante interesante ver cómo se desarrolla eso, ¿sabes? De cualquier manera, sólo puedo ver que es super divertido, así que...”

Estaba a punto de echarse a reír de nuevo. Tenía que aguantarse. Si se echaba a reír, no podría hablar con coherencia, y ahora Setora le estaba escuchando.

“Cuando me encuentre con Haruhiro, quiero matarlo. Es casi lo único en lo que pienso. Probablemente siga vivo. Estaré bastante desanimado si está muerto, pero mi instinto me dice que definitivamente está bien, así que quiero ser quien lo mate. Lo siento. Me emocioné demasiado hablando de eso, ¿eh? Es sólo que no puedo evitar lo apasionado que esto me hace sentir. En serio, quiero ver a Haruhiro. Quiero. Quiero matarlo. Quiero matar a Haruhiro. Quiero que Haruhiro sea como nosotros. Entonces, ¿qué piensas?”

Los ojos de Setora se entrecerraron lentamente.

“Claro. ¿Por qué no?”

Sus labios se entreabrieron ligeramente y las comisuras de sus labios se volvieron hacia arriba.

“Suena como si pudiera ser divertido.”



0122A660. Vivo

Entre un tercio y la mitad de los muros que rodeaban Alterna se habían derrumbado. Había lugares en los que simplemente se habían caído, y otros en los que se habían roto, convirtiéndose en senderos para los sekaishu. La situación había empeorado tanto que la puerta norte sólo parecía estar ahí para dar la bienvenida a las monstruosidades negras, en lugar de mantenerlas fuera.

La colina situada justo al sureste de Alterna se había convertido en parte del sekaishu, junto con la Torre Prohibida que se alzaba en su cima. Además, estaba lo suficientemente activa como para que uno pudiera darse cuenta fácilmente de este hecho, incluso desde la distancia. Las formas de sekaishu que se transformaban, las que se agitaban y formaban olas, y las que parecían moverse claramente con un propósito eran más peligrosas que las que parecían carecer de vida. Haruhiro y la pandilla habían decidido no acercarse a la colina.

En el muro noroeste, había un segmento de dos metros que se había desmoronado y caído, que carecía de sekaishu, por lo que pudieron ver. Entraron en Alterna por allí y se encontraron en la frontera entre el distrito norte y Ciudad Oeste.

La parte occidental del distrito norte siempre había tenido muchos edificios de madera antiguos, y Ciudad Oeste estaba densamente poblada de miserables tugurios que rozaban las ruinas. Ambas zonas

estaban organizadas con un complicado lío de callejuelas demasiado estrechas para llamarlas calles, y la visibilidad era escasa. El grupo decidió dirigirse al Templo de Lumiaris, en el extremo noroeste del distrito norte. Se trataba de un edificio de piedra construido en lo alto, y era el mejor mirador de Alterna fuera de la Torre de Tenboro.

De pie frente al templo, podían ver toda la ciudad, más o menos.

Alterna había sido completamente infestada por los sekaishu. Múltiples ríos negros fluían ahora por sus calles. Desde el distrito norte hacia el distrito sur, a través de la plaza frente a la Torre Tenboro y bajando por la Calle de las Flores, hacia el Callejón Celestial donde antes estaba la Taberna de Sherry, y alrededor de la zona donde estaban la antigua oficina del Cuerpo de Soldados Voluntarios y la ciudad de los artesanos. Sin embargo, aún no estaba tan mal como habían imaginado. Alterna estaba desierta. No había ni un pájaro a la vista. Los sekaishu que habían sumido esta ciudad en el terror y provocado su destrucción ya no estaban, como mínimo, activos. Estaba en silencio. Pudriéndose en silencio. Con el tiempo, todo se desvanecería, sin dejar rastro. Pero aún no había sucedido. Alterna era una ciudad de muerte.

Hicieron un descanso en la nave del tercer piso, donde había una estatua gigante de Lumiaris, el Dios de la Luz. El ídolo, de aspecto andrógino, medía algo menos de diez metros, por lo que el techo de la sala era terriblemente alto. Sillas y atriles se amontonaban desordenadamente junto a la pared. Muchas de ellas estaban rotas. El

suelo de piedra también tenía muchas grietas y manchas ennegrecidas. Era espacio más que suficiente para el equipo. Demasiado espacio, en realidad. Cientos de personas podrían haber dormido aquí en el suelo.

“Parece lo suficientemente seguro como para encender un fuego, ¿no?”

“Creo que sí.”

“Aún no se nos ha acabado la comida, pero pronto necesitaremos asegurarnos algo. Estoy seguro de que podremos encontrar algo si buscamos un poco.”

Ranta y Yume habían tendido unas pieles en el suelo y estaban sentados encima de ellas. Ranta apoyó sutilmente la cabeza en el hombro de Yume, pero ella no intentó apartarlo.

Itsukushima y Poochie miraban fijamente la estatua de Lumiaris.

Haruhiro apretaba y aflojaba los puños. No sentía suficiente incomodidad como para decir que le dolía. Sin embargo, los sentía fuera de lugar. Era difícil moverlos. Probablemente estaba inconscientemente limitando sus movimientos.

Su cuerpo tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía.

“Iré a echar un vistazo.” Dijo Haruhiro.

“¿Tú solo, Haru-kun?”

“Lo prefiero así.”

“Oh, bien...”

“Voy a salir.”

“Ten cuidado, ¿me oyes?” Yume parecía preocupada.

“Y asegúrate de volver.” Añadió Ranta con brusquedad.

Itsukushima y Poochie observaron en silencio cómo se marchaba Haruhiro.

Haruhiro salió del templo y se dirigió hacia Ciudad Oeste. Era un lugar sombrío. La luz del sol apenas llegaba a las calles. El suelo no sólo estaba mojado por la lluvia y el rocío. Había quedado constantemente húmedo por todos los excrementos humanos y de pájaros que había absorbido. No había forma de escapar del hedor. Se había acostumbrado a él con el tiempo, pero al visitarlo de nuevo ahora, después de tanto tiempo, quería arrancarse la nariz. Y pensar que Haruhiro había podido respirar con normalidad en un lugar que apestaba tanto. A veces veía cucarachas retorciéndose en la oscuridad, pero aparte de eso, no parecía haber ni un solo ratón.

Siguiendo por un callejón específico, llegó a una puerta corta de hierro. El ojo de la cerradura tenía tallada alrededor una cresta como la palma de una mano.

Haruhiro se agachó y apoyó la mano derecha en la cresta. Empujó hasta que le dolió la muñeca. Haciendo esto envió una señal al interior. Esperó, pero no hubo respuesta.

Haruhiro se sentó de espaldas a la puerta.

Al cabo de un rato, se levantó y volvió a empujar la cresta.

Repitió este proceso cuatro veces. Aun así, no ocurrió nada.

“Eliza-san.” Haruhiro gritó el nombre de una mujer. Ella tenía tubos parlantes que captarían cualquier sonido en este callejón. No es que él pensara que ayudaría. Y, como era de esperar, no recibió respuesta. Parecía que el gremio de ladrones también estaba desierto.

Haruhiro salió de Ciudad Oeste y se dirigió hacia el distrito sur. Había varios sekaishu largos y delgados entremezclándose mientras se arrastraban por los callejones sin salida de la ciudad de los artesanos. Aquí solía haber herreros que hacían muchos trabajos para los soldados voluntarios. También había pañeros. Y albañiles y carpinteros. Pero todos sus talleres habían sido completamente saqueados y destruidos, lo que hacía difícil rememorar tiempos mejores. También había puestos de comida cerca de la ciudad de los artesanos. Haruhiro y el grupo habían sido visitantes habituales. En uno de ellos servían un plato de fideos llamado soruzo. Tenía un caldo salado con carne y fideos amarillos. Moguzo había sido un gran fan. Ahora había un sekaishu negro y oscuro tirado en el lugar donde antes había estado el local de soruzo.

Haruhiro se pasó por el alojamiento de los soldados voluntarios. Las habitaciones habían cambiado poco, incluso después de todo este tiempo, pero eso evocaba extrañamente poca emoción en él. Dijo los nombres de Manato y Moguzo, pero su corazón no sintió ni una punzada de dolor.

Antes había un reloj de pared en el vestíbulo. Ahora no había nada.

Solía comprobar la hora aquí, ¿verdad? Pensó Haruhiro.

Cuando vivía en la pensión, había utilizado el reloj a menudo.

“Me pregunto qué me pasa.”

Tiempo. Necesito tiempo. Fue lo mismo después de lo que pasó con Manato y Moguzo, ¿verdad? Tendré que aguantarme por un tiempo.

Ya había tenido este pensamiento antes. Tiempo. Necesitaba tiempo. El mismo pensamiento, quizás incluso las mismas palabras. En aquel entonces, había pensado que no podría soportar las cosas que habían pasado, que no podría seguir adelante. Por eso había querido que todo terminase.

Pero terminar las cosas yo mismo es demasiado esfuerzo.

¿Qué estaba haciendo Haruhiro ahora? Seguía la corriente.

Las cosas sólo pueden salir como van a salir. Que pase lo que tenga que pasar.

Haruhiro salió de la casa de huéspedes. Aún tenía tiempo antes de la puesta de sol. Dirigiéndose hacia el norte, se encontró caminando más allá del lugar donde había estado la Compañía de Depósitos Yorozu, cuando de repente se detuvo.

“Se ha ido...”

Bueno, para ser precisos, todavía había un montón de escombros. Había un almacén en alguna parte, sólido como una roca. Recordó que los hombres de Jin Mogis habían estado vigilando el lugar. No sabía

muy bien qué había dentro. Probablemente el oro y los objetos de valor que los soldados voluntarios habían depositado en la compañía.

La Empresa de Depósitos. Yorozu. Ahora que lo pensaba, ¿qué había sido de ella? Sentía que hacía tiempo que no pensaba en si otra persona estaba a salvo.

¿Por qué había venido Haruhiro? Lo había comprobado tiempo atrás, a petición de Shinohara. Tal vez había algo acerca de esa petición que lo estaba molestando.

“¿Qué importa?”

No lo sabía. De alguna manera le molestaba.

“¿Por qué me molestaría...?”

Sentía la cabeza increíblemente pesada. Esto era demasiado problema. No quería pensar en nada. Y no tenía por qué. Si permanecía indiferente a todo, su cabeza no se sentiría pesada, ni tampoco su corazón, y este letargo que afligía todo su cuerpo probablemente desaparecería.

Haruhiro intentó mirar al cielo. No podía inclinar la cara hacia arriba, por mucho que lo intentara. En lugar de eso, giró los ojos. El cielo estaba bajo.

*¿Tiempo? ¿Necesito tiempo? ¿Cuántos días? ¿Cuántos meses?
¿Un año? ¿Dos años? ¿Más tiempo?*

Haruhiro empezó a caminar.

Se sumergió.

Stealth.

“*Muere.*” Había dicho Barbara con una sonrisa.

“*Tienes que morir, Old Cat.*”

Stealth se componía de lo que podría clasificarse a grandes rasgos en tres técnicas:

La primera, eliminar tu presencia—Hide.

El segundo, moverte con tu presencia eliminada—Swing.

La tercera, utilizar todos tus sentidos para detectar las presencias de los demás—Sense.

“*Conviértete en un cadáver.*”

Le había dado una buena paliza.

“*Si no eres capaz de hacerlo por tú cuenta, te ayudaré.*”

Le había roto los dedos, la clavícula y las costillas. Le dolía tanto que no podía respirar, y luego le ordenó que muriera.

Era un poco horrible.

Además, ¿por qué me llamó Old Cat?

“*Porque tienes los ojos de un gato viejo.*”

Bárbara había sido destrozada y asesinada. ¿O la mataron y luego la despedazaron? Llevaban sus brazos y piernas en lanzas. Su torso había sido cortado en dos o tres pedazos con las entrañas colgando.

Parte del cadáver yacía a sus pies. Sólo su cabeza. Tenía el ojo derecho cerrado y el izquierdo ligeramente abierto, aunque no miraba a nada en particular, obviamente. Su mejilla derecha había sido presionada contra los adoquines, con toda la cara caída hacia ese lado. Tenía varios cortes en la cara. También estaba sucia de sangre.

Lo recordaba vívidamente. No dolió. Barbara-sensei estaba muerta. Haruhiro había visto su cuerpo por sí mismo. Los hechos eran lo que eran, y eso era todo.

“Old Cat. Aquí está la cosa. Tienes una amplia perspectiva, y no te asustas fácilmente. Sin embargo, tu pensamiento es promedio. No te sobreestimas, y tienes la terquedad de resolver las cosas poco a poco.”

Haruhiro había sido su humilde alumno. Pero Barbara-sensei lo había juzgado mal. Su perspectiva era estrecha, y no era tan inquebrantable como ella pensaba. Su pensamiento era más lento que el promedio. No se sobreestimaba porque no tenía expectativas para sí mismo. Haruhiro no era testarudo.

“No eres del tipo que puede hacer cosas si lo intenta. Eres del tipo que lo intenta hasta que puedes hacer cosas. Por eso, ahora mismo, es bueno que haya cosas que no puedes hacer. Porque algún día podrás hacerlas.”

No necesitaba consuelo. Palabras de aliento no lo harían ponerse a la altura de las circunstancias. Barbara-sensei estaba muerta. Los muertos no ofrecen consuelo. Tampoco aliento.

Kuzaku y Setora también habían muerto. Se suponía que ya estaban muertos, pero se habían vuelto a levantar. El trabajo de Merry.

No. Esa no era Merry.

Merry estaba muerta.

La había traído de vuelta.

No. No había vuelto.

La habían convertido en otra persona. No en Merry. El Rey Sin-Vida.

“Te amo.” Había dicho Merry.

Se habían abrazado. Se habían besado. ¿Esa tampoco fue Merry?

“Haru. Te amo. No me sueltes.”

No me sueltes. Lo había dicho claramente. ¿No fue Merry? ¿No? ¿No era su voluntad? ¿Sólo alguien más tomado prestado su cuerpo para hacerle decir eso? ¿Realmente pensaba eso? ¿Qué hay de Kuzaku? ¿O Setora? ¿Merry ya no estaba dentro del Rey Sin-Vida? ¿No podría volver a hablar con ella?

“No me sueltes.”

¿Haruhiro ya la había dejado ir? Se habían separado. Merry no estaba aquí. Eso era un hecho. Él no debía dejarla ir. No había querido dejarla ir. Pero lo había hecho. No debería haberla abandonado. No debería haber huido. Quería estar con ella. No debería haberla dejado

sola. Necesitaba estar a su lado, pasara lo que pasara. Quería estar con ella para siempre.

¿Ya era demasiado tarde? ¿En serio? ¿De verdad que nunca podría volver a hablar con ella? ¿Nunca ver su cara? ¿Nunca escucharía su voz? ¿No estaba Merry todavía ahí fuera, en alguna parte? ¿No estaba dentro del Rey Sin-Vida, llorando y gritando?

No me sueltes. No me dejes sola. Haru. No me sueltes.

No. Haruhiro lo sabía. Esa fue Merry, después de todo. Ella probablemente estaba deseando algo como esto en su lugar:

No pasa nada. Yo estoy bien. No tienes que preocuparte por mí. Quiero que me olvides. Dite a ti mismo que ya no estoy aquí. Actúa como si nunca hubiera existido. Aléjate de donde estoy.

Por eso Haruhiro no debió dejarla ir. Esa misma Merry le había dicho que no la dejara ir. Se había dado cuenta de que había algo insondable dentro de ella. Lo había sentido. Tenía que haber temido que se apoderara de ella y la reemplazara en algún momento. Teniendo en cuenta cómo era Merry, debía de preocuparse mucho.

¿Debería alejar a Haruhiro y a sus otros compañeros? ¿Sería mejor simplemente desaparecer? Pero estarían en problemas sin un sacerdote. Ella no podía hacerles eso.

Era posible que hubiera estado atormentada por pensamientos como esos. Debía de sentirse sola. ¿Quizás deseaba desesperadamente evitar estar sola? Quizá no podía estar sola.

Merry le había dicho a Haruhiro que no la dejara ir, como aferrándose a él. Su situación debía de ser bastante mala.

¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer? ¿Hay alguna forma de que alguien como yo pueda arreglar esto?

Si llamara a Merry y le dijera: Estoy *aquí para ti*, no importaría que ella no pudiera oír su voz.

¿Y si Kuzaku y Setora se hubieran convertido en algo irreconocible cuando se reencontrara con ellos?

“... Me alegro.”

De repente, le vino a la memoria el recuerdo de una conversación que había tenido con Shihoru en Darunggar.

“De que seas... nuestro líder. Nuestro camarada... Y amigo.”

¿De qué había que alegrarse?

De nada.

“Haruhiro-kun...”

Podía ver la sonrisa perfecta de Shihoru en su mente como si estuviera allí mismo, delante de él.

“Eres el mejor líder que podríamos pedir... ¿Lo sabes?”

Deseó poder serlo. Esto no habría pasado si Haruhiro realmente hubiera sido el mejor líder.

¿Qué hacía Shihoru ahora? ¿Estaba dentro de la Torre Prohibida? Toda la colina estaba enterrada bajo el sekaishu, con torre y todo. ¿Ella estaba bien? De cualquier manera, se había olvidado de Haruhiro. No recordaba los días en que era una de sus preciadas camaradas.

¿Quizá sea lo mejor?

Shihoru también había olvidado el profundo dolor de perder a alguien. Esa herida había desaparecido por completo para ella.

Está bien, ¿no?

Está bien. Simplemente bien.

No. Si de verdad le pareciera bien, sus pensamientos no habrían vuelto a ella.

Haruhiro había soltado a Merry. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo pudo hacerlo? Había sido un error. Había cometido un gran error. Uno que nunca podría reparar. No había vuelta atrás. No había manera de compensarlo.

Soy patético. Una desgracia. Completamente miserable. Al menos tengo que ser capaz de tomar algún tipo de decisión sobre esto.

Si iba a avanzar, que avanzara. Si iba a detenerse, debía quedarse quieto. Si quería huir, entonces sólo tenía que girar la cola y huir.

¿Qué quiero hacer? ¿Nada, porque no puedo hacer nada? Bueno, entonces estoy siendo terriblemente indeciso al respecto. ¿Quiero que alguien me dé un empujón? Tengo gente que me apoyará, ¿verdad?

¿Quiero que me digan cómo hacer cada pequeña cosa? ¿Qué me den órdenes, que me digan que haga esto o aquello?

“No eres del tipo que puede hacer cosas si lo intenta...”

Barbara-sensei realmente había tenido una buena lectura de él.

¿Había pensado alguna vez, puedo hacerlo si lo intento?

“Eres de los que lo intenta hasta que puede hacer las cosas.”

No tenía otra opción. Ya que no había casi nada que pudiera hacer, había tenido que intentarlo hasta que al menos pudo hacer algo. Siempre buscando una solución.

Mirando a las cruelmente bellas estrellas sobre las Quickwind Plains, Itsukushima había dicho: “Estoy vivo.”

Había vivido mucho más tiempo que Haruhiro. Como cazador experimentado, debe haber conocido a mucha gente, y también haberse despedido de ellos. El único fundamento que ese hombre tenía para sostenerse era el conocimiento de que había logrado sobrevivir tanto tiempo.

Vivo.

Aún vivo.

Vivir.

Sólo vivir.

Vivir, y vivir, y vivir.

“Yo... también estoy vivo.”

Se sentía culpable por ello.

Manato.

Moguzo.

Barbara-sensei.

Y todas las demás personas a las que nunca podría volver a ver.

“Sigo vivo.”

Haruhiro se dirigió hacia la plaza situada frente a la Torre Tenboro.

Aquí había más sekaishu que en ningún otro sitio. En algunos lugares, un espeso río de sekaishu corría por el medio de la calle, mientras que en otros, varias delgadas tuberías de sekaishu se arrastraban por el lateral de la calzada. Los sekaishu en forma de tubería también atravesaban la calle de vez en cuando. Todos los caminos tenían al menos algunos de ellos.

¿Se dirigían hacia la plaza o se alejaban de ella? ¿Se extendían desde la plaza hacia otras partes de Alterna?

Divisó los cuerpos de los soldados caídos. Uno yacía boca abajo en la carretera. Otro estaba acurrucado junto a ella. Estaban putrefactos. No vio señales de heridas recibidas en combate. Pero varios de los cadáveres seguían ahora bajo el sekaishu. ¿Los había envuelto y asfixiado? ¿O habían muerto aplastados?

Haruhiro se subió a lo alto de un edificio y empezó a moverse de un tejado a otro en dirección a la plaza. Ya estaba a la vista.

Haruhiro se escondió a la sombra de la chimenea de ladrillo de un edificio de dos plantas que daba a la plaza. Le costaba respirar. Se tomó un momento para calmarse y esperar a que su pulso volviera a la normalidad.

Haruhiro salió de la sombra en la que se ocultaba. Inclinó la parte superior de su cuerpo hacia delante, avanzando con una postura baja, y se detuvo en el borde del tejado de tejas.

La plaza no estaba completamente llena de sekaishu. Sus formas negras como el carbón sólo cubrían un tercio, no, una cuarta parte de su superficie total. Había habido una inundación negra, pero se estaba calmando. El agua oscura por fin estaba retrocediendo. Así le parecía a él la situación.

Cerca del centro de la plaza, el sekaishu había formado una espiral de color negro azabache. Estaba a más de cien metros de la ubicación de Haruhiro, y éste había estado tan distraído con el otro sekaishu que no había reparado en él hasta que lo miró con los ojos entrecerrados.

Había algo encima de la espiral. ¿O tal vez *alguien*? ¿Qué era? Parecía blanquecino. ¿Podría haber sido un ser humano? Si es así, tenían que estar muerto. Podría haber sido un cuerpo humano. ¿Un cadáver, de pie sobre una espiral negro azabache? No parecía estar acostado. Tal vez estaba arrodillado.

Blanco. ¿Eran esas ropas? ¿Llevaba ese cadáver ropas blanquecinas? ¿O no llevaba nada? ¿Era un cadáver desnudo? No parecía estar vestido, pero tenía algo en las manos. Algo que brillaba con un lustre opaco. Una en cada mano. ¿Podrían ser armas? ¿Espadas? ¿O tal vez una era un escudo?

El viento arreciaba. Aunque no había nubes que taparan el sol cuando se ponía por el oeste, el cielo también se estaba nublando. El viento era frío y húmedo. Podría llover al caer la noche.

Una campana sonó débilmente, su tono profundo y pesado, haciendo que Haruhiro mirara hacia el campanario de Ciudad Este. Las campanas de Alterna solían sonar cada dos horas, desde las seis de la mañana hasta las seis de la noche, para dar la hora. ¿Alguien acababa de tocarlas? No, no podía ser. ¿Había golpeado algo una de las campanas? ¿O se balanceaba con el viento?

Haruhiro miró hacia atrás, hacia la espiral negra azabache. Y al cadáver. Pensó que era un cadáver humano. Un cuerpo desnudo con una espada y un escudo que emitían una luz mortecina.

Había algo extraño. Increíblemente, para ser honesto, y se sintió profundamente sospechoso. No había gente viva en Alterna. Con suerte habían evacuado, o habían podido escapar, porque Eliza no había estado en el gremio de ladrones. Los soldados de la fuerza expedicionaria estaban todos muertos y pudriéndose.

¿Eso era un cadáver? Estaba a más de cien metros de distancia. Sólo podía distinguir el color y la forma general. No podía verlo en detalle,

pero probablemente era un hombre con la cabeza colgando, mirando en la otra dirección. Un hombre humano. No vivo. Llevando una espada y un escudo.

Algo iba mal. El sekaishu, esa espiral negra azabache, se estaba moviendo. ¿Cuándo ocurrió eso? Antes estaba inmóvil. Inactiva. ¿O había estado demasiado lejos para detectar sus sutiles movimientos? Fuera como fuese, ahora se movía. ¿Qué hacía el sekaishu con aquel cadáver, el humano, el varón desnudo que él suponía muerto? No lo sabía, pero el cadáver estaba siendo introducido poco a poco en el sekaishu.

En primer lugar, ¿qué había estado haciendo encima de una espiral negra azabache? Si aquello era un cadáver humano, era difícil imaginar que se hubiera subido encima de aquel sekaishu enrollado por su propia voluntad. No, era impensable.

Un hombre había muerto. Estaba desnudo, llevaba una espada y un escudo. ¿Había ocurrido algo que hizo que el cadáver del hombre acabara casualmente encima del sekaishu? ¿Era eso posible?

Todo esto suponiendo que *fueras* sólo un cadáver. ¿Y si no lo era?

El sekaishu empezó a adherirse a la superficie del cuerpo del hombre. Intentaba cubrirle. El hombre estaba desnudo, pero lo estaban vistiendo con un sekaishu tan oscuro como la noche. ¿Por qué el sekaishu no intentaba cubrir también su espada y su escudo?

¿Brillaban la espada y el escudo a la luz del atardecer? El sol no estaba alto. Ya se estaba ocultando. La luz del sol, roja como si estuviera a punto de consumirse, no llegaba al hombre, así que no era que su espada y su escudo estuvieran reflejando su luz. La espada y el escudo del hombre tenían que estar brillando por sí solos, aunque su luz no fuera especialmente potente.

La cabeza del hombre vestido con la oscuridad de la noche había estado colgando. Hasta ahora.

El vestido de noche levantó la cabeza.

¿Significaba esto que no había estado muerto? No era un cadáver. ¿El hombre estaba vivo? ¿O era por el sekaishu? El sekaishu oscuro como la noche que cubría todo su cuerpo se movía. ¿Era eso lo que hacía parecer que el hombre —no, el vestido de noche— se movía por sí mismo?

El vestido de noche se levantó. El sekaishu enroscado bajo aquel ser lo levantaba y, al mismo tiempo, cambiaba de forma. Ya no era sólo un pedestal para el vestido de noche. Ahora servía como montura. El vestido de noche no estaba de pie sobre él. Lo montaba. El sekaishu se había convertido en una bestia de cuatro patas, como un caballo, y ahora transportaba al vestido de noche.

Haruhiro retrocedió.

¿*Cómo?*

¿*Qué es eso?*

¿Qué demonios es eso?

A Haruhiro se le aceleró el pulso. Estaba perdiendo la cabeza. Así es. Estaba temblando. Esa cosa era extraña. A diferencia de cualquier sekaishu que había visto hasta ahora. Era descaradamente diferente. ¿Qué era esa cosa?

Había alguien dentro. Con una espada y un escudo brillantes. ¿Qué eran? No una simple espada. No un simple escudo. Era una espada especial. Un escudo especial. ¿Como una reliquia, tal vez? Una reliquia. Ah, sí. ¿Eran *esa* espada y *ese* escudo?

El vestido de noche miró hacia él. Su caballo negro también giró la cabeza en su dirección. No, no era un caballo. No tenía cabeza. No tenía nada donde debería estar su cabeza. Sus patas eran como las de una araña, sólo que tenía menos.

Haruhiro estaba agachado, sin mover un músculo en ese momento. ¿Estaba logrando mantener su Stealth? No estaba seguro. Pero esa cosa estaba a más de cien metros de distancia. No sería capaz de descubrirlo fácilmente. Además, ¿podría ver el vestido de noche? ¿Tenía cinco sentidos, como un humano? ¿Estaba vivo el humano dentro del vestido de noche? ¿O estaba muerto?

Haruhiro estaba agitado. Necesitaba calmarse. Lo sabía, pero aun así no podía hacerlo. No estaba lo suficientemente calmado como para poder calmarse.

El vestido de noche se volvió hacia él, pero no se movió.

Reliquias.

Shinohara llevaba una espada y un escudo reliquia.

Hora de correr.

¿Por qué Haruhiro llegó a esa conclusión? No podía estar seguro.

Su cuerpo podría haberse movido antes de que terminara de pensar.

Haruhiro se giró, preparándose para dar media vuelta y salir corriendo.

“¡Kh...!”

No previó que un vestido de noche estaría allí. En el mismo tejado que él. En la chimenea, más bien. En la chimenea había un vestido de noche. No era el mismo de la plaza. Llevaba una brillante armadura dorada, una corona y un bastón. Era un segundo vestido de noche.

Haruhiro echó a correr. El vestido de noche no saltó de la chimenea. Saltó *hacia arriba*. Y *flotó*. El vestido de noche flotaba silenciosamente en el aire. Haruhiro estaba distraído por la forma antinatural en que se movía. No tenía sentido para él. Mientras se preguntaba qué demonios eran esas cosas, corría por las tejas inclinadas del tejado. Haruhiro no saltó al siguiente edificio, sino que cayó al vacío que había entre ellos. En otras palabras, se cayó. Mientras se precipitaba hacia el suelo, dio una patada al edificio vecino. Inmediatamente se dio la vuelta y se agarró a una hendidura del edificio desde el que había saltado. Le dolían las muñecas, pero no se soltó por eso. Se dejó caer intencionadamente y aterrizó en el callejón. Al mirar hacia arriba, sólo vio el cielo entre los tejados, ningún vestido

de noche. Haruhiro corrió por el callejón, que era lo bastante ancho como para que apenas pasara una persona, hasta llegar a la carretera. El vestido de noche estaba en el aire, por encima de la calle. Parecía estar al acecho de Haruhiro.

El vestido de noche giró su bastón hacia Haruhiro. No era un bastón cualquiera. Lo mismo ocurría con la armadura y la corona. Haruhiro por fin había empezado a entenderlo. Reliquias. Los vestidos de noche tenían reliquias. Eran humanos sekaishu que usaban reliquias.

Haruhiro se alejó corriendo. El bastón del vestido de noche brilló como un relámpago. Ni siquiera pensó en intentar esquivar. Ese bastón tenía que ser una reliquia. ¿Pero de qué tipo? No sabía nada al respecto. ¿Cómo podía saber si era esquivable?

De momento había conseguido meterse en otro callejón, así que parecía que esa luz no le había alcanzado. Corrió por el callejón, respirando agitadamente, pero cuando salió por el otro lado, el vestido de noche flotaba de nuevo en el aire.

“Ugh...”

Haruhiro volvió por el callejón. El bastón. La luz del bastón venía tras él. Con un destello, arrancó un trozo de la fachada del edificio, quemando y chamuscando la piedra. Si le daba de lleno, estaba jodido. No tenía ninguna posibilidad. Había una pequeña ventana en la pared del edificio a su derecha. Una vez que arrancó los postigos y se abrió paso a través de ella, se encontró en lo que parecía una cocina.

Quiero esconderme aquí. Eso era lo que sentía desde el fondo de su corazón, pero oyó un ruido. El vestido de noche podría haber entrado en el edificio. Salió de la cocina a un pasillo. Había unas escaleras. Haruhiro subió corriendo por ellas y llegó a una habitación del segundo piso. A través de una ventana pudo ver el tejado del edificio de una planta contiguo, así que saltó a él y de ahí al siguiente tejado, mirando a su alrededor mientras corría.

¿Y el vestido de noche? ¿Dónde estaba? ¿Y el otro? ¿El de la araña sombría? ¿Estaba todavía en la plaza? ¿O también estaba persiguiendo a Haruhiro? ¿Se había unido a su búsqueda? ¿Dónde estaba el vestido de noche con el bastón? No lo sabía. No podía verlos por ninguna parte. Pero incluso si no podía verlos, sabía que estaban allí. Probablemente acercándose a él.

Haruhiro había entrado en el distrito sur en algún momento. No pudo ver a ninguno de los dos vestidos de noche. Bajó al nivel de la calle y vio a un sekaishu revolcándose a un lado de la carretera. Saltaba y se retorcía. Pero Haruhiro ni siquiera pensó en detenerse. No tenía tiempo. Vio una figura de algún tipo más adelante. Humanoide. Negra. ¿Una sombra? ¿Una figura humana negra? ¿Qué era eso? Haruhiro giró a la derecha y dobló una esquina. Si hubiera seguido recto, se habría dirigido directamente hacia esa figura negra. Tuvo la sensación de que eso no habría sido bueno para él.

Los sekaishu se desbocaban también en la dirección en la que había girado, con varios en forma de tubo revoloteando violentamente. La

calle no debía de tener ni dos metros de ancho. Los sekaishu tubulares golpeaban el suelo como látigos. Cada vez que lo hacían, se volvían más gruesos o más finos. Haruhiro no podía deslizarse entre ellos. Tuvo que esperar a que los sekaishu tubulares bajaran hasta una altura de veinte o treinta centímetros, y luego intentar saltar por encima de ellos.

Su pie izquierdo quedó atrapado.

“¡Urgh...!”

En ese mismo momento, el sekaishu se rompió en el punto donde el pie izquierdo de Haruhiro lo había golpeado. No, eso no era del todo correcto. No se había roto. Se expandió rápidamente, y una figura negra saltó. Nacida del sekaishu. Un sekaishu humano. Haruhiro casi se cae de brúces. El sekaishu humano saltó hacia él. Un humano. Tenía la forma de un hombre, pero sin cabeza. Haruhiro, por reflejo, plantó una patada a su atacante y lo sacó de allí. Las formas tubulares se balanceaban furiosamente, mientras las formas humanas le perseguían. Detrás de él se oyeron horribles portazos, pero Haruhiro no se volvió para mirar. Necesitó todo lo que tenía para esquivar a los sekaishu con forma de tubo y seguir avanzando.

Cuando por fin llegó a una carretera más ancha, vio la oficina del Cuerpo de Soldados Voluntarios a su izquierda. La vieja bandera con una luna creciente roja sobre un campo blanco ya no estaba, pero el cartel que ponía Cuerpo de Soldados Voluntarios de Alterna del Ejército Fronterizo Luna Roja seguía allí. Haruhiro corrió hacia la

oficina. A su alrededor, los sekaishu en forma de tubo se agitaban. Miró hacia atrás un segundo, y los vio. Los sekaishu humanos. No sólo uno. Ahora había más. Muchos de ellos. Persiguiendo a Haruhiro.

Algo destelló en lo alto, y Haruhiro saltó a un lado. Era el vestido de noche del bastón. Se oyó un fuerte crujido mientras ardía y abrasaba el suelo. La vista de Haruhiro daba vueltas mientras rodaba e intentaba levantarse. Los sekaishu humanos no eran su único problema. El otro también estaba aquí, en el grupo que le perseguía. El vestido de noche que montaba la araña de sombras y llevaba la espada y el escudo brillantes. También pudo ver al vestido de noche con el bastón flotando en el cielo del atardecer. Su bastón apuntaba hacia él.

Hubo otro destello cuando Haruhiro estaba a punto de pasar junto a la oficina del Cuerpo de Soldados Voluntarios. Alguien asomó la cabeza por el hueco entre ésta y el edificio contiguo. ¿Alguien? ¿Una persona? Sí, era un ser humano. De cabello largo, con un pañuelo cubriendole la mitad inferior de la cara. No hablaba. Sólo le hizo un gesto. Probablemente fue en el mismo momento exacto en que el vestido de noche del bastón desató su luz. Haruhiro se deslizó por el hueco entre los edificios. Era estrecho. Tuvo que ponerse de lado para pasar. La mujer ya estaba muy por delante de él, y de repente, se había ido. Desaparecida.

Cada vez más sekaishu humanos se adentraban en la brecha. Casi presa del pánico, Haruhiro siguió avanzando hacia donde la mujer

había desaparecido. Un agujero. Había un agujero en el lateral del edificio. No, una entrada, ¿eh? Era pequeña. No estaba seguro de poder entrar aunque se agachara. Sin embargo este no era el momento de dudar. Haruhiro se las arregló para arrastrarse a través de alguna manera. El interior estaba casi a oscuras y olía a moho. Aparentemente, esta habitación estaba en la oficina del Cuerpo de Soldados Voluntarios, pero él no sabía nada al respecto. Nunca había estado aquí.

“Vamos, por aquí.” Dijo la mujer.

Al dirigirse hacia su voz, chocó contra una pared. Ella le agarró del brazo izquierdo y tiró de él. Haruhiro no se resistió. Sonaba como si hubiera abierto una puerta. Al otro lado también estaba oscuro. Atravesaron una pequeña habitación o un corto pasillo, y entonces ella abrió otra puerta. Haruhiro sintió que ella le soltaba el brazo. Ella estaba haciendo algo. Intentaba levantar algún objeto pesado, al parecer. Pero Haruhiro no tuvo tiempo de ayudarla antes de que ella consiguiera levantarla. Sus ojos se estaban adaptando a la oscuridad. El suelo, ¿eh? Había un agujero en el suelo. Había sido tapado. Había abierto la tapa.

“Baja tú primero.”

Haruhiro ya se estaba metiendo en el agujero antes de que ella pudiera dar la orden. Dentro había una escalera de hierro, pero no había luz. Una vez que estuvo unos cuantos peldaños abajo, ya no pudo ver nada. Pero eso no le impidió continuar. Oyó que la tapa se cerraba

sobre él. ¿Y la mujer? Parecía que todo iba bien con ella. Ella también estaba bajando.

Bajó la escalera todo lo que pudo. Estaba húmedo y había un hedor indescriptible en el aire. Si seguía aferrado a la escalera, se interpondría en su camino, así que se apartó de ella, pero no se atrevía a ir más lejos. Finalmente, se abrió camino hacia abajo. Ella agarró el brazo izquierdo de Haruhiro otra vez. Luego le agarró también el derecho. Él no podía verla, pero estaban uno frente al otro. Debido a la bufanda que le cubría la nariz y la boca, apenas podía sentir su aliento. Sólo sentía su calor, la ligera sensación del calor de su cuerpo en la oscuridad.

“¿Estás bien?” Preguntó ella.

“Sí. De alguna manera.” Haruhiro dejó escapar un suspiro. Ella no había estado en el gremio de ladrones. Tal vez ella había sido capaz de evacuar, o tal vez algo mucho peor le había sucedido. Eso era lo que había estado pensando. “Eliza-san… Me alegro de que también estés a salvo.”

Parecía asentir en silencio. Estaba viva. Menos mal que estaba viva. Ella era su superior en el gremio de ladrones, una mentora que intentaba no mostrar su rostro por alguna razón. No estaban muy unidos. Honestamente, él no la conocía bien en absoluto. Aun así, era una de las pocas conocidas que le quedaban.

Haruhiro sintió que algo le tocaba el hombro izquierdo. Después de un momento, se dio cuenta de que era la frente de ella. Las manos de ella temblaban ligeramente mientras le sujetaba los brazos. Haruhiro

asintió. Era lo único que podía hacer. Sus palabras le habían abandonado.

Palabras del Autor

He elaborado algo parecido a una línea de tiempo mientras escribía esta novela. Registra más o menos todo lo que sucede. Quién, qué, dónde y cuándo. Principalmente escribo los acontecimientos centrándome en Haruhiro, el protagonista, pero a medida que nos acercamos a la fase final, suceden muchas cosas diferentes al mismo tiempo, en muchos lugares distintos. Me planteé describir los acontecimientos estrictamente desde la perspectiva de Haruhiro. Sin embargo, por mucho que me devanara los sesos, eso iba a dejar demasiados misterios sin resolver al final de la historia, así que para este volumen adopté un enfoque diferente. Dicho esto, quiero centrarme en Haruhiro y el grupo todo lo posible a medida que nos acercamos al final. Tengo toda la intención de llevar las cosas a buen puerto, y parece que lo estamos consiguiendo, pero esto no termina aquí. Da la sensación de que aún tardaremos un poco.

A mi editor, Harada-san, a Eiri Shirai-san, a los diseñadores de KOMEWORKS, entre otros, a todos los que han participado en la producción y venta de este libro y, por último, a todos los que ahora lo tienen entre las manos, les ofrezco mi más sincero agradecimiento y todo mi cariño. Ahora, dejo la pluma por hoy.

Ao Jyumonji

Palabras del Traductor

Hola, es Ferindrad... Cuando empezó este viaje nunca creí leer como Grimgar caería en tal estado.

Esto es importante, si esto se licencia en tu país, o en general en español, deshazte de esto y obtén el producto original, o no te deshagas de esto y obtén el producto licenciado, o como quieras, lo dejaré a tu criterio.

Momento de publicitarme, si quieres ver mis otros trabajos pásate por mi [página](#), también me puedes seguir por Twitter, aparezco como @ferindrad, hace un tiempo que tengo un [patreon](#), el cual ya está dando resultados, deberías darle un vistazo. Espero seguir contando con su apoyo, den a conocer este volumen y esta información.

Este volumen fue: lore y contexto (entre el salto temporal del final del volumen anterior), pero no por ello relleno, está muy lejos de serlo.

Lo que entiendo del sekaishu es que es la voluntad del mundo en contra del Rey Sin-Vida (sin importarle más nada) que por alguna razón busca las reliquias o el elixir que las hace funcionar.

El mundo se cae a pedazos y vimos desde los ojos de distintas personas como es que eso está ocurriendo. Presenciamos lo que están haciendo ahora Kuzaku y Setora, ambos bastante desinhibidos y locos. También como avanza la relación de Yume y Ranta que sabemos cómo

acabará y... y al pobre de Haruhiro con una depresión horrenda que se transformará en un rencor dirigido a rescatar a Merry.

Toca volver a esperar.

Con ganas de saber más sobre el pasado de Grimgar y su futuro, sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**Las empresas extraordinarias parecen
imposibles a los que, midiendo las
dificultades, imaginan que lo que no ha
sucedido, no pueda suceder.**

WILLIAM SHAKESPEARE.

Dramaturgo y poeta inglés.

(1564-1616)